EFIGIES BAUTISTAS

Alfredo S. Rodriguez y Garcia

EFIGIES BAUTISTAS

POR

ALFREDO S. RODRIGUEZ Y GARCIA

AUTOR DE

"Mensaje del Agua," "La Muerte de Cristo," Etc., Etc.

TRADUCTOR

De Varias Obras Evangélicas y Pedagógicas

Introducción Por

REINALDO R. MACHADO

Ministro Bautista

1922

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

EL PASO, TEXAS, E. U. A.

INDICE

		Pág.
	Prefacio	7
	Introducción	9
I.	Pedro de Bruys	17
II.	Enrique de Lausanne	21
III.	Arnaldo de Brescia	27
IV.	Baltasar Hubmaier	33
V.	Hanserd Knollys	41
VI.	Rogerio Williams	45
VII.	Juan Milton	55
VIII.	Juan Clarke	63
IX.	Guillermo Kiffin	70
X.	Juan Bunyan	74
XI.	Benjamín Keach	85
XII.	Juan Hart	88
XIII.	Guillermo Carey	94
XIV.	Andrés Fuller	103
XV.	Adoniram Judson	108
XVI.	Juan G. Oncken	120
XVII.	Mateo T. Yates	131
XVIII.	Carlos H. Spurgeon	139
XIX.	Benjamín F. Jacobs	153
XX.	Juan A. Broadus	159
XXI.	Victoriano de la Cova	183
XXII.	Teófilo Barocio	192
XXIII.	Juan S. Cheavens	202
XXIV.	Augusto H. Strong	216
XXV.	Alfredo U. Cabrera	233

PREFACIO

Algunas de las "Efigies" que componen este libro fueron publicadas en diversos periódicos bautistas. Las escribimos porque entendíamos que haciendo conocer la vida y los hechos de los grandes hombres de nuestra denominación, contribuiríamos a que ella fuese mejor conocida y más apreciada por aquellos que de nosotros viven en una casi total ignorancia. El trabajo que nos proponíamos era difícil y arduo, pero lo emprendimos con todo entusiasmo, alentados por algunos hermanos cariñosos. Pero al poco tiempo de haberlo comenzado tuvimos que abandonar nuestro trabajo, para atender a otras labores más apremiantes. Fué entonces que algunos hermanos nos hablaron de la conveniencia de publicar una serie de estas biografías en forma de libro, a fin de que tuvieran mayor circulación y fueran más permanentes.

Siguiendo estas sugestiones pusimos manos a la obra, aprovechando todos aquellos momentos que podíamos distraer de otras labores, hasta completar el número de Efigies que componen este libro y nos pusimos de acuerdo, primero con el lamentado hermano J. S. Cheavens, que se hallaba al frente de la Casa Bautista de Publicaciones de El Paso, Tex., y después de la muerte de este buen hermano, con el Rev. J. E. Davis, actual Administrador de la referida Casa de Publicaciones, en todo lo que se refiere a la publicación de este libro.

En cuanto al material que componen estas páginas, no tenemos ninguna apología que presentar. Somos bautistas, y como bautistas hemos escrito, aunque tratando

de ajustarnos siempre a la más absoluta verdad histórica, en relación con los personajes de quienes hemos tratado de escribir. No obstante, el inteligente lector comprenderá cuán difícil ha sido nuestra tarea, al tratar de encerrar en breves páginas las biografías de hombres de cuyas vidas y hechos pudieron escribirse gruesos volúmenes.

Nuestra idea original era escribir una serie de libros, breves y sencillos, de biografías bautistas, ya que para ello hay material más que suficiente. Y si el Señor a quien servimos nos lo permite, cumpliremos este programa, escribiendo en segundo término, las efigies de las nobles matronas que han figurado, como radiantes estrellas, en el cielo de nuestra denominación. De ellas escribiremos bajo el título de "Heroínas de Nuestra Fe."

Y ahora, que el Señor que inspiró y alentó y glorificó a tantos y tantos bautistas, bendiga esta humilde labor de nuestras débiles manos, utilizándola para su gloria y para el bien de muchos.

A. S. R. G.

Habana, Cuba, Julio de 1922.

INTRODUCCION

"Bienaventurados los que son íntegros en sus caminos y que andan en la ley del Eterno." — Salmo 119:1.

Como si os detuviese un guardián, a la entrada de un hermoso edificio, en el que conservan, como en preciado museo las joyas del arte, así, os detengo yo, en el pórtico de este libro, en el que se encierran bellezas supremas de la obra de Dios, para entregaros una **memoria** de este sagrado **museo** y de sus producciones maravillosas.

¿Debiera ya, sin decir más, franquearos la entrada, omitiendo toda explicación sobre el resto de esta obra? No, no debéis seguir adelante, sin deteneros, aunque por breves momentos, para contemplar la magnificencia y bellezas exteriores de este **edificio.**

La primera **efigie** que os debo mostrar, aún no está colocada en los espaciosos salones de este **museo,** la tenemos aquí, junto a la entrada, para ofrecerla, como las otras, a la mirada del viajero.

Este joven, en cuyo rostro afable ha dejado más huella la lima del estudio que la del tiempo; cuyos ojos se han apagado más al influjo del quinqué que el de los años; cuyo cuerpo se ha encorvado más por efecto del buró que por los del dolor, es el Rev. A. S. Rodríguez y García, el **arquitecto** de este edificio, el autor de este libro. Su retrato está aún aquí, sobre el caballete, no porque no merezca ya figurar entre las excelsas efigies de este **museo,** sino porque aún quedan al Supremo

Artista, algunos toques que dar en él; mas, un día, también este lienzo vendrá a figurar, con bien ganados méritos, entre las inmortales producciones que este edificio encierra.

Y, ahora, observemos por un momento el **edificio.**

Allá, en lo alto del pórtico se lee: "EFIGIES BAUTISTAS," y ya os oigo que preguntáis: ¿Quiénes son los bautistas, qué significación tienen en la historia del mundo los hombres cuyas **efigies** se burilan en este libro?

El guardián os responde: Los bautistas somos una gran denominación religiosa, una gran agencia misionera, o, quizás, dicho con más propiedad de lenguaje, la gran denominación misionera. Y, no quiero, al decir **grande,** poner todo el énfasis en la idea de **cantidad** sino en la de **eficiencia,** que al fin, no siempre el **numerismo** es lo que prevalece en las superiores actividades de la vida: más grande que el cuerpo es la sombra; más voluminosa que el trigo es la paja; que numerosas que los oasis son las arenas.....

Y bastará leer esta obra para comprobarlo, porque una de las primeras y primordiales ideas que este libro de Rodríguez despierta en la mente del lector es ésta: los bautistas son una gran denominación religiosa, los bautistas son una gran agencia misionera. Cómo recuerdo ahora, unos párrafos de la obra de W. B. Boggs, "Los Bautistas, ¿Quiénes son y qué creen?", en los cuales el autor hace estas magníficas citas: "Que te alabe otro y no tu propia boca," dice la sabiduría. Oigamos pues, lo que otros han dicho de los bautistas. El Dr. Wood, de Andóver, Mass., en 1854, se expresó de este modo:—"Tengo para con los bautistas, como denominación, la más cordial estimación, amor y confianza. He tenido el más amplio trato y sincera amistad con ministros bautistos, estudiantes de Teología, y cristianos particulares y hubiera deseado que nuestra denominación (la congregacionalista), fuese tan libre de especulaciones erróneas y tan bien afirmada en las doctrinas y principios experimentales de los puritanos,

como los bautistas. Me parece que son los cristianos que pueden mantener puro al Cristianismo y sostener con firmeza las formas de las sanas palabras."—El gran presbiteriano escocés, Dr. Chalmers, paga a los bautistas el siguiente tributo:—"Nunca debe ser olvidado que los bautistas constituyen la denominación que ha dado origen a las grandes empresas misioneras; que han enriquecido la literatura cristiana de nuestro país con la autoridad de la piedad más elevada, como de los primeros talentos y de la primera elocuencia; que han peleado una buena batalla con el antinomianismo; que tal vez no hay en nuestras islas una comunidad de ministros más inteligentes y que en proporción hayan contribuído con una tan gran suma de poder y actividad mental en defensa e ilustración de nuestra fe común; y lo que es mejor que todos los triunfos del genio y del entendimiento, ellos han conseguido por su celo, fidelidad y trabajo, mantener las listas de un discipulado genuino en los rangos de la sociedad privada, y de este modo sostener y extender el Cristianismo de nuestra nación."

Y, el hecho de que los bautistas, como denominación, demos, en cierto modo, más preponderancia a nuestras actividades y hechos, que a los meros números, no quiere decir que es porque seamos tan solo **letras** y no guarismos; no, es porque los bautistas somos, como el alfa y la omega de la lengua de Grecia, letras y números a la vez. Es que somos una gran denominación, tanto por la eficiencia de nuestras actividades como por el número de nuestros adeptos, los que se cuentan por millones sobre las naciones de la tierra, al par que nuestra existencia histórica, necesita, para ser contada, el mayor número de guarismos. Somos, pues, una denominación **grande,** en el número, en la acción y en el tiempo.

Pero, miremos ya otro aspecto de esta obra.

Es una galería de **efigies,** en la que A. S. Rodríguez, como un artista en su estudio, o como un decano en el museo, ha ido colocando aquí, allí y más allá, ora el lienzo

majestuoso de Spurgeon; ora el marmóreo busto de Bunyan; ora el límpido bronce de Judson. Pero, ¿Son todos? No, no son todos los que pueden figurar como efigies excelsas del mundo bautista, porque, ni en veinte volúmenes como éste, pudieran ser esbozadas, ni harían una obra menos laboriosa y prolija que la de "Las Vidas Paralelas" de Plutarco..... Pero aun cuando este libro de **Efigies Bautistas**, sólo está compuesto por aquel número de varones ilustres que el autor, con singular acierto ha seleccionado, a fin de formar con ellos un todo armónico; aun así, repitiendo una vez más nuestro aserto de que el **número** no hace al caso, podemos también afirmar que él dará al lector benévolo esta nueva impresión de nuestra obra: los bautistas son una denominación de **grandes hombres.**

¡Vedlos ahí, colocados por orden, en las brillantes páginas que forman las galerías de este regio **museo:** Juan Bunyan, Guillermo Carey, Adoniram Judson, C. H. Spurgeon, Juan Clarke, Rogerio Williams, J. V. Cova, etc., todos los grandes de la denominación bautista, todos los grandes de la vida misionera, todos los grandes de la historia del Cristianismo!

¡Sí, la gran denominación bautista es una denominación de **grandes** hombres. Tal es la idea que esta meritísima obra de Rodríguez proclamará por todas partes, como campana que vibra a los cuatro vientos!.... Porque, al contemplar cada una de las gallardas efigies que el autor nos presenta, ¿Quién no siente el alma arrebatada por el más intenso sentimiento de admiración y respeto hacia los grandes hombres de la denominación bautista, hacia las eximias figuras del evangelismo mundial?

Y queda en el alma algo como un dulce y sagrado refrigerio, se siente algo como una placidez santa y bendita, al llevar uno mismo el nombre que ellos llevaron, el glorioso nombre de bautistas; al verse uno mismo soldado en aquellas filas en que ellos militaron, al desplegar

al viento las banderas que enarbolaron tan admirables y esclarecidos varones.

Pero este no es un libro meramente contemplativo, no es que todo su fin quede cumplido cuando se han repasado, una tras otra, admirándolas en toda su grandeza, las efigies que el autor nos presenta; sino que es éste un libro altamente docente e intensamente catequista, primero, porque las **Efigies Bautistas** constituyen en sí, una historia **sui generis**, de la denominación bautista, al par que una rama de la historia misionera del mundo; y después porque la lectura de este libro despierta en el alma una consideración profunda hacia los bautistas, al par que un noble sentimiento de emulación, un irresistible deseo de seguir e imitar a esos hombres.....

Y, no es esto todo, sino que, al cruzar estas páginas, se escucha como un bíblico himno de victoria, como un místico salmo de alabanza a la obra de Dios, a la obra sincera y bendita que, a través de veinte siglos, los bautistas han realizado. Y, no sé por qué, este libro admirable me ha recordado tanto el capítulo once de la Epístola a los Hebreos, y por qué, ante estas páginas, han desfilado por mi mente, más de una vez, los inmortales héroes de la fe, en tanto que repetía estas palabras:

"Los cuales por fe sojuzgaron reinos, obraron justicia, obtuvieron promesas, cerraron las bocas de leones.—Apagaron la energía del fuego, escaparon del filo de la espada, sacaron fuerzas de flaqueza, se hicieron poderosos en batalla, pusieron en fuga a enemigos extraños.—Mujeres hubo que recibieron por resurrección, a sus muertos, en tanto que unos fueron atormentados, no admitiendo liberación para alcanzar una resurrección mejor.—Y otros sufrieron pruebas de escarnios y azotes, y también de prisiones y cárceles.—Fueron apedreados, otros fueron despedazados, fueron tentados, fueron muertos a espada, anduvieron de acá para allá, envueltos en pieles de ovejas, menesterosos, angustiados, maltratados.—De los cuales el mundo no era digno: perdi-

dos por los desiertos, por las montañas, por las grutas y cavernas de la tierra."

Y así también ellos, los héroes y mártires de la denominación bautista, cruzaron con pie firme la senda del deber.....

Mas no sólo es que los bautistas son una gran denominación con grandes hombres, sino también con **grandes hechos.** Ahí está, en ese conjunto de efigies bautistas que el Rev. A. S. Rodríguez pacientemente ha burilado, la más patente prueba. Los hechos que estos hombres inmortales realizaron, sus sacrificios inenarrables, sus acciones heroicas, hablan muy elocuentemente de cuánto debe el mundo a los bautistas.

Ciertamente, la denominación bautista es también la denominación de los **grandes hechos,** porque siendo el **principio** bautista (el único principio nuestro) la fidelidad inquebrantable a la Palabra de Dios, ¿pudieron haber hecho otra cosa que gloriosas acciones los hombres que vivieron meditándola y obedeciéndola todos los días de su vida? Y, si esos grandes hechos no son más que la justa consecuencia de vidas rendidas y entregadas a una obediencia perfecta a la Palabra de Dios, entonces, ¡qué labor más gloriosa y más noble que la de proclamar esos preceptos; que la de esparcir esas enseñanzas; que la de proclamar el nombre de Cristo que regenera, de Cristo que redime, del Redentor que quiere y puede salvar a los hombres, llevando tan gloriosas nuevas, desde las cálidas y polícromas riberas del trópico esplendente, hasta las albas nieves de las regiones glaciales y brumosas de los polos! ....

Y si la Biblia ha podido producir esa gran denominación, con esos grandes hombres, y esos grandes hechos, entonces, ciertamente la Biblia es la Palabra Divina y la denominación es la obra de Dios.

Llega uno al fin de esta obra y al terminar estas brillantes páginas, al concluír su amena lectura, cuando ya sólo resta cerrar las tapas del libro, siente el lector una

necesidad imperiosa y un irresistible deseo, ellos son los de exclamar, sinceramente conmovido:

¡Qué denominación! ¡Qué hombres! ¡Qué hechos!
Y se bendice a Dios por sus dones inenarrables....

....

Y, cumplida ya mi misión, como guardián en el pórtico de este regio **museo,** y efectuada ya mi promesa de dar una modesta **introducción** a este libro; ahora, lectores benévolos, os dejo franca la entrada.....

Reinaldo R. Machado.

Habana, Cuba, Julio, 1922.

I

PEDRO DE BRUYS

De Pedro de Bruys apenas se sabe nada antes de que apareciera como reformador religioso en Francia, y lo poco que de él se sabe lo debemos a la pluma de sus contrarios que, como es natural, escriben llenos de prejuicios contra él. Pero, no obstante, hay suficiente material para comprender que este hombre fué valiente, piadoso, grande oponente de la Iglesia Romana y un connotado bautista.

Pedro de Bruys, como Arnaldo de Brescia, estudió Teología bajo la dirección de Abelardo, quien era bastante liberal en cuanto a la aceptación de las Escrituras y su aceptación de los dogmas de la Iglesia de los papas. Siendo aún muy joven nuestro biografiado, fué destinado como sacerdote a la humilde parroquia de un pequeño pueblo del interior de Francia, en cuyo lugar comenzó su obra de reformación por el año de 1104.

Hasta ahora son desconocidas las causas que motivaron su protesta de las innovaciones del Romanismo y le hicieron dedicarse a la grande y meritoria obra de reformar ética y religiosamente la Francia; pero no es improbable que,

a semejanza de otros muchos después que él, bebiera esta inspiración de las mismas Escrituras. En realidad, parece cierto que la propaganda de determinados anti-romanistas que abundaban por aquella época en el Sur de Francia, como los Paulicianos, los Albigenses, etc., le hicieron fijar su atención en algunos de los temas que ellos predicaban y buscar la razón bíblica de muchas de las prácticas romanistas; y como estas prácticas carecen en lo absoluto de semejante garantía, el resultado fué su obra de reformación y de impugnación de tales doctrinas y prácticas.

Sean cuales fueren las causas originarias de su labor reformatoria, lo cierto es que Pedro de Bruys desde el principio comenzó a predicar contra el bautismo infantil, la veneración de reliquias, los sacrificios llamados del altar, las preces a los difuntos, los servicios litúrgicos, etc. Con gran admiración por parte de las autoridades eclesiásticas, pronto se ganó la simpatía popular de manera tal, que, de haber durado más tiempo su vida, hubiera conmovido la Iglesia Romana hasta en sus mismos cimientos.

Pedro el Venerable, uno de sus enemigos más formidables, dice de él y de sus seguidores, escribiendo a una persona de la región en que Pedro de Bruys realizaba sus labores: "En esos lugares las personas son rebautizadas, los altares destruídos, las cruces quemadas, se come carne en el mismo día de la prisión del Señor, se hace escarnio de los sacerdotes y los

monjes y se les obliga por el terror a casarse." Estas palabras aunque inspiradas por el despecho y llenas de prejuicios, pintan admirablemente la labor realizada por nuestro biografiado.

La grande obra de Pedro de Bruys sólo duró veinte años, de 1104 a 1124. En este último año fué hecho prisionero en los momentos en que se disponía a dar fuego a la pira que ante él habían formado de restos de crucifijos, siendo quemado en esta misma pira, en Saint Gilles.

Pedro de Bruys fué un gran reformador y un esforzado paladín de los principios bíblicos que hoy sostienen los bautistas. Esto último es un hecho que no admite discusión. El mismo Pedro el Venerable de quien hemos hablado más arriba, en el prefacio de un folleto que escribió después de la muerte de Bruys, le acusa, en unión de sus discípulos, de las siguientes **herejías:**

"a. Niegan que los niños antes de llegar a la edad de la razón, pueden ser salvos por el bautismo de Cristo; que la fe de una persona puede beneficiar a otra, de acuerdo con la escritura que dice: 'el que creyere y fuere bautizado será salvo.' Protestan de que se les llame rebautizadores, pues creen que el bautismo de los niños no es tal bautismo.

"b. Niegan que el pan y el vino puedan convertirse en el cuerpo y la sangre de Cristo, considerando esta doctrina de la transubstanciación como absurda y sacrílega.

"c. Enseñan que las cruces deberían ser todas destruídas; que el instrumento en que Cristo fué muerto cruelmente, no debe ser adorado o venerado, ni se le debe hacer súplicas.

"d. Predican contra los sacrificios (del altar) y los preces por los difuntos, sosteniendo que el galardón de cada individuo es decidido permanentemente en la hora de la muerte.

"e. Rechazan la autoridad de los padres y de la tradición, enseñando que sólo debe obedecerse a las Escrituras." Dic. de Teol., Tom. 3, p. 925.

El Dr. Enoch Fond después de hablar de las **peculiaridades** de los Petrobrusianos, dice de ellos, en su historia de la Iglesia de Dios: "Parecen haber sido, como los otros Albigenses, gente pía, devota y amante de las Escrituras."

A Pedro de Bruys no se ha levantado monumento marmóreo; pero ha tenido uno de más valor, el que se levanta en las páginas de la Historia, y en el corazón de las personas de buen sentir, a los grandes benefactores de la humanidad. En ese monumento "no hecho de manos de hombres," de Bruys aparece de cuerpo entero, con su nombre escrito en caracteres brillantes en su frontispicio.

II

ENRIQUE DE LAUSANNE

El siglo XII fué pródigo en grandes reformadores que, uno tras otro, hicieron benemérita obra al procurar elevar las iglesias corrompidas de esa época a la prístina pureza de vida y lealtad de práctica. Arnaldo de Brescia, Pedro de Bruys y Enrique de Lausanne aparecieron contemporáneamente en la primera mitad de este siglo.

Enrique de Lausanne, con toda probabilidad, comenzó su obra de reformación en Francia, independientemente de otros reformadores de su tiempo, aunque algunos historiadores creen que fué discípulo de Pedro de Bruys, con quien, como veremos más adelante, colaboró luego. Parece cierto, no obstante, que motivaron sus ardientes predicaciones anti-papales y anti-paidobautistas, la extremada laxitud moral del clero y el abuso que se hacía de las prácticas religiosas.

Se sabe con absoluta certeza que Enrique era hombre de profundos conocimientos, de arrebatadora elocuencia y de carácter muy recto y elevado, aunque algunos escritores católicos, en su despecho y apasionamiento, cosas de que rara-

mente se ven libres sus escritos, quieran hacer ver lo contrario. En el año 1116 aparece este reformador en la historia. En este año lo encontramos de monje en Cluguy, Francia, en cuyo lugar realizaba una magnífica labor y era muy querido de todos.

De Cluguy lo llamó el Obispo de Maus para que se hiciera cargo, interinamente, de la obra espiritual de su diócesis, durante la visita que dicho obispo había de hacer a Roma; cosa que demuestra palpablemente que nuestro biografiado era poseedor de grandes dotes morales e intelectuales.

En Maus predicó con maravillosa elocuencia, llamando al sacerdocio y al pueblo a una vida más pura, más santa, más en conformidad con las enseñanzas bíblicas; y fué tan grande su éxito que una parte del clero se convirtió en partidario suyo, y el pueblo le amaba y le respetaba, identificado con sus doctrinas. Todos ellos se negaron a abundar en las prácticas consagradas de la Iglesia Romana, haciendo sangrientas burlas de aquellos sacerdotes que aún se apegaban al excesivo ritualismo papal.

De público se decía de Enrique que "jamás se había visto hombre alguno que llevara una vida tan estricta, que fuese tan humanitario o tan valiente como él;" y que "por su palabra podía llevar a la compunción los corazones de piedra." Tales eran su rectitud de vida y su elocuencia.

Sus labores en Maus fueron grandes en todos sentidos. Además de su obra reformadora que

llamaremos doctrinaria, emprendió con gran valor y ahinco otra de carácter moral que dió admirables resultados, como admirables habían sido los resultados obtenidos en sus trabajos de reforma de las doctrinas y prácticas de la Iglesia imperante.

Por sus predicaciones un gran número de mujeres impuras se convirtieron, quemaron públicamente sus ajuares y vivieron en lo sucesivo una vida completamente digna y moral. Hizo también que muchos jóvenes se casaran con las mujeres con quienes habían vivido de manera ilícita, facilitándoles al efecto todo género de comodidades, y haciendo caso omiso de tantos y tantos impedimentos como siempre ha presentado la clerecía para los matrimonios, razón de la cual se debe en un gran tanto por ciento, el número enorme de concubinatos que han existido y existen en los países católicos. De todo esto se desprende según piensa el Doctor Newman, del cual tomamos muchos datos para nuestro trabajo presente, que Enrique creía que el matrimonio era el mejor remedio contra la inmoralidad entonces reinante. Lo cierto es que sus trabajos en pro del mejoramiento moral de Francia, tuvieron un éxito estupendo.

Cuando Hildeberto, obispo de Maus, regresó de su viaje de Roma, el pueblo le recibió con disgusto y demostraciones de desprecio, y le hizo todo género de desaires; y no fueron pocas las personas que le dijeron: "No queremos ningún guía espiritual que proceda como tú procedes;

mente se ven libres sus escritos, quieran hacer ver lo contrario. En el año 1116 aparece este reformador en la historia. En este año lo encontramos de monje en Cluguy, Francia, en cuyo lugar realizaba una magnífica labor y era muy querido de todos.

De Cluguy lo llamó el Obispo de Maus para que se hiciera cargo, interinamente, de la obra espiritual de su diócesis, durante la visita que dicho obispo había de hacer a Roma; cosa que demuestra palpablemente que nuestro biografiado era poseedor de grandes dotes morales e intelectuales.

En Maus predicó con maravillosa elocuencia, llamando al sacerdocio y al pueblo a una vida más pura, más santa, más en conformidad con las enseñanzas bíblicas; y fué tan grande su éxito que una parte del clero se convirtió en partidario suyo, y el pueblo le amaba y le respetaba, identificado con sus doctrinas. Todos ellos se negaron a abundar en las prácticas consagradas de la Iglesia Romana, haciendo sangrientas burlas de aquellos sacerdotes que aún se apegaban al excesivo ritualismo papal.

De público se decía de Enrique que "jamás se había visto hombre alguno que llevara una vida tan estricta, que fuese tan humanitario o tan valiente como él;" y que "por su palabra podía llevar a la compunción los corazones de piedra." Tales eran su rectitud de vida y su elocuencia.

Sus labores en Maus fueron grandes en todos sentidos. Además de su obra reformadora que

llamaremos doctrinaria, emprendió con gran valor y ahinco otra de carácter moral que dió admirables resultados, como admirables habían sido los resultados obtenidos en sus trabajos de reforma de las doctrinas y prácticas de la Iglesia imperante.

Por sus predicaciones un gran número de mujeres impuras se convirtieron, quemaron públicamente sus ajuares y vivieron en lo sucesivo una vida completamente digna y moral. Hizo también que muchos jóvenes se casaran con las mujeres con quienes habían vivido de manera ilícita, facilitándoles al efecto todo género de comodidades, y haciendo caso omiso de tantos y tantos impedimentos como siempre ha presentado la clerecía para los matrimonios, razón de la cual se debe en un gran tanto por ciento, el número enorme de concubinatos que han existido y existen en los países católicos. De todo esto se desprende según piensa el Doctor Newman, del cual tomamos muchos datos para nuestro trabajo presente, que Enrique creía que el matrimonio era el mejor remedio contra la inmoralidad entonces reinante. Lo cierto es que sus trabajos en pro del mejoramiento moral de Francia, tuvieron un éxito estupendo.

Cuando Hildeberto, obispo de Maus, regresó de su viaje de Roma, el pueblo le recibió con disgusto y demostraciones de desprecio, y le hizo todo género de desaires; y no fueron pocas las personas que le dijeron: "No queremos ningún guía espiritual que proceda como tú procedes;

no deseamos tus bendiciones. Tenemos un padre, tenemos un pontífice, tenemos un abogado con más autoridad, que es más honrado y más sabio que tú." Con tal recibimiento Hildeberto se llenó de despecho y de odio contra Enrique, y comenzó a trabajar en contra suya, sin descanso, hasta que consiguió que fuese expulsado del territorio de Maus.

Desde este momento parece que Enrique se unió a Pedro de Bruys y trabajó unido a él, hasta que éste murió en 1124. De esta época y hasta 1132 poco sabemos de Enrique; pero en esta última fecha lo volvemos a encontrar en Provenza, donde sus trabajos obtuvieron el mismo maravilloso resultado que en Maus.

Personas de todas las clases sociales fueron influenciadas por sus predicaciones, abandonando las vanas supersticiones de Roma y sumándose a sus discípulos. A tal extremo llegó su influencia que muchos altos dignatarios de la Iglesia papal abandonaron sus elevados puestos por seguir en pos de él. En Tolosa y sus inmediaciones su labor fué mirada con la más grande indignación por parte del clero que aún permanecía fiel a Roma. El sacerdocio de Francia, que no le era adicto, al tener noticias de la grande y creciente influencia de Enrique, lleno de temor, se aprestó, no sólo a la defensa, sino también a perseguirlo hasta la muerte.

Nuestro biografiado, no obstante, hizo caso omiso de sus amenazas y persecuciones, y siguió impertérrito predicando y enseñando y ejerciendo su influencia en todos los lugares limítrofes; hasta que en 1134 fué aprehendido por el arzobispo de Arles y enviado a Roma para ser juzgado por el Papa, el que lo declaró convicto de herejía. No sabemos de qué medio se valió Enrique para obtener su libertad, pues nada nos dicen a este respecto sus biógrafos; pero lo cierto es que al poco tiempo se vió libre.

Entonces marchó a Poitiers, en cuyo lugar, con el mismo valor que antes, continuó su obra de reformación predicando los principios bíblicos que tan queridos le eran. Sus labores en Poitiers y sus cercanías duraron unos doce o catorce años.

Por fin, en el año 1148 (1147 según otros historiadores), y dada la influencia de Bernardo, su mortal enemigo, que era uno de los escolásticos más eminentes de su época, y hombre de grandísimas relaciones, el Papa Eugenio III decretó su prisión. Estas órdenes se ejecutaron con toda prontitud, y Enrique fué juzgado en el Concilio de Reims y condenado "por mucha herejía." En seguida, y a semejanza de Pablo y Silas, fué echado en la prisión de "más adentro," donde murió este mismo año de 1148, de no sabemos qué **enfermedad.**

Enrique de Lausanne sostenía los mismos principios que Pedro de Bruys, pudiendo ser, por tanto, conceptuado como bautista. Este es un hecho tan incuestionable que no es necesario que nos detengamos en aducir pruebas de este aserto. No obstante, es conveniente que

citemos en esta conexión las palabras del historiador Neánder, que dice: "Enrique de Lausanne fué uno de los primeros anti-paidobautistas que predicara con gran tesón y poder las doctrinas características de los anti-paidobautistas."

De Enrique surgió una secta, llamada Enriquistas o Endicistas (Bergier los llama Enriquiaños), que efectuaron una magnífica labor por espacio de muchos años, junto con los discípulos de Pedro Bruys, llamados "Petrobrusianos." De estos discípulos de Enrique, dice Bernardo: "Ellos nos hacen burla porque bautizamos infantes, porque oramos por los difuntos, porque buscamos el favor de los santos por medio de nuestras dádivas."

III

ARNALDO DE BRESCIA

Por el año de 1137 apareció en Italia un gran reformador religioso que demostró ser un tremendo opositor de la Iglesia Romana. Este reformador, llamado Arnaldo de Brescia, era un monje de grandes conocimientos, de profundo celo, de austeras costumbres; hombre que por sus dotes intelectuales y morales, así como por la obra que realizó, ocupa un lugar prominente en la historia de los grandes reformadores, sean ya políticos o religiosos.

Arnaldo nació en Brescia, Lombardía, por el año 1105. En su primera juventud viajó a través de varios países, principalmente por Francia, en cuya nación se dedicó a los estudios teológicos, a los pies del célebre Pedro Abelardo, haciéndose monje. Cuando terminó sus estudios regresó a Italia y comenzó a predicar en las calles de Brescia, su ciudad natal, donde muy pronto llamó la atención y se ganó la simpatía, no sólo del pueblo, sino también de gran parte de las clases elevadas de la sociedad. Sus predicaciones versaban casi siempre sobre la inmoralidad y excesivo lujo del clero; abogaba en pro de la destrucción del poder temporal del Papa, alegando que las Iglesias de-

bían volver al modelo que de ellas presenta el Nuevo Testamento, y del cual se había separado la Iglesia Romanista; abogaba, en fin, porque Roma volviese a sus primitivas libertades y grandeza. Su gran elocuencia, la bondad de los temas que predicaba, de gran actualidad entonces, y la misma situación política de Italia, sobre todo de la Lombardía, donde muchas ciudades se habían hecho independientes, y no estaban dispuestas a sufrir el vasallaje que Federico Barbarroja quería imponerles—todo esto unido le captó las simpatías populares. Además, cansado el pueblo del lujo, soberbia y espíritu autoritario de la Iglesia imperante, se sublevó contra la tiranía de los obispos.

La Iglesia Romana, por supuesto, se alarmó de estos ataques y comenzó a pensar en la manera de silenciar a tan valiente contrario. A este fin trabajó incesantemente, hasta que el Concilio de Letrán, en 1139, acordó la expulsión de Arnaldo del territorio italiano. Sin embargo, sus partidarios no fueron destruídos, ni cesó su influencia.

Arnaldo huyó a Zurich, en Suiza, donde siguió predicando sus doctrinas favoritas por algún tiempo; pero su obra de reformación en esta ciudad no tuvo gran éxito, aunque por ella fué convertido el Legado del Papa, porque al poco tiempo de comenzada, y debido a la influencia de Bernardo, Abate de Clairveux, se puso precio a su cabeza y tuvo que huir también del cantón de Zurich.

Pero por esta época Arnaldo formó el atrevido propósito de marchar a Roma y combatir la Iglesia de los papas en su propio baluarte, haciendo su obra reformatoria ante las puertas de la misma Sede Romana. De acuerdo con este propósito se trasladó a la ciudad de las siete colinas, y en ella, comenzó a predicar en las calles. Su éxito fué allí tan grande que desde el principio se ganó al Senado y a un gran número de clérigos, así como a la mayor parte del pueblo.

Tres papas, uno tras otro, hicieron desesperados esfuerzos por contrarrestar la obra de Arnaldo; pero inútilmente, pues éste consiguió la separación entre la Iglesia y el Estado, privando así al Papa del poder temporal, ese poder temporal que siempre ha anhelado y continúa anhelando, y por el ejercicio del cual, creyendo que el "fin justifica los medios," ha producido tantas víctimas al mundo; formó un gobierno provisional, cuya constitución le fué entregada al Papa Adriano IV para su aprobación. Habiéndose negado el Papa a sancionar esta constitución, el pueblo se insurreccionó, y entonces Adriano, lleno de temor, huyó de Roma. Entonces el gobierno que había abolido su poder temporal fué establecido sobre bases más firmes, durando su existencia, según la opinión de algunos historiadores, como diez años.

Pero aunque Arnaldo procedió con extraordinario tacto y mesura, el pueblo, no habituado a la libertad, como sucede muy a menudo cuan-

do la transición es tan rápida, abusó de ella, llegando a la licencia. Por este motivo se hizo imposible la estabilidad de la República establecida por el apóstol de las libertades italianas. Los clérigos que no habían jurado fidelidad a la nueva constitución, fueron perseguidos y sus propiedades quemadas. Estos procedimientos fueron creando un movimiento de reacción muy pronunciado, lo que unido al asesinato de un cardenal en las calles de Roma, hecho de que ninguna manera era responsable Arnaldo, dieron golpe de muerte a su gran obra de libertad y reformación. El Papa Adriano IV, aprovechándose de esta situación casi anárquica, consiguió readquirir influencia sobre una parte de las clases elevadas de la Sociedad; y a su llamamiento, que fué secundado por los Gibelinos, Federico I Barbarroja marchó contra Roma al frente de un gran ejército. Como resultado de esta expedición, Barbarroja recibió en Pavia la corona de Lombardía, destruyó la República Romana, condenó a muerte a Arnaldo e hizo que el Papa le coronara emperador de Italia.

Arnaldo huyó de Roma y probablemente se ocultó en casa de algún noble amigo; pero las amenazas de Barbarroja y las ocultas maquinaciones del clero hicieron que fuese vendido; y en el año 1155 fué colgado en la "Piazza Popolo" (o crucificado, según opinión de otros historiadores), quemado su cadáver y sus cenizas arrojadas al Tíber, a fin de evitar como dice Otto de

Treinsingen, que el pueblo "pudiera reunir y adorar sus cenizas."

Con su muerte triunfó el clero y con la dispersión de sus cenizas se creyó que su obra y sus seguidores quedaban destruídos; pero sus grandes doctrinas de libertad no perecieron, sino que fueron transmitiéndose, de generación en generación, junto con su memoria. Aparte de otras cosas que perpetúan su recuerdo, hoy existen dos grandes monumentos, uno en Zurich y otro en Brescia, que hablan muda, pero elocuentemente, de la gran labor realizada por este hombre de Dios y la estimación en que ella es tenida por parte de los pueblos suizo e italiano.

Que Arnaldo de Brescia era bautista en principios, es un hecho que no admite discusión, y en ello están contestes los grandes historiadores, tanto bautistas como paidobautistas. Un estudio del asunto demostrará que él creyó y predicó los siguientes principios que la Iglesia y el Estado deben estar separados; que el Papa no debe ejercitar el poder temporal; que las ordenanzas de las Iglesias no son sacramentos; que sólo los creyentes deben ser bautizados; que la Cena del Señor no es una transubstanciación, sino una ordenanza conmemorativa, instituída por el mismo Cristo.

También es un hecho incuestionable que a la muerte de Arnaldo y por largos años después existió una secta que seguía las enseñanzas de nuestro biografiado y que se conocieron

con los nombres de Arnaldistas, o Lombardos, y sostenían las mismas doctrinas que los Petrobrusianos. El Abate Bergier, célebre escritor católico-romano, dice en su Diccionario de Teología, Tomo I, Pág. 213: "Arnaldistas, herejes llamados así de Arnaldo de Brescia, su Jefe. Aparecieron en el siglo XII; criticaron altamente la posesión de los bienes eclesiásticos, que la tenían por una usurpación. No admitían la oración por los difuntos, el culto de la cruz, el bautismo de los niños, el sacrificio de la misa, etc."

IV

BALTASAR HUBMAIER

Baltasar Hubmaier fué uno de los hombres más famosos de principios del siglo XVI, por su profunda intelectualidad, por la solidez de su espíritu cristiano, por su respeto a la verdad y por la independencia de carácter. Nació en Ausburgo en 1480 y a los pocos años pasó a Freiburg, en cuya universidad ingresó en 1503, estudiando bajo la dirección del que luego fué su gran amigo, el famoso Dr. Juan Eck. En sus estudios hizo tan rápidos progresos, que llegó a rivalizar con su propio maestro. En esta universidad se graduó de Bachiller en 1512, y probablemente fué ordenado al sacerdocio de la Iglesia Romana inmediatamente después de su graduación.

En el mismo año de 1512 marchó Hubmaier a Ingolstad, acompañando a Eck que había aceptado una cátedra en la universidad de dicha ciudad. Al poco tiempo fué nombrado pastor de la Iglesia de la universidad y catedrático de Teología, recibiendo al poco tiempo el título de Doctor en esta ciencia. Permaneció en Ingolstad unos años, ejerciendo una gran influencia entre los jóvenes de la universidad y

los miembros de la Iglesia de que era pastor. Su elocuencia era tan maravillosa que fué conceptuado como uno de los predicadores más grandes de su época. En 1516 se le pidió que aceptara el pastorado de la Iglesia de Regensburgo, puesto que aceptó a disgusto de sus admiradores de Freiburg. En la catedral de Regensburgo predicó con gran poder a las multitudes que afluían a sus servicios y fué uno de los campeones más formidables y decididos del movimiento llevado a cabo para la expulsión de los judíos. No nos corresponde juzgar aquí si procedió bien o mal en este respecto; pero sí es necesario decir que fué uno de los que más contribuyeron a la expulsión de los judíos, y que después de ser ellos echados de la ciudad, organizó una iglesia que se reunía en el mismo local de la sinagoga judía. Por esta época era el hombre más prominente de la ciudad.

Parece que entonces ya Hubmaier estaba en contacto con los escritos de los Reformadores, y probablemente tenía relaciones de amistad con algunos de ellos, pues sabemos que en el año 1519 fustigaba duramente las supersticiones de la Iglesia Papal, aceptando y predicando las doctrinas de Lutero.

Todo esto hizo que sus relaciones con las autoridades de Regensburgo no fueran todo lo armonioso que hasta entonces habían sido, y que al fin se viera obligado a abandonar esta ciudad, marchándose a Waldshut, el pastorado de cuya Iglesia aceptó en 1521 o 1522 según otros

historiadores. En Waldshut, como en Regensburgo, muy pronto llegó a tener una grandísima popularidad, siendo considerado como un poderoso defensor de las doctrinas de Lutero y Zuinglio, sobre todo de este último. En el año 1522 visitó a Brasel, en donde conoció a los principales humanistas de su época, entre ellos a Busch, Glareau y Erasmo.

Por este mismo año, después de haber adoptado las doctrinas evangélicas tal como las predicaban los reformadores, protestó del bautismo infantil, por considerarlo anti-bíblico. A este respecto tuvo una gran discusión con Zuinglio, de quien era íntimo amigo, y el que no tuvo inconveniente en confesar que "los niños no debían ser bautizados mientras tanto no fueran instruídos en la fe." A su regreso a Waldshut, comenzó a predicar contra la misa, el bautismo infantil y la adoración de imágenes. En 1524 publicó un folleto con diez y ocho axiomas en que presentaba sus opiniones sobre la misa y el bautismo infantil; y poco después dió a luz su libro "Los Herejes y sus Verdugos," en el cual prueba que son herejes solamente los que contradicen y violan las enseñanzas bíblicas. El gran mérito de este libro, sin embargo, estriba en que es la primera y más clara defensa de la libertad de conciencia, de toda la época de la Reformación.

Todas estas doctrinas que tan eficaz y valerosamente predicaba Hubmaier, que con razón decía haberlas sacado de las Sagradas Escritu-

ras, le captaron la antipatía del clero y de la aristocracia de Waldshut, los que se quejaron a las autoridades de Austria de sus labores innovadoras. Estas autoridades, que no podían por menos de oir las quejas de elementos tan importantes, en seguida dieron órdenes para que Hubmaier fuese expulsado de Waldshut; pero las autoridades locales se negaron a creer que el más eminente de sus predicadores hubiese cometido ninguna innovación condenable, ningún acto de deslealtad cívica y no se prestaron a la expulsión de Hubmaier.

La masa popular, que se enteró de la actitud del gobierno de Austria, quiso apedrear a los comisionados imperiales por la expulsión de Hubmaier, resultando difícil el impedir que lo hicieran así.

Después de repetidas órdenes de las autoridades imperiales para la expulsión de "ese propagador de la herejía luterana," ninguna de las cuales fué cumplida por las autoridades locales, llegó el momento en que se hacía imposible desobedecer las órdenes superiores. Entonces, y dado que peligraba su libertad, Hubmaier huyó de Waldshut en la noche del 1o. de septiembre de 1524, dirigiéndose a Schaffhausen, en Suiza, desde donde regresó al poco tiempo a Waldshut (Ratisbona), al arreglarse, en forma bastante violenta por cierto, la diferencia de criterio existente entre el gobierno imperial y las autoridades locales, en lo que respectaba a su expulsión.

Pero Hubmaier no estuvo seguro en Waldshut por mucho tiempo, viéndose en la necesidad, poco después, de huir a Zurich, donde se ocultó en casa de amigos cristianos. La primera vez que nuestro biografiado llegó a Zurich, recibió grandes honores por ser amigo íntimo de Zuinglio; pero ahora llegó a esa ciudad perseguido y teniendo que esconderse, porque el que antes se llamaba su amigo, Zuinglio, es ahora su mortal enemigo, que no podía perdonarle que se hubiera atrevido a discutir con él la cuestión del bautismo infantil y que llegara hasta a repudiarlo por anti-bíblico y de origen romanista. Además, Zuinglio temía grandemente a Hubmaier, por tener éste una carta suya, escrita durante la discusión de que arriba hemos hablado, en la que confesaba que el bautismo de infantes carece en lo absoluto de garantía bíblica.

Al poco tiempo de estar Hubmaier en Zurich, se enteraron Zuinglio, y las autoridades, y en seguida se dieron órdenes para su prisión. Tan pronto como ingresó en la cárcel, el Concilio nombró una comisión de varias personas, a la cabeza de las cuales estaba Zuinglio, para que se entrevistaran con Hubmaier en la prisión. Estas conferencias duraron varios días y en ellas nuestro biografiado echó en cara a Zuinglio su inconstancia en la amistad y su infidelidad para con las enseñanzas bíblicas.

Al fin, "vista la gran **terquedad**" de Hubmaier, se le sometió al tormento, después del

cual se prestó a escribir y firmar la abjuración de las doctrinas que antes había creído y predicado. Pero es un hecho incuestionable, una verdad indiscutible, que Hubmaier no escribió y firmó esta retractación o abjuración por carencia de fe o debilidad de convicciones, sino únicamente por la gran debilidad física que sufría por aquellos días y los acerbos dolores que padecía; y esto lo demuestra la actitud que días después asumió, como veremos a continuación.

Al poco tiempo de su abjuración, inconsciente más que real, y de acuerdo con la costumbre de aquellos tiempos—costumbre romanista aceptada por Zuinglio y sus seguidores—Hubmaier fué llevado a la Catedral para que personalmente leyera su retractación y oyera un sermón "alusivo al acto." Allí fué colocado frente a Zuinglio (el orador del día) quien habló largamente de los errores en que había caído su **"querido hermano,"** que públicamente venía a abjurar. Terminado que hubo Zuinglio su discurso, se levantó Hubmaier y con voz débil al principio, pero que se iba haciendo más fuerte a medida que hablaba, comenzó a presentar los argumentos bíblicos en contra del bautismo infantil, haciendo caso omiso de la retractación que todos esperaban. Esto, aunque parezca mentira, desencadenó sobre su cabeza una terrible tempestad; y es la opinión de varios historiadores que uno de los que más

pedían que se le impusiese la última pena, era Zuinglio.

Llevado nuevamente a la prisión para ser juzgado segunda vez, a mediados del año 1526 logró evadirse de ella, con la ayuda de amigos de fuera, huyendo de Zurich. Después de predicar en Constanza por algún tiempo, se dirigió a Moravia, pasando por Ausburgo, en cuyo lugar predicó con poder, sumergió varios centenares de creyentes y fundó varias iglesias. Hubmaier realizó en Moravia la mejor obra de su vida: las iglesias que fundó fueron robustas en espiritualidad y en buenas obras, cuya duración en vida y labores fué larga y fructífera; escribió algunos libros y folletos sobre las ordenanzas, los medios de gracia, etc., que son aún considerados como magníficos y que los amantes de la buena literatura evangélica han preservado cuidadosamente.

En el año 1528 fué preso Hubmaier por órdenes de Fernando, probablemente de Brunn, y enviado a Viena, donde fué metido en una húmeda mazmorra del castillo de Gritenstein. Aquí escribió una confesión de fe, clara y bíblica, que remitió al rey y la respuesta de éste fué sentenciarlo a la última pena. Esta sentencia se ejecutó el 10 de marzo de 1528, fecha en que nuestro biografiado fué quemado a presencia de millares de espectadores curiosos. ¡Así se trataba en aquella época a los hombres que como Hubmaier, cometían el **tremendo atentado** de "obedecer a Dios antes que a los hom-

bres!" Nuestro biografiado murió a manos de la Iglesia Romana que así arrojó un borrón más sobre su tristemente célebre y negra historia.

Una nota muy simpática y muy tierna en la vida de este grande hombre, es: que su fiel esposa sufrió con él y por las mismas causas—su fidelidad a los principios bíblicos—las persecuciones, las prisiones, los destierros y la muerte. Ella también fué condenada a la última pena por su **"gran herejía"** de permanecer fiel a su Maestro y Salvador. Murió por sumersión, encontrando su **sepulcro** en las aguas (no por el bautismo, pero sí por lo que el bautismo significa) del río Danubio.

V

HANSERD KNOLLYS

Cawkwell, en Lincolnshire, Inglaterra, fué el lugar en donde Knollys vió la luz primera en el año 1598. La posición de sus padres parece haber sido desahogada, pues dieron a nuestro biografiado una sólida instrucción superior, enviándole después a estudiar a la afamada universidad de Cambridge. En esta universidad permaneció hasta que se graduó en la facultad de filosofía y letras. Aunque sus padres le dieron una buena instrucción religiosa, fueron los sermones que oyó en la universidad los que efectuaron en su alma la conversión.

Al poco tiempo de su salida de Cambridge, fué ordenado al ministerio de la Iglesia Anglicana, efectuando la ordenación el obispo de Petersborough. A la sazón contaba treinta y un años de edad, puesto que la ceremonia de ordenación tuvo efecto en junio de 1629. Poco después fué enviado a Humberstone por el obispo de Lincoln, y además predicaba en otros lugares. Según el Dr. Cathcart, predicabe en Holton a las 7 a. m. y en Humberstone a las 3 de la tarde, además de tener que predicar los días festivos. Knollys era hombre de pro-

fundos conocimientos y de grandísima elocuencia.

Habiendo permanecido tres años en Humberstone y hallándose convencido, por el estudio que había hecho de las Escrituras, de que muchas de las doctrinas y prácticas de la Iglesia Episcopal carecían en lo absoluto de garantía bíblica, renunció a su pastorado en dicho lugar, retirándose, al parecer a la tranquila vida del hogar, pues es de presumir que por esta época ya se había casado. Algunos años después, en 1639, se separó definitivamente del ministerio de la Iglesia de Inglaterra, y es seguro que se dedicó a predicar doctrinas antiepiscopales, puesto que en ese año fué arrestado por órdenes de "El Tribunal de la Alta Comisión," tribunal que igualaba a la inquisición católica en su crueldad; pero, de acuerdo con su carcelero, pudo escapar de la prisión. Algunos historiadores dicen que durante el tiempo que estuvo preso predicaba diariamente a gran número de presos.

Tan pronto como escapó de la cárcel se dirigió a Londres con el fin de embarcarse para los Estados Unidos. Al fin, después de una larga espera, pudo realizar sus deseos, llegando a Boston a fines del año de 1836. De aquí pasó a Dover, siendo nombrado inmediatamente pastor de la iglesia de ese lugar.

Que Knollys era bautista por esta época es un hecho que reconocen y aceptan todos los historiadores. A los tres años de estar en esta

Iglesia tuvo que regresar a Londres, llamado por su padre que se encontraba gravemente enfermo. A su regreso a su país natal, se hizo célebre en las distintas iglesias de Londres, tanto por su espíritu cristiano cuanto por el poder de su predicación. Allí predicaba a grandes congregaciones y ejercía enorme influencia, cabiendo el honor de ganar para su denominación a un gran número de hombres eminentes. Entre éstos se contaba el célebre Dr. De Veil, profesor de Teología de la Universidad de Anjou y los no menos célebres Henry Jessey, Tillston y el obispo de Londres.

En 1645 fué formalmente ordenado pastor de la Iglesia formada en Londres por el gran número de personas que se habían convertido bajo su predicación, desempeñando este cargo hasta su muerte, o sea, por espacio de cuarenta y seis años.

Fué llevado a la cárcel muchas veces, por no dejar de predicar las doctrinas bíblicas sostenidas por los bautistas que, como tales, eran opuestas a las de la Iglesia Episcopal. Su última prisión, de seis meses, la sufrió cuando contaba 84 años de edad.

Knollys dejó escritas once obras de mérito, entre ellas una gramática de Latín, Griego y Hebreo, la que le dió fama de gran lexicógrafo y hombre profundamente ilustrado. Fué un valiente y hábil paladín de las doctrinas bautistas, en defensa de cuyas doctrinas tuvo que romper lanzas con los hombres más eminentes de

otras denominaciones, entre ellos el connotado Dr. Baxter que no pudo por menos que decir de Knollys que "era el más sabio de todos los escritores en contra del bautismo infantil."

Nuestro biografiado, después de una larga vida de consagración al servicio del Maestro y de gran utilidad, murió en Londres el 19 de septiembre de 1697, a los 93 años de edad, dejando un gran vacío en su denominación y profundo dolor en el corazón de sus seguidores.

VI

ROGERIO WILLIAMS.

No se sabe con entera certidumbre el lugar en que nació Rogerio Williams, pero se supone, con bastante verosimilitud, que vió la luz primera en el condado de Cornwall, en Londres, Inglaterra, en el año de 1599 o 1600. Siendo aún muy joven se trasladó a Londres, donde, por su clara inteligencia, se captó la simpatía y la protección de Sir Eduardo Coke, que era considerado como el abogado más capacitado de su época. Coke envió a Rogerio al "Hospital Sutton," llamado hoy "Charter House," considerado como uno de los más afamados centros educativos. De esta institución salió para ingresar en la Universidad de Cambridge, donde fué matriculado como pensionista del Colegio de Panbroke, y de la que recibió el título de Bachiller en Artes en enero de 1627. En seguida comenzó a estudiar leyes; pero al poco tiempo abandonó estos estudios, para dedicarse a los teológicos, que se avenían más a su carácter. En ellos progresó rápidamente, siendo admitido a órdenes por la iglesia establecida (la Anglicana o Episcopal); diósele una parroquia en la diócesis del Obispo Williams que, como es sabi-

do, demostró siempre simpatía hacia los "Nonconformistas," según se llamaban entonces a los que no comulgaban enteramente con la Iglesia Episcopal.

Hacía ya tiempo que Rogerio no simpatizaba con las prácticas de la Iglesia Oficial, y las ceremonias inauguradas por el Rey Jacobo y sus consejeros hicieron que esta antipatía creciera más y más cada día, hasta que se le hizo imposible vivir bajo su tutela y decidió emigrar al Nuevo Mundo, donde pensaba disfrutar de mayor libertad. Se embarcó, pues, en Brístol, a bordo del valor "Lyon," y después de una borrascosa travesía que duró diez semanas, llegó a Boston, con su esposa a la que se había unido muy recientemente. Al llegar al Nuevo Mundo contaba Rogerio 32 años de edad, se hallaba en pleno vigor físico y mental y era considerado como un distinguido lingüista y un profundo sabio.

Su llegada a los Estados Unidos coincidó con la salida para Inglaterra, de Cotton, el pastor de la Iglesia de Boston. A las pocas semanas de estar en la ciudad le fué ofrecido el pastorado de la iglesia, honor que declinó porque, como luego escribió al mismo Cotton, "no podía oficiar en una congregación no separada de la Iglesia Establecida, sino que permanecía fiel a ella." En un concepto tan impuro tenía a la Iglesia Episcopal que no se unió a una congregación que le permanecía fiel y se negaba a considerar su jerarquía y sus mundanas ceremonias como contrarias al espíritu del evangelio, aunque por sus persecuciones había tenido que emigrar a lejanas tierras.

Por esta época Rogerio Williams, que no solamente era un rígido "separatista," sino que ya se había convertido en abogado de algunas de las grandes doctrinas bautistas, testificó públicamente su convicción—muy familiar y común ahora, pero extraña y revolucionaria entonces—de que la conciencia debe ser libre e inalienable; que la Iglesia y el Estado deben estar absolutamente separados; que los magistrados civiles no tienen derecho alguno a inmiscuirse en las cuestiones religiosas, ni a obligar a los hombres a aceptar ésta o aquella forma de culto, puesto que Cristo es el único Rey y Legislador en las cuestiones de conciencia.

Por esta actitud de Williams las autoridades de Massachusetts se llenaron de enemistad hacia él y no descansaron hasta conseguir su expulsión del territorio. Así obligado, Rogerio abandonó a Boston, dirigiéndose a Salem, donde en 1631 fué empleado como pastor auxiliar de aquella iglesia; pero hasta aquí le siguieron las persecuciones de los miembros de la corte de Boston que continuamente escribían a las autoridades de Salem, diciendo que Williams era hombre cismático y por demás peligroso. Impedido por esta causa de permanecer en Salem, salió al poco tiempo para Plymouth, que era una colonia más antigua y más separatista. En este lugar fué recibido muy cordialmente, sien-

do pronto asociado como auxiliar, a Ralph Smith, pastor de la iglesia de aquel lugar.

En Plymouth nuestro biografiado trabajó fiel e incesantemente por espacio de dos años, tanto entre los blancos como entre los indios. A estos últimos los visitaba muy a menudo en sus **wigwams,** aprendiendo sus dialectos y haciéndose íntimo amigo de sus jefes Massasoit y Canonicus. Llegó a aprender sus dialectos a tal extremo que podía hablar perfectamente con ellos y hasta escribir, poco después y en su propio idioma, el célebre libro **"Llave al idioma de América,"** libro que él esperaba llegara a ser un auxiliar poderoso en la evangelización de todo el Continente de Norte América. Esta amistad con los indios fué de incalculable valor después, no solamente para él, sino también para sus compañeros de colonia, al tener que huir al desierto por las persecuciones de los enemigos.

En agosto de 1634 fué invitado Williams a suceder a Shelton en el pastorado de la Iglesia de Salem, de la que anteriormente había sido pastor auxiliar. Las autoridades de Boston vieron esto con malos ojos, siguiéndose una tenaz lucha entre ellas y la iglesia, lucha que culminó en la expulsión de Williams. El acta de expulsión, según aparece en los archivos de la Colonia, fué redactada en los siguientes términos: "Por cuanto el Sr. Rogerio Williams, uno de los ancianos de la iglesia de Salem, ha publicado y divulgado nuevas y peligrosas opiniones contra la autoridad de los magistrados, y ha escrito

cartas de difamación, tanto contra los magistrados como contra las iglesias aquí... se ordena que el referido Sr. Williams salga de esta jurisdicción en el término de seis semanas." Esta admirable (?) sentencia fué firmada el 9 de octubre de 1635. Tres meses después los magistrados determinaron reducirlo a prisión y enviarlo a Inglaterra; pero cuando el oficial encargado de su arresto llegó a Salem, el ilustre perseguido ya había huído. Durante su último pastorado en Salem, Rogerio Williams ejerció una gran influencia entre el pueblo, y muchos miembros de la iglesia de Plymouth, al ver la inutilidad de sus esfuerzos por retenerlo allí, se trasladaron a Salem para estar bajo su ministerio.

A su huída de Salem, Williams anduvo errante por el desierto, por espacio de catorce semanas, sin tener que comer, ni ropas con que cubrir sus ateridos miembros. Este invierno de 1636, en que Rogerio huyó de Salem fué tan crudo y tantas las vicisitudes porque nuestro biografiado tuvo que pasar, que estuvo a las puertas de la muerte; y a no ser por la humanidad de indios paganos, indudablemente hubiera perecido, víctima de la inclemencia del tiempo y de hombres que, no obstante llamarse discípulos del manso Cordero, le persiguieron cual si de fiera salvaje se tratara.

Al fin Williams y sus compañeros (pues con él habían huído otros colonos de Salem) llegaron a Seekonk, desde cuyo lugar, poco después se trasladaron en una canoa a la otra parte del

río Moshassuck, donde los indios les cedieron una pequeña porción de terreno, al pie de empinada loma. Allí fijaron su residencia, poniendo a aquel lugar, en señal de gratitud a Dios que los había guardado y libertado, el nombre de Providencia. Allí se les fueron agregando otros colonos de Massachusetts, llegando al poco tiempo a formar una importante colonia, que después se subdividió llevando los nombres de Rhode Island (Isla de Rodas) y Providencia.

Lo primero de que se ocupó Williams en su nueva "ciudad" en el despoblado fué procurar la manera de que allí pudieran encontrar albergue y seguridad, sin temor a las persecuciones, todas las personas que en otros lugares sufrieran por causa de la conciencia. Al efecto, modeló una **constitución** (¿por qué no llamarla así?) que suscribieron él y sus compañeros, en la que, entre otras cosas, prometían someterse "en activa y pasiva obediencia, a todas las órdenes y gobiernos que se constituyeran para el bien público de la colonia.... **pero solamente en las cuestiones civiles.**"

En el mes de marzo de 1630, Rogerio Williams, cuya tendencia a las doctrinas bautistas eran muy marcadas ya hacía tiempo, fué sumergido públicamente en las aguas del bautismo; lo que, aparte de cuanto escribiera sobre este asunto, pone de manifiesto su inconformidad con las prácticas espúreas hasta entonces usadas, y su convicción profunda de que la inmersión es la forma bíblica de bautismo. En

cuanto a su bautismo y el de sus compañeros se procedió de la siguiente manera: El Sr. Ezequiel Holliman, hombre piadoso e inteligente, bautizó a Williams, y después Williams bautizó a su vez a Holliman y "a unos diez más." Este fué el sencillo, pero hermosísimo, comienzo de la primera iglesia bautista de todo el continente americano; iglesia que por dos siglos y medio ha permanecido fiel a las grandes doctrinas bautistas; iglesia a la que hoy toda la denominación mira con orgullo.

En 1643 Rogerio Williams se embarcó para Inglaterra, donde, por la influencia de su amigo Sir Enrique Vane, obtuvo cédula constitucional para Rhode Island, con fecha 14 de marzo de 1644. En 1651 se embarcó segunda vez para Inglaterra, en unión de su querido amigo el Rev. Juan Clarke, de Newport, a procurar que Carlos II ratificara la primera cédula de constitución. En el verano de 1654 regresó habiendo conseguido que el gobierno de Rhode Island fuera reconocido sobre base más sólida; y en septiembre del mismo año fué electo gobernador del Estado, puesto que ocupó hasta 1658 en que se retiró de la vida pública.

Nuestro biografiado sobrevivió a todos sus compañeros y murió a los 84 años de edad, en pleno vigor mental y físico, siendo enterrado "con todos los honores que la colonia podía tributarle," según expresión del escritor Callender.

Rogerio Williams es un personaje de grande significación histórica. Todo el que haya hecho

algo meritorio en obsequio de la humanidad, sea ya para su progreso o para su bienestar debe tener una página en la historia, y Rogerio Williams hizo mucho en bien de la humanidad. El fué el primer hombre que en el Nuevo Mundo abogó tenaz, continua y valientemente por la absoluta libertad de conciencia, por ese derecho inviolable que el mismo Dios ha otorgado al humano, el creer y adorar en la forma que quisiera, siempre que tal cosa no implicase una violación del derecho ajeno o de la moral universal. Por este bendito ideal sufrió el desprecio de sus contemporáneos, con la excepción de unos pocos, y padeció frío, hambre, desnudez, destierro; pero sin flaquezas, ni desmayos, ni titubeos, sino con denuedo, con valentía, como quien tiene la verdad de su parte; y por eso su nombre aparece escrito, con brillantes caracteres, en la historia del pueblo americano, y de toda la humanidad. De él ha dicho el historiador Benedict: "Rogerio Williams merece con justicia el honor de haber sido el primer legislador en el mundo que, de una manera completa y efectiva, proveyera y estableciera la absoluta libertad de conciencia." Sidney R. Riner da este testimonio a su favor: "Rhode Island fué el primer estado en el Nuevo Mundo que hizo la libertad de conciencia la base de la constitución de un Estado." Bancroft, en su "Historia Revisada de los Estados Unidos," agrega: "Rogerio Williams fué la primera persona en toda la Cristiandad que estableciera el Gobierno Civil sobre la doctrina de la libertad de conciencia."

Pero nuestro biografiado no solamente es grande por las doctrinas que enseñó, sino también por la labor literaria que realizó. Sus obras, escritas principalmente en defensa de la doctrina de la libertad de conciencia, son verdaderas joyas literarias y retratan de cuerpo entero al gran hombre que las escribió. Estas obras han sido reunidas recientemente, y publicadas en siete grandes infolios, por el Club Narraganset de Providencia haciendo de ellas gran elogio el Prof. Tyler en su famosa "Historia de la Literatura Americana."

Es una triste verdad que Williams no permaneció siempre firme en la aceptación de algunas de las doctrinas bautistas que al principio predicó y defendió; porque por el año 1641, comenzó a dudar de la garantía bíblica a favor de la inmersión, y que esta duda la tuvo hasta la hora de su muerte; por esto, aunque es razón para que desde entonces no se le estime como bautista fiel y verdadero, no merma en nada la labor que hasta entonces realizó, ni le priva del derecho que tiene a un lugar prominente en la Historia, y al respeto y consideración de las personas de buen sentir. En este respecto debemos decir con el Dr. A. H. Newman: "Como fundador de un estado, no menos que como abogado de un gran principio, Rogerio Williams merece la gratitud y el respeto de todos los que aman la libertad religiosa y civil; y es

una gloria para los bautistas que el primer Estado que jamás se fundó sobre el principio de absoluta libertad de conciencia, fué fundado por un hombre que entonces y a través de toda su vida, fué uno de los abnegados defensores de los principios fundamentales de los bautistas, y quien, poco después de haber efectuado la organización de un cuerpo político, fué el primero en introducir el bautismo de creyentes, y en organizar una iglesia compuesta de creyentes bautizados.

VII

JUAN MILTON

El célebre poeta nació en Londres en 1608. Su padre era hombre profundamente ilustrado y de holgada posición social. Se cuenta del joven Milton que a la edad de doce años sintió irresistibles deseos de adquirir conocimientos, y que se pasaba en vela hasta altas horas de la noche estudiando, aunque ya padecía de la vista y frecuentemente sufría fuertes dolores de cabeza. A los quince años puso en rima algunos salmos, y antes de entrar en la Universidad de Cambridge, en la que ingresó a los diez y seis años, era ya un profundo pensador y estaba familiarizado con la filosofía antigua y la de su época. En la universidad pasó siete años, efectuando todos sus estudios con gran brillantez. Algunos de sus biógrafos dicen que traducía con gran facilidad el hebreo, el griego, el latín, el francés, el italiano y el español.

Cuando salió de la universidad pudo seguir su vocación, dedicándose a la literatura; y pronto sus obras le hicieron famoso en toda Europa, principalmente en Italia, así que cuando visitó esta nación en 1630, fué recibido con gran entusiasmo y honor. De Italia fué llama-

do Milton por Crómwell y con él estuvo laborando por más de veinte años, en pro del gran ideal de la libertad de su nación. Junto a este gran político desempeñaba el puesto de Secretario y se ocupaba en redactar en latín, que como se sabe era el idioma de la diplomacia, toda la documentación diplomática. Durante sus veinte años de vida política, Milton escribió un gran número de folletos en defensa de la libertad inglesa y en contra de la Iglesia Anglicana.

A la restauración de Carlos II, Milton fué grandemente perseguido; por algún tiempo tuvo que ocultarse y después se retiró a la vida privada, abandonando la política que tan veleidosa es. Milton se casó tres veces y su última esposa, que también era bautista, le sobrevivió largos años.

Las obras literarias de Milton fueron muchas y muy diversas; escribió gran número de poemas los más tiernos de los cuales son "L'Allegro" y 'Il Penseroso;" escribió sobre distintos aspectos de la vida política, sobre educación, sobre el divorcio; sobre la libertad de imprenta; sobre la historia de Inglaterra; una gramática latina; un texto de lógica; un tomo de epístolas y ensayos oratorios, en latín; y mucho sobre cuestiones religiosas: comentando pasajes bíblicos combatiendo el eclesiasticismo, con respecto a la disciplina de la Iglesia, en defensa de los valdenses, etc., y a su muerte dejó el manuscrito de su obra "Doctrina Cristiana," en latín, que fué traducida al inglés años después. Pero las más conocidas y renombradas de sus obras son "El Paraíso Perdido" y "El Paraíso Reconquistado," de las que se han efectuado un número inmenso de ediciones. Estas dos obras las escribió en medio de las persecuciones, cuando veía que los principios que había defendido, eran combatidos casi unánimemente, cuando el pesar que roía su corazón, profundo ya de suyo se había intensificado por su absoluta carencia de vista. Nuestro biografiado murió en 1674, a los 66 años de edad.

Son pocas las personas que no conozcan, siquiera sea de oídas, la monumental obra poética "El Paraíso Perdido;" y el que la haya leído no podrá por menos que reconocer la gran fecundidad mental y el sublime estro de su autor. Pero no deja también de llamar la atención su profundo conocimiento teológico, pues en ese libro desarrolla magistralmente, toda la historia de la caída del hombre y sus tristísimas consecuencias.

Milton vivió en una época de profundo mareaje político y de gran actividad religiosa en Inglaterra, época que ha sido llamada por alguien "de expansión y crecimiento bautista," y en la que vivieron en sus propias creencias, hombres tan eminentes como Bunyan y Benjamín Keach. Fuera debido a las influencias de su siglo, o a que directamente las bebió de las Escrituras, en el constante estudio que de ellas hacía, lo cierto es que Milton se apropió las doctrinas bíblicas que siempre han distinguido a los

bautistas. Por eso tenemos motivos para decir, aunque esto cause tristeza a algunas personas que siempre tratan de "arrimar la brasa a su sardina," que Milton era bautista, bautista convencido y defensor de las grandes doctrinas que siempre han caracterizado a esta denominación.

Algunas veces se ha objetado a lo arriba expuesto, el hecho de que Milton jamás se unió a ninguna iglesia bautista; pero ¿acaso se unió a una iglesia de otra denominación? El que no se uniera a una iglesia bautista probablemente se debió, más que a falta de deseos o de conformidad con las doctrinas bautistas, a las condiciones anómalas porque atravesaba Inglaterra en su época, en la que se publicó un edicto amenazando con la prisión a los que asistían a otros servicios que los de la Iglesia Anglicana. Milton, que tenía grandes enemigos, al extremo de que muchas veces había tenido que huir para librarse de sus persecuciones, se abstuvo de concurrir a los cultos de las iglesias de sus simpatías, para evitar nuevas persecuciones, y venganzas. A continuación vamos a demostrar que Milton era bautista en principios y que propagó y defendió estos mismos principios.

1. **No aceptaba más regla de fe que la Biblia.** Siempre condenó la costumbre, muy en uso en aquella época, de suplir la Palabra de Dios, por los mandamientos de los hombres. Según el Dr. Armitage, en una discusión que sostuvo con el Dr. Usher sobre el valor de la tradición, Milton echó por tierra todos los argumentos de su contrario, demostrando que la Biblia nos es dada como única regla en todas las cuestiones de fe y prácticas religiosas. He aquí sus palabras: "Ni la tradición, ni los concilios, ni los cánones de ninguna iglesia visible, y mucho menos los magistrados o tribunal civil, sino solamente las Sagradas Escrituras, pueden ser juez y regla en asuntos religiosos." Estas palabras son bien claras y bien terminantes.

2. **Amaba y defendía la libertad de conciencia.** La defensa de esta gran doctrina costó a Milton discusiones, sinsabores y molestias; pero siempre se mantuvo firme en su creencia de que los hombres tienen el derecho de creer y adorar en la forma que mejor les parezca. En su libro "Poder Civil en Causas Eclesiásticas," asienta el siguiente principio: "Ningún hombre debería ser castigado o molestado por ningún poder sobre la tierra, por causa de sus creencias o prácticas religiosas." Y en su "Doctrina Cristiana" agrega: "El poder civil sólo tiene dominio sobre el cuerpo y facultades externas del hombre; el eclesiástico se ejerce exclusivamente sobre la mente, la que no reconoce ninguna otra jurisdicción."

3. **Era enemigo acérrimo de la unión de la Iglesia y el Estado.** Parte de esto se encuentra comprendido en lo que hemos dicho anteriormente y no necesitamos detenernos aquí por más tiempo para probar, lo que pudiera hacerse con gran facilidad, que él era enemigo de

esta unión; porque desde el momento que era amigo de la libertad de conciencia, y decía que el estado no tiene el derecho de inmiscuirse en los asuntos religiosos, se convertía en enemigo de la unión de la Iglesia y el Estado—de esa unión que tan funestos resultados ha tenido para el mundo y que es la madre legítima de las persecuciones y destierros.

4. **Aceptó y defendió las doctrinas bautistas con respecto a la Iglesia.** El gran poeta creía que una iglesia es una "comunión de santos," un cuerpo congregacional, con dos oficiales solamente, llamados obispos (o presbíteros, o pastores, o sobreveedores) y diáconos, y dos ordenanzas: el bautismo y la Cena del Señor. Sus palabras son al tenor siguiente: "Solamente pueden ser tenidos como miembros de la iglesia las personas que han sido bien enseñadas en las doctrinas bíblicas." Y más adelante agrega: "Esta es una iglesia perfecta, en lo que respecta a los derechos religiosos; sin tener superior en el mundo, sea individuo, asamblea o convención, a ninguna de las cuales puede estar legalmente sometida."

5. **Milton era defensor del bautismo de inmersión y enemigo del bautismo infantil.** Es natural que una persona que tenía creencias tan perfectas con respecto de la libertad, organización, oficiales y miembros de la iglesia novotestamentaria, tuviera también una bien definida opinión de la forma y sujetos del bautismo. He aquí sus palabras: "En el Evangelio el primer

sacramento, como es generalmente llamado, es el bautismo, en el cual el cuerpo del creyente que promete vivir una vida de pureza, es sumergido en agua corriente, para significar así su regeneración por medio del Espíritu Santo, y su unión con Cristo en su muerte, enterramiento y resurrección." Hablando de los niños dice: "'Ellos no han de ser bautizados, porque son incapaces de recibir instrucción, o de creer, o de entrar en convenios, o de hacer promesas por sí mismos, o de oir la Palabra." (Treatise on Christian Doctrine," pp. 431, 432. London, 1825).

De todas estas citas se desprende que Milton era tan bautista en sus principios como el más connotado bautista. Esto lo demostró además en su actitud para con la Iglesia Anglicana. Esta Iglesia, que era la oficial, ordenó que las personas que asistiesen a las reuniones de los "Disidentes" o "Nonconformistas," serían presos inmediatamente; y Milton, que seguramente se consideraba como "disidente," para no dar a sus enemigos oportunidad para que se cebaran en él, decidió no salir de su casa los domingos, pasando todo ese día en la amena lectura de la Palabra de Dios.

De Milton como literato ha dicho un célebre escritor norteamericano: "Milton no tiene rival en cuanto a la grandeza de los asuntos que elige, y al estilo que usa al tratarlos." Y de Milton como bautista decimos nosotros: "Defendió con eficiencia y sinceridad—con la eficiencia

natural en una mente tan robusta, y la sinceridad natural en un corazón tan grande—los santos principios, por ser bíblicos, que sostienen los bautistas." El nombre de Milton, unido al de tantos y tantos hombres eminentes que comulgaron con él en las mismas doctrinas, es un timbre de gloria para la gran denominación a la que, por la gracia de Dios tenemos el privilegio de pertenecer.

VIII

JUAN CLARKE

Los historiadores están contestes en que Juan Clarke fué uno de los hombres más eminentes de su época y una de las figuras más prominentes entre los colonizadores de Rhode Island. Hay diversidad de opiniones acerca del lugar en que nació; pero lo más probable es que naciera en Bedfordshire, Inglaterra, el 8 de octubre de 1609. No se sabe dónde estudió, pero sí que obtuvo una magnífica instrucción durante su juventud y que se graduó de doctor en medicina, muy joven aún.

Fué un constante defensor de la libertad en su sentido más amplio y elevado: creía que debían limitarse las prerrogativas de los reyes y que la libertad individual debía ser protegida eficaz e inviolablemente por una sabia constitución, modelada de acuerdo con la innata aspiración del humano—la libertad, sin otras restricciones que el cumplimiento de los altos y sagrados deberes que ella misma impone. En la defensa de tan hermosos ideales empleó sus energías físicas, sus relaciones personales, su gran poder mental y por ello Cathcart le ha llamado "Puritano de puritanos."

Mas estos ideales eran demasiado adelantados para su tiempo y como Milton, tuvo el disgusto de ver que sus labores, más bien que ser aceptadas y secundadas y defendidas eran combatidas rudamente. Cansado de vivir en un país donde era imposible reprimir los abusos de la Iglesia Oficial o de los gobernantes, abandonó a Inglaterra y dirigió sus pasos al Nuevo Mundo, desembarcando en Boston en noviembre del año 1637, en los momentos en que era más acalorada la discusión antinomiana que había suscitado la Sra. Hutchinson.*

Siendo la situación en Boston muy semejante a la que había dejado en Inglaterra, abandonó esta ciudad al año siguiente, junto con unas cuantas personas que se le habían unido y que comulgaban con su manera de pensar, dirigiéndose a Narragansett Bay, Aquidnech en el dialecto indio, llamada más tarde Rhode Island. Por la influencia de Rogerio Williams pudieron comprar tierras a los indios y establecieron allí su colonia. La fecha de la constitución fué el 7 de marzo de 1638. Ese mismo día escribieron el siguiente convenio que fué firmado por 19 personas: "Nosotros los abajo firmantes, nos incorporamos aquí solemnemente en un cuerpo político, en la presencia de Dios, y, como él nos ayude, sometemos nuestras personas, vidas y haciendas al Señor Jesucristo, Rey de los reyes

(*) El antinomianismo sostiene que, desde el momento en que la obediencia y los sufrimientos de Cristo han satisfecho las demandas de la ley, el creyente se encuentra libre de la observancia de esta ley.

y Señor de señores, y a aquellas leyes, perfectas y absolutas, que nos han sido dadas en su Santa Palabra de verdad para ser guiados y juzgados por ellas." Esta constitución, así fundamentada en la Palabra de Dios, en la que encontraban autoridad, fué sin embargo, y como ellos mismos hacen constar más adelante, y como luego lo probaron en la práctica, "una democracia o gobierno popular," democracia en la que debía ser considerado "delincuente en razón de doctrina." Así estatuyeron la más absoluta libertad de conciencia.

Es necesario decir en esta conexión, que la historia frecuentemente ha sido injusta con nuestro biografiado, al dar a Rogerio Williams el honor de ser el primer hombre a cuyas gestiones se debiera la fundación de un estado cuyas leyes estuviesen basadas en la libertad de conciencia. A Clarke, cuando menos corresponde el mismo honor que a Williams; porque es un hecho incuestionable que trabajó e influyó tanto como Rogerio a ese fin aunque sus escritos a ese respecto no fueron tan numerosos ni quizás tan leídos. Con toda probabilidad él fué el principal autor del código de leyes que regía en las colonias recién creadas, y a sus gestiones e influencia, más que a la de Williams, se debió más adelante, la obtención de la carta constitucional para dichas colonias.

Cuando Guillermo Códdington obtuvo, sin consultar la mayoría de los colonizadores, la do-

nación a su favor exclusivo de aquel territorio, Clarke fué enviado a Inglaterra por las colonias de Newport y Portsmouth, a fin de obtener la anulación de semejante concesión. Williams también fué enviado a Inglaterra, con el mismo propósito, por las colonias de Providencia y Warwick; pero regresó tan pronto como hubo cumplido su comisión. Clarke permaneció en Inglaterra por espacio de doce años, defendiendo los derechos de las colonias. Durante esta estancia en Inglaterra escribió su magnífico libro **"Malas Nuevas de Nueva Inglaterra,"** obra que, según el Dr. Newman, "hizo más que ninguna otra en llamar la atención del mundo hacia la intolerancia del Puritanismo de Nueva Inglaterra, y la iniquidad de semejante intolerancia." En Inglaterra cultivó la amistad de las personas más influyentes de aquella época, entre ellas la del inmortal poeta y estadista Juan Milton. Es incuestionable que estas amistades le fueron muy útiles para la obtención de aquello que le llevó a su país natal. Aparte de estas labores, no se sabe a ciencia cierta en qué otros trabajos empleó Clarke el tiempo de su larga estancia en Inglaterra; pero hay suficientes motivos para suponer que estudió para ampliar sus conocimientos cívicos, teológicos y médicos.

A este respecto dice Newman: "Mucho de su tiempo fué empleado en los asuntos de las colonias y después del acceso de Carlos II, tuvo éxito en asegurar una cédula (o carta constitucional) para la "plantación de Providencia y Rhode Island" en 1665. La cédula de 1644, ratificada en 1647, nunca había sido satisfactoria por causa de lo indefinido de sus provisiones. Se habían levantado disputas acerca de los límites, las que solamente podían ser acalladas por la autoridad británica. No obstante haber sido otorgada por un rey despótico, que se complacía en perseguir tenazmente a los disidentes, esta carta constitucional es admirable por las provisiones que hace para la libertad, tanto civil como religiosa.

En julio de 1664 regresó Clarke a su hogar de Nueva Inglaterra, siendo recibido con unánimes demostraciones de regocijo. Por espacio de ocho años desempeñó los más importantes puestos oficiales de la colonia, en los que fué fiel y recto, retirándose a la vida privada en 1672. Pero, no obstante su separación de la vida pública, continuó siendo el hábil y fiel consejero de sus conciudadanos, en todas las cuestiones difíciles. En estas cuestiones, su clara inteligencia y su gran corazón indicaban siempre el camino recto que había de seguir. Parece un hecho fuera de duda que el Dr. Juan Clarke organizó en 1673 una escuela en Rhode Island, la que después sirvió de modelo para la organización de ese magnífico sistema de escuelas públicas que existe hoy en los Estados Unidos, sistema que también han copiado otras naciones.

Clarke murió repentinamente el 20 de abril de 1676, a los 66 años de edad, dejando tras sí

brillante estela de nobles labores y abnegados sacrificios en aras de los ideales más nobles que puedan abrigar los humanos corazones. "Sus obras le siguen," y por benéficas y levantadas, honran su memoria, honrando también a los que pertenecen a la gran familia bautista, a la cual él perteneció y en la defensa de cuyos principios empleó sus energías y puso su corazón.

Todos los historiadores están de acuerdo en atribuir a Clarke una profunda ilustración, una gran piedad y un carácter firme a la par que bondadoso. Fué un hábil escritor, aunque sus múltiples trabajos le impidieron escribir todo lo que pudo haber escrito. Toda su vida fué un consecuente bautista, al extremo que algunos historiadores le llaman "el padre de los bautistas americanos." Sobre su tumba se grabó el siguiente magnífico epitafio que elocuentemente habla de sus grandes virtudes morales, cívicas y religiosas, que pone de manifiesto la gran estimación en que era tenido por sus convecinos:

"A la memoria del Dr. Juan Clarke.

"Uno de los compradores y propietarios originales de esta Isla, y uno de los de la Primera Iglesia Bautista de Newport, su primer pastor y munificente benefactor: Era natural de Bedfordshire, Inglaterra, y practicaba la medicina en Londres. El, con sus compañeros, vino a esta Isla desde Massachusetts, en marzo 1633, O. S., y el 24 del mismo mes obtuvo la propiedad

de ella de los indios. Poco después reunió la iglesia antes dicha, y vino a ser su pastor. En 1651, con Rogerio Williams, fué enviado a Inglaterra, por el pueblo de la colonia de Rhode Island, a negociar los asuntos de la colonia con el Ministerio británico: El Sr. Clarke fué el instrumento para obtener la Carta en 1668 de Carlos II: la que aseguró al pueblo de los estados libre y completa libertad de juicio y conciencia en cuestiones de religión. Permaneció en Inglaterra, para cuidar de los negocios de la Colonia, hasta 1664, y entonces regresó a Newport y reasumió el cuidado pastoral de la Iglesia. El Sr. Clarke y el Sr. Williams, dos padres de la Colonia, intensa y valerosamente sostuvieron que nadie sino Jesucristo tiene autoridad sobre las cuestiones de conciencia. Murió en abril 20, 1676, a los 66 años de edad, y se halla aquí enterrado."

IX

GUILLERMO KIFFIN

De este hombre eminente en la historia del pueblo bautista—que es pueblo de hombres eminentes—y de la nación inglesa, ha dicho el gran literato Macaulay: "No obstante la gran autoridad de Bunyan entre los bautistas, la de Guillermo Kiffin fué mayor aún." Y Thurloc, el primer secretario de Crómwell, hace frecuente mención de él, con gran respeto, en sus "Papeles del Estado."

Kiffin nació en Londres en 1616 y cuando sólo contaba nueve años de edad, perdió a sus padres, en la plaga que azotó a Inglaterra en 1625. El mismo fué atacado del cólera, del que escapó milagrosamente. A los trece años entró de aprendiz en la cervecería de Juan Lilburn; pero a los dos años abandonó esa profesión. Por algún tiempo anduvo errabundo por Londres, padeciendo de algo muy semejante a la melancolía, si es que en realidad no padecía este mal.

En esta época oyó varios sermones a eminentes predicadores; pero el que más efecto hizo en él fué el que oyó de labios del Sr. Davenport, sobre el texto: "La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado." He aquí, en sus propias palabras, el efecto que en él hizo este sermón: "Sentí que todos mis temores desaparecían y que mi corazón se llenaba de amor a Cristo." Al poco tiempo se unió a una iglesia congregacional, que le ordenó al ministerio de Cristo; pero es seguro que sus opiniones con respecto a ciertas doctrinas bíblicas, diferían de las que aceptan y predican estas iglesias congregacionales; porque en 1638 se unió a la iglesia bautista de que era pastor el Rev. Juan Spilsbury.

En el año 1643 Kiffin fué a Holanda por cuestiones comerciales y parece que durante su estancia allí ganó una considerable fortuna. En 1645 volvió a ir a esta nación, con el mismo propósito, aumentando su capital considerablemente; y a su regreso a Londres se dedicó al negocio de embarques, a la par que predicaba el evangelio sin cargo oficial.

Por el año 1640 se comenzó a discutir acaloradamente, en la iglesia de que él era miembro, el asunto de si en ella debían predicar o no el Evangelio las personas no sumergidas, lo que naturalmente puso también a discusión la cuestión de la llamada "comunión abierta." Kiffin acaudilló el grupo que se oponía a semejante práctica. Estas discusiones tuvieron como consecuencia la separación de Kiffin y su grupo, que fueron a formar una nueva iglesia en Devonshire Square. Nuestro biografiado fué elegido pastor de esta Iglesia, cuya posición desempeñó por un lapso de

tiempo de más de cincuenta años. En ese puesto ejerció una grandísima influencia, captándose muchas simpatías y honores para la denominación a que pertenecía.

Esta fué la época de las grandes discusiones religiosas y cambios políticos en Inglaterra. En cuanto a las cuestiones religiosas, la iglesia Anglicana, que, como indica su nombre, era la oficial, todo lo gobernaba y dominaba; y se esforzaba en combatir a los Puritanos, así como en impedir el progreso de los disidentes en general. En cuanto a las cuestiones políticas, los complots y confabulaciones se sucedían y los gobiernos tenían una gran inestabilidad. En el período de medio siglo gobernaron a Inglaterra siete distintos gobernantes: Santiago I, Carlos I y II, Santiago II, Guillermo III y los dos Cromwells. No es de extrañar, pues, que Kiffin, dada su fidelidad a los principios bautistas, lo que en él significaba oposición a las prácticas de la Iglesia Oficial, estuviera muy a menudo preso, que fuera constantemente perseguido, y que tuviera que pagar muchas multas, no obstante sus buenas relaciones y los servicios que había prestado, en cuestiones económicas a Carlos II. En lo que respecta a las discusiones y controversias religiosas, podemos decir que estuvo siempre lanza en ristre en defensa de los inmaculados principios novotestamentarios. Pero su rectitud de vida era tan grande, su espiritualidad tan profunda, que

jamás se pudieron probar las acusaciones que se le hacían.

Como ya se ha dicho, su influencia religiosa fué muy grande en Inglaterra; y según algunos historiadores, entre ellos Armitage, no sólo en Inglaterra, sino aun fuera de ella.

Kiffin sólo escribió un tratado a favor de la "Comunión Cerrada"; pero hay que tener en cuenta cuan ocupado estuvo siempre en sus grandes controversias, y que en muchas ocasiones estuvo preso por largos períodos. En cambio empleó una gran parte de su fortuna en obras de beneficencia.

Kiffin murió en Londres el 29 de septiembre de 1701, después de una vida de ochenta y seis años empleada en defensa de grandes ideales, de benditas doctrinas, y de utilidad a sus contemporáneos. De él dice Cathcart: "Kiffin evidentemente fué levantado por la providencia de Dios, e investido de talento, influencia y riqueza, para ayudar a sus hermanos perseguidos en tiempos especialmente calamitosos; y en un espíritu de supremo amor a Jesús, por espacio de medio siglo fué el padre de los bautistas ingleses."

X

JUAN BUNYAN

El inmortal soñador Juan Bunyan merece especial mención en nuestras Efigies, tanto por el gran mérito de sus trabajos literarios, cuanto por su fidelidad a los grandes principios bíblicos de su denominación, principios cuya defensa siempre hizo, a pesar de las persecuciones que por ello tuvo que sufrir, que hicieron de él un mártir en el verdadero sentido de la palabra.

Bunyan nació en Elstow, cerca de Bédford, Inglaterra, en el año de 1628, de padres de muy humildes condiciones, puesto que el autor de sus días era un pobre calderero. Parece que en su niñez sólo se le enseñó a leer y a escribir, siendo dedicado después a la misma profesión de su padre. Desde su más temprana edad se inclinó al vicio y a la impiedad, y llevó una vida de pecado por muchos años, aunque a menudo la conciencia le remordía de su maldad.

Varias veces salvó su vida casi milagrosamente. Por dos ocasiones fué sacado del agua a punto de ahogarse; otra vez, siendo soldado se libró de la muerte en el sitio de Leicéster, donde servía en el ejército parlamentario, en 1645: habiendo sido colocado de centinela en

uno de los lugares más peligrosos, uno de sus camaradas se empeñó en tomar su lugar, siendo muerto por la bala que a él debía haberlo matado. No obstante todo esto que hubiera hecho pensar a cualquiera otro hombre en la inmortalidad, Bunyan permaneció indiferente a la salvación de su alma. Dios todavía no había tocado su corazón. Poco después de su salida del ejército, se casó Bunyan con una mujer de muy humilde condición, pero de gran devoción, y cuyos bienes consistían únicamente en dos libros religiosos. Por la influencia de su mujer y la lectura de estos dos libros, fué inducido a ir con regularidad a la iglesia, en uno de cuyos servicios fué plenamente convencido de pecado. Por algún tiempo creyó que su salvación era imposible, pues se consideraba pecador muy empedernido, hasta que en 1653, fué traído de las tinieblas a la luz admirable de la fe en Cristo, entregándose completamente a su Salvador. Poco después fué bautizado por el Dr. Gífford, y se unió a la iglesia bautista de que éste era pastor. Poco después, dado su espíritu cristiano y el sentirse llamado al ministerio cristiano, su iglesia lo autorizó a predicar el Evangelio del amor. Su ordenación probablemente se llevó a efecto cosa de un año después en 1655.

Bunyan vivió en una de las épocas más turbulentas de la historia de Inglaterra. Raro era el día en que no se presentaba a la consideración pública alguna cuestión vital sobre la li-

bertad cívica o los derechos humanos, pero él era un hombre hecho para las luchas de aquellos tiempos. Macaulay dice de él y de su época: "La historia de Bunyan es la historia de la mente más excitable en la época de mayor excitación." En su tiempo Carlos I fué destronado y decapitado; Crómwell sacó la espada en favor de la libertad y del progreso de Inglaterra; el hipócrita Carlos II, rey que se hizo célebre por sus traiciones e infidelidades, subió al trono, y comenzó una era de persecuciones; los mártires religiosos se contaban por millares; tuvieron efecto los asesinatos de Claverhouse; y por fin la caída de los pérfidos Stuardos. Pero también fué la suya época de grandes poetas y de no menos grandes predicadores. Entre los primeros brillaron Hebert, Milton, Dryden, Shakespeare; y entre los segundos Howe, Clamock, Owen y Tillotson. Todas estas cosas seguramente influyeron para hacer de él "el gran hombre" que llegó a ser.

Durante cinco años, desde 1655 a 1660, Bunyan continuó predicando el Evangelio en Bédford, trabajando principalmente entre los pobres de los barrios extremos, a muchos de los cuales llevó a los pies de Cristo. Pero en 1660 ocurrió la restauración de Carlos II, sin que el pueblo, que leal y entusiastamente le colocó en el trono, pensara en asegurar sus derechos civiles y religiosos, derechos por los cuales tanto había batallado y sufrido, y muchos de ellos tuvieron que sufrir las consecuencias funestas de

esta impremeditación. El Dr. Armitage dice: "El (Carlos) había dado su palabra de honor de proteger a sus súbditos en el ejercicio de sus derechos y libertades religiosos; luego, como un verdadero Stuardo, vendió ese honor a su afán de poder." La restauración dió un poder ilimitado a los cortesanos—a los cortesanos que por su libertinaje y mala fe tienen puesto en la historia de aquellos tiempos—y éstos abusaron de él y decretaron toda clase de penas y condenas por cualquier falta. Esto, unido a la insurrección de Venner, trajo gran número de persecuciones a los ingleses, sobre todo a los que no comulgaban con la Iglesia Oficial (la Anglicana) y que eran llamados "Disidentes." Bunyan fué uno de los primeros en sufrir estas persecuciones.

Una noche de crudo invierno, en los momentos en que nuestro biografiado se hallaba predicando a su congregación de Bédford, fué interrumpido por la entrada de los esbirros que allí mismo le prendieron, llevándole ante el magistrado que le instruyó de los cargos que contra él había. Allí se le dijo que había sido preso porque "diabólica y perniciosamente celebraba servicios contrarios a la ley; y por enseñar a los hombres a adorar en forma contraria a los edictos del rey." Por todos estos delitos fué condenado a prisión de tres meses; pero estos tres meses se convirtieron en seis años. Al fin de este tiempo fué puesto en libertad con el expreso aviso de que si volvía a "esas

predicaciones," sería encarcelado nuevamente. Mas Bunyan que, a semejanza de Pedro y Juan, creía que debía "obedecer a Dios antes que a los hombres," tan pronto como salió de la cárcel comenzó a predicar, demostrando así lo profundo de su convicción; y fué llevado otra vez a la misma cárcel de Bédford, donde se le retuvo por otros seis años.

Durante su encarcelamiento se le ofreció varias veces la libertad a condición de que no volviera a predicar sus "perniciosas doctrinas;" pero él, no obstante sus penalidades y la miseria en que se hallaba su familia, contestó siempre: "Si me soltáis hoy, mañana volveré a predicar." Al fin de estos seis años se le dió la libertad, también con el mandato de no volver a predicar; pero como él no obedeció este mandato y tan pronto como se vió libre se dedicó a la predicación, nuevamente fué encarcelado por tres meses, a la terminación de los cuales se le dió definitivamente la libertad.

Como su familia estaba pasando grandes necesidades, Bunyan trabajó industriosamente, durante su larga prisión, para poderla sostener: al efecto hacía encajes que luego vendía. En medio de sus profundos sufrimientos, tenía muy a menudo el consuelo de recibir la visita de su hija María, la cieguecita—que la Sra. Ford ha inmortalizado en su magnífica novela—la que con su cariño y gracia infantil mitigaba sus dolores. Su prisión fué para él una prueba tan terrible que de ella escribe desde la mazmorra

en que yacía: "La separación de mi esposa y de mis hijos ha sido para mí, muy a menudo en este lugar, un dolor tan grande como si arrancaran carne de mis huesos." Sin embargo nada le hizo flaquear en su fidelidad al Maestro, o abjurar de la fe en su Señor.

Sus biógrafos nos dicen que su carácter era tan bondadoso, tan dulce, que llegó a captarse completamente la simpatía y consideración del carcelo de Bédford, hombre considerado como muy cruel y despiadado. Esto fué causa de que ese carcelero, con gran responsabilidad por su parte, le permitiera, en muchas ocasiones reunir los presos y predicarles en el patio de la prisión. En este lugar, nos dice un biógrafo anónimo que escribió por el año 1700, que le oyó predicar una vez, con gran unción, a más de 70 individuos, tres de los cuales eran ministros disidentes.

En los momentos en que no trabajaba haciendo encajes, Bunyan se dedicaba a la literatura, escribiendo algunas obras de diversos tamaños, entre las cuales ocupa el primer lugar, por su importancia religiosa y la belleza de su forma el libro inmortal intitulado "El Pregrino," o "El Viador;" libro que por sí solo hubiera sido suficiente para darle renombre imperecedero de literato. Este libro es una verdadera obra maestra de literatura, escrita en estilo muy terso; abunda en figuras, principalmente en personificaciones, y es admirable por la originalidad de sus ideas y la profundidad de sus pensamien-

tos. En él se pone de manifiesto el maravilloso conocimiento que tenía su autor de la Biblia inglesa, y su profunda experiencia de lo que es la vida cristiana.

Los maestros en el campo de las letras conceptúan a "El Peregrino" como "maravillosa producción;" y críticos tan eminentes como Coleridge, Macaulay y Froude lo tienen por inmortal. Con excepción de la Biblia, este libro ha circulado más y ha sido más leído que cualquiera otro que jamás haya sido escrito; de él se han hecho innumerables ediciones, en casi todos los idiomas y dialectos, y sus imitaciones han llegado a ser una verdadera plaga. El libro cuenta el viaje de Cristiano que va en busca de la Patria Celestial a través de todos los obstáculos y dificultades que encuentra en el camino; pero el mismo libro resulta un peregrino que ha viajado y viaja sin cesar, a semejanza del Judío errante de Eugenio Sué, atravesando mares, llanos y montañas, hasta los confines de la tierra. Tomás Spurgeon dice que su padre, Carlos H. Spurgeon, leyó "El Peregrino" más de cien veces. Se dice también que un día uno de sus estudiantes preguntó al "Príncipe de los Predicadores" en qué texto había estudiado Teología; éste contestó sin vacilar: "En el Peregrino de Bunyan." De este libro se lee en la "New American Cyclopedia:" "No puede calcularse el bien que ha efectuado en el mundo, o el número de peregrinos a quienes sus

ejemplos han alegrado y sostenido en su viaje por la vida."

Pero Bunyan fué autor de otras varias obras, entre ellas "The Holy War" ("La Guerra Santa"), que parece ser el relato alegórico de sus experiencias de soldado, y de la que ha dicho Lord Macaulay: "Si 'El Peregrino' no existiera, ésta sería la mejor alegoría que jamás se hubiese escrito."

Bunyan fué también grande como predicador. Llegó a ser el primero entre los de su época, aunque, como ya hemos dicho, aquellos eran los días de los grandes predicadores. Como predicador Bunyan fué en su tiempo lo que Spurgeon fué en el suyo. Ambos tuvieron por igual gran fama, elocuencia arrolladora, carácter humilde, anhelo incensante y profundo de ganar almas para Cristo; ambos predicaron a verdaderas multitudes, tan grandes eran las congregaciones que afluían a oirlos. El sabio inglés Juan Owen fué una vez a oirle predicar, y cuando Carlos II le expresó su admiración porque un hombre de sus conocimientos hubiese ido a oir "la charla" de un miserable calderero, Owen respondió: "Con mucho gusto daría todo mi saber por el gran poder de ese hombre." Su gran éxito como predicador se debió probablemente y aparte de la influencia divina, al hecho de que siempre, como dicen sus biógrafos, hablaba de los textos más sencillos y de los asuntos más vitales y de mayor actualidad, y a que, a semejanza de Spurgeon,

no temía redargüir de pecado a sus oyentes. Sus sermones tenían muy poco de la miel de la contemporización, y mucha de la hiel de la verdad.

Bunyan rompió muchas lanzas en las controversias de su época; pero demostrando siempre en sus escritos y en sus discursos, que el odio no tenía cabida en su corazón. En esas controversias, sobre todo en las que se referían al bautismo infantil, que él decía "era un pecado," Bunyan ganó muchas victorias para la denominación bautista, haciendo que ésta fuese respetada, y que algunos hombres célebres dejaran de sostener las prácticas paidobautistas.

Pero Bunyan, como otros bautistas ingleses de aquella época y de tiempos posteriores, rechazaba la comunión cerrada y defendía la comunión abierta. Este fué el lunar de su vida denominacional. De acuerdo con algunos de sus escritos dirigidos a Kiffin en la gran discusión que sostuvieron sobre este asunto, la opinión de Bunyan en cuanto a la comunión restringida se debió, como sucede generalmente, a un mal entendido espíritu de confraternidad; porque es incuestionable que la comunión abierta no tiene garantía bíblica. Todos los grandes comentadores, de todas las denominaciones, admiten, teóricamente, que sólo los bautizados tienen derecho a la Cena del Señor. Los bautistas siempre han creído eso mismo, y como consideran que el único bautismo bíblico es la inmersión en agua, en nombre

del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, creen que solamente los bautizados por inmersión, que se unen a una iglesia bautista y viven una vida digna de su vocación cristiana, tienen derecho a llegarse a la mesa del Señor. Esto fué lo que Kiffin escribió a Bunyan. Salvo este "lunar," Bunyan fué un bautista sincero y fiel. Lástima que su extremado espíritu de fraternidad le impidiera ver el error en que estaba.

Bunyan murió en 1688. El pueblo inglés después de su muerte, se dió cuenta de la gran obra realizada por el sublime soñador, y pensó en perpetuar, en mármoles, su memoria. En 1874 el Duque de Bédford regaló a la ciudad de su nombre, una costosa estatua de Bunyan, bella y sugestiva en alto grado. Es de bronce, pesa dos y media toneladas y se encuentra colocada en un lugar céntrico donde convergen cuatro caminos. Representa en su base, y en cada uno de sus lados, pasajes de "El Peregrino;" y en la parte superior, la figura de Bunyan, de diez pies de alto, copia de un cuadro de Sadler.

Bunyan, que fué condenado a prisión porque **diabólicamente** predicaba en contra de la ley inglesa; aquél que prefirió obedecer los decretos del Rey Divino antes que los de un rey humano infiel y traidor; aquel que fué perseguido y escarnecido, es uno de los nombres más preclaros de la literatura inglesa, y su efigie adorna hoy, como timbre de honor y gloria, la casa de los Comunes, junto con las efigies de los grandes benefactores de Inglaterra, honra pós-

tuma rendida por un pueblo noble a un noble hombre—a un hombre que todo lo supo sacrificar en aras de su fidelidad al Salvador y de su amor a sus semejantes.

XI

BENJAMIN KEACH.

Nuestro biografiado nació en Inglaterra, nación que siempre ha producido eminentes bautistas, como lo prueban evidentemente los nombres de Kiffin, Terwoort, Boucher, Smyth, Spurgeon, Milton, Bunyan y otros mil que pudiéramos citar. Vió la primera luz en 1640 en la población de Stoke Hammond. Poco sabemos de sus antepasados y de su infancia; pero hay razones suficientes para suponer que era hombre de gran instrucción y que contaba con buenas relaciones.

A los quince años fué convertido y desde este momento se dedicó a estudiar las Escrituras con gran ahinco y espíritu de humildad. No encontrando en la Biblia la más pequeña garantía para el bautismo infantil, o para la práctica de otro acto que la inmersión, y viendo que los principios bautistas eran doctrinas completamente bíblicas, decidió unirse a una de estas iglesias, siendo sumergido por el anciano Juan Russell. Actos continuo se unió a la iglesia bautista de las inmediaciones de Stoke Hammond. El Dr. Armitage cree que la iglesia de Horsleydown, Londres, le llamó a su pastorado cuando sólo con-

taba diez y ocho años de edad; pero, de acuerdo con la opinión de otros historiadores, parece más natural que a los diez y ocho años fué ordenado por la iglesia a que se había unido después de su bautismo y cuyo nombre no conocemos, y que diez años después, a sea, cuando contaba 28 años de edad, fué llamado al pastorado de Horsleydown, en Londres. Por esta época Keach sostuvo las doctrinas arminianas con respecto a la extensión de la expiación de Cristo y al libre albedrío; pero las abandonó muy pronto al ver que estaban en desacuerdo con las enseñanzas evangélicas. Parece cierto que ejercía una gran influencia en Horsleydown, porque su congregación creció rápidamente, mejorando también en cuanto a sus condiciones espirituales.

En su tiempo hubieron grandes discusiones sectarias en Inglaterra, y Keach, como buen campeón de la verdad, no dejó de romper muchas lanzas en pro de las doctrinas bíblicas que sostenían y sostienen los bautistas. A esto se debe la publicación de su libro: "El Instructor de la Niñez," en el cual defendía, con gran claridad y poder, las doctrinas que tanto amaba, a la vez que contestaba con argumentos bíblicos y lógicos, las insultantes palabras de un tal Burkitt que se había complacido en insultar y denigrar a los bautistas, en su deseo de sostener la insostenible práctica del bautismo de niños inconscientes. Su libro fué publicado en 1664, pero ya antes lo había dado a la estampa intitulado "El Rector Rectificado" (Burkitt era

Rector de Dedham). Ambos libros eran muy comedidos; en ellos no se insultaba, sino se argumentaba poderosamente, según reconocen los historiadores desapasionados; pero como "la verdad escuece," por el **horrendo crimen** de haber publicado estos libros fué llevado ante un juez venal, quien lo condenó a quince días de prisión, a ser puesto en la picota en lugar público, con un papel que dijera: "por escribir, imprimir y publicar un libro cismático," así como a pagar una multa de $100.00. ¡Así pensaban acallar al noble defensor de tan nobles doctrinas! Pero resultó todo lo contrario de lo que se habían propuesto, porque estando en la picota Keach predicó estas doctrinas y se ganó, captándose las simpatías de un gran número de personas que luego le defendían, y muchas de las cuales más adelante pertenecieron a su congregación.

Keach murió en 1704, a los 64 años de edad, habiendo realizado una gran labor. Escribió 43 libros, algunos de ellos de gran mérito (por ejemplo su Tropología) que aun hoy se venden a buen precio en las librerías de Londres.

XII

JUAN HART

Los bautistas siempre han sido los más sinceros amigos de la libertad, tanto de la libertad de conciencia como de la civil: de ello nos da abundante prueba la historia del mundo. En todas las épocas y en todos los lugares, ellos han sido los abnegados defensores del hermoso ideal de la libertad humana, no obstante todas las dificultades y los sufrimientos que la defensa de este noble ideal les ha costado.

Es muy agradable saber que nuestros gloriosos antepasados, los grandes hombres de la denominación bautista, no solamente fueron profundos teólogos, elocuentes predicadores, eruditos exégetas, sino que a la par con todo esto, fueron constantes defensores de toda noble causa, y que derramaron su sangre en pro de la libertad humana, cualquiera que haya sido la forma de esclavitud en que se encontraran los humanos. Una demostración elocuente de lo que venimos diciendo la tenemos en la biografía de Juan Hart, el célebre personaje de quien aquí nos ocuparemos.

Nuestro biografiado nació a principios del siglo XVIII en Hopewell, Estado de Nueva Jersey, en cuyo lugar probablemente hizo sus estudios y creció hasta la edad viril, llegando a ser una de las personas más eminentes de esta población y hasta de su Estado, por su bondad, honradez, humildad y benevolencia. Según algunos historiadores, Hart no sentía afición alguna por la política, rehuyendo siempre tener que hablar en público sobre cuestiones de esta índole, y tomando una parte muy pequeña en la propaganda de los partidos; pero, en cambio, fué un ardiente patriota y siempre estuvo dispuesto a sacrificarlo todo en aras del santo ideal de la libertad. En efecto, desde el mismo comienzo de las propagandas libertarias, tomó una parte activa en estas propagandas, distinguiéndose como uno de los liberales más radicales.

Aunque hijo de campesinos y educado en su propio pueblo, parece que nuestro biografiado fué hombre de profundos conocimientos y de grande elocuencia, así como que poseía algunos bienes de fortuna. Y todo esto lo ofrendó, alegre y espontáneamente, en el altar de la Patria.

Después de ocuparse por muchos años en la propaganda del hermoso ideal de la libertad, en cuya propaganda viajó incesantemente en su estado, en continuas prédicas, lo encontramos en octubre de 1770, a los 55 años de edad aproximadamente, como miembro del Congreso Continental y como uno de los más ardientes defensores de la independencia norte americana en aquel organismo. El día 23 de ese mes,

según el Dr. Armitage, presentó al Congreso esta moción de tremenda importancia: "Que en lo sucesivo no se haga provisión alguna para el sostenimiento de las tropas de su Majestad que se hallan estacionadas en esta colonia." La audacia de esta moción admiró y sobrecogió a todos, por la enorme significación que encerraba. El gobernador del estado amenazó severamente a la Asamblea, y ésta, en vez de permanecer firme en la adopción de la proposición de Hart, votó un crédito de 500£ ($2,500)) para el uso del ejército. No obstante esta derrota, Hart permaneció firme en su opinión y votó en contra de la reconsideración de esta moción. En 1771, cuando esta proposición fué presentada por segunda vez al Congreso, nuestro biografiado la sostuvo con tan grande elocuencia y energía, que consiguió que fuera aprobada completa y permanentemente.

Probablemente a causa de este acuerdo, los miembros de esta Asamblea de Nueva Jersey fueron perseguidos y tuvieron que disgregarse, huyendo todos para salvar sus vidas. Hart tuvo que abandonar a su esposa enferma, a sus queridos hijos, sus posesiones, y andar errante, "como bestia perseguida," por los valles y las montañas, durmiendo en las cuevas y alimentándose del fruto que, en su exhuberancia, le brindaban los árboles. Padeció hambre y frío y desnudeces; y cuando regresó, ocultamente, a visitar su familia, es indecible lo que sufrió su corazón al saber que su bien amada esposa había fallecido a causa de tantos sufrimientos, y que sus hijos, carentes del cuidado paterno, habían tenido que ir a pedir misericordioso albergue a distintos lugares. Y así, con el corazón traspasado por el dolor más acerbo, tuvo que huír nuevamente a causa de una persecución más activa y despiadada.

"Cuando Wáshington cruzó el Delaware, en medio de la nieve y el granizo y la lluvia de aquella noche inmortal del 25 de diciembre de 1776, y encontró abrigo, él y su pequeña compañía de héroes, en Trenton, el honrado Juan Hart salió de su escondite, se unió a Wáshington y convocó la Legislatura para el 22 de enero de 1777, demostrando así su gran fidelidad a la noble causa por la cual tanto se había sacrificado."

Este honrado patricio, este hombre eminente, este consagrado bautista, tuvo el honroso privilegio de ser, en unión de Wáshington y aquella pléyade de grandes patriotas, uno de los firmantes de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, pasando así su nombre, escrito de su puño y letra, a la posteridad, en uno de los documentos más famosos de la historia de la humanidad.

Juan Hart falleció el día 11 de mayo de 1779, a una edad muy avanzada, lleno de honores, con una conciencia tranquilla y en la confianza y paz espirituales más absolutas, después de haber sido el amigo íntimo y el hombre de con-

fianza de los hombres más eminentes de aquella época de eminentes hombres.

Nuestro biografiado hizo en vida varias donaciones a distintas iglesias bautistas, entre ellas el solar en que después se edificó la iglesia de su pueblo natal.

En 1865 el Estado de Nueva Jersey levantó un magnífico monumento para perpetuar y honrar la memoria de este eximio patriota, cerca de la iglesia bautista de Hopewell, en la que se guardan sus restos. Este monumento fué dedicado el día 4 de julio de 1865, ochenta y nueve años después de haberse firmado la Declaración de Independencia. En el frente, en la parte más visible, se leen, en letras brillantes, estas sencillas pero significativas palabras:

"HONOR A LA TUMBA DEL PATRIOTA."

En medio de la más grande alegría de ese día, el Gobernador de Nueva Jersey, el Sr. Joel Parker, pronunció un elocuente discurso, en el cual dijo de nuestro biografiado, entre otras cosas dignas de ser tenidas en cuenta: "Como fué inmaculado en su vida pública, así también lo fué en su vida privada, pura y ejemplar. Fué miembro consistente de la iglesia bautista de Hopewell, y cedió a esta congregación el terreno en que se edificó su templo, y en la que fueron depositados sus restos. Fué un verdadero patriota. Soy de opinión, después de un cuidadoso examen de la historia de Nueva Jersey durante la época que inmediatamente precedió a la Guerra de Independencia, de que

Juan Hart tuvo mayor experiencia en la legislación colonial y de estado que ninguno de sus contemporáneos, y de que ningún hombre ejerció mayor influencia al dar dirección a la opinión pública que culminó en la Independencia."

Y hoy, estas palabras del Honorable Gobernador, escritas en multitud de libros, y ese monumento de sólido granito, hablan muy alto del patriotismo, de la honradez, de la incansable actividad, del desprendimiento, del espíritu religioso de aquel gran hombre que se llamó Juan Hart, de ese hombre que tan elocuentes ejemplos dió de poseer las más preciadas virtudes cívicas. Y la gran denominación bautista se siente legítimamente orgullosa de haber podido contar en su seno a tantos y tantos hombres grandes que, como nuestro ilustre biografiado, han sabido defender las causas más nobles, sin omitir sacrificio alguno, y de la manera más desinteresada.

XIII

GUILLERMO CAREY

Hablando de Guillermo Carey dice un historiador bautista: "Si Carey hubiera sido Romanista, la Iglesia le hubiera canonizado inmediatamente después de su muerte, considerándolo más digno de adoración que al propio San Francisco Javier." Tan grande es la significación histórica y moral que tiene nuestro biografiado para el mundo moderno, con muchísima razón se le ha dado el nombre de "Padre de las Misiones Modernas" y el de "impulsor de toda causa noble."

Guillermo Carey nació en la villa de Pury, Inglaterra, el 17 de agosto de 1761, siendo el autor de sus días maestro de dicho lugar. En su niñez fué episcopal tan fervoroso que miraba con desprecio a los disidentes, a los que consideraba como seres muy reprobables. Quizás esto se debió a que su padre y abuelo eran también episcopales y a que ellos abrigaran estos sentimientos hacia todos los que no comulgaban en el seno de la Iglesia establecida. Pero el muchacho tenía dos condiciones muy dignas de encomio: sentía una verdadera ansia de adquirir conocimientos, y poseía una gran constancia para

la terminación de todo aquello que comenzaba a hacer, obviando siempre los obstáculos que se le presentaran. Esta característica le valió de mucho en su vida futura, como veremos.

A los catorce años de edad entró Carey de aprendiz de zapatero. En este humilde trabajo, no obstante su pobreza, siempre encontró tiempo para poder estudiar, al extremo de que se le veía continuamente con un libro a su lado en el banco en que trabajaba. Leyendo una vez un comentario que encontró en la tienda de su principal, halló algunas palabras griegas que no comprendió, pero que le hicieron desear conocer este idioma; así fué estudiando, día tras día, siempre alguna cosa, principalmente algún idioma, hasta que llegó a ser la maravilla lingüística que más adelante había de ser la admiración del mundo.

Carey debió su conversión, después de Dios, a su compañero de trabajo Guillermo Manning, quien le enseñó el camino de la salvación por Cristo, y la obligación en que estaba de serle fiel y cumplir sus mandamientos. A los veintidós años fué sumergido por el Dr. Ryland en el Río New, cerca de la vivienda del Dr. Doddridge. Inmediatamente comenzó a predicar el Evangelio, aunque sin abandonar su humilde ocupación, y mucho menos sus estudios. También se ocupó en la enseñanza, pero no pudiendo gobernar a los muchachos, abandonó pronto este empleo. Después de ser probado largamente, Carey fué ordenado al ministerio evan-

gélico el día 1 de agosto de 1783, predicando el sermón de ordenación el célebre Andrés Fúller, y siendo nombrado pastor de la iglesia bautista de Moulton. Como su sueldo era muy escaso, se vió en la necesidad de continuar trabajando por su oficio, a fin de poder sostener a su esposa y dos hijos. Por esta época, leyendo "Los Viajes alrededor del Mundo," de Cook, comprendió cuán necesitado estaba el mundo de la predicación del Evangelio y la obligación en que se encontraban los cristianos de llevar a cabo esta predicación. Acto seguido comenzó a estudiar geografía para saber los países que más necesitados se hallaban del Evangelio. Hizo una esfera de barro y dibujó gran número de mapas que colgó de las paredes de la habitación en que trabajaba; en estos mapas y esfera tenía continuamente fija su mirada, pensando en la mejor manera de llevar a vías de efectividad aquella idea, grande y luminosa, que se había posesionado de su corazón. "Así nació la gran empresa misionera," como ha dicho alguien.

Al poco tiempo Carey se trasladó a Leicester, de cuya iglesia bautista fué pastor y antecesor del famoso Roberto Hall. Allí, como en todas partes, el ideal de las misiones pesaba grandemente sobre su corazón, y deseando hacer algo práctico en pro de ellas, escribió y publicó, en 1792, un folleto que intituló "Examen de las obligaciones de los cristianos de usar sus medios a favor de la conversión de los paganos." Este folleto parece haber tenido pocos lectores, aun-

que es de suponer que hizo una gran impresión en algunos de los amigos íntimos de Carey. Hace cien años la idea de llevar el Evangelio a los paganos era muy rara, y no es de extrañar, por lo tanto, que aun los mismos bautistas considerasen a Carey como un visionario, o lo que es peor aun, como un lunático, cuyas ideas se hallaban en conflicto con la soberanía de Dios. En una reunión de ministros, presidida por el venerable Dr. Ryland, padre, y en la que se encontraban hombres eminentes, entre ellos el Dr. Fúller, Carey propuso que en la siguiente reunión se discutiera el deber de procurar llevar el Evangelio a los paganos; pero esta petición resultaba tan extraña que el Dr. Ryland le mandó que se sentara, diciéndole: "Cuando Dios quiera convertir a los paganos, lo hará sin su auxilio ni el mío." Carey no se desanimó por esta reprimenda y continuó preparándose para la gran obra a la cual Dios le había llamado. Al poco tiempo, supo con placer que los dos Ryland, padre e hijo, Fúller, Sutcliff y Pearce, habían sido ganados para sus ideas.

En la reunión de su asociación, celebrada en Nottingham, en mayo 30 de 1792, Carey predicó su famoso sermón en pro de las misiones, usando el texto Isaías 54:2, 3, que dividió en dos partes, a saber:— 1. Esperad grandes cosas de Dios. 2. Emprended grandes cosas para Dios. El efecto de este sermón fué tremendo, haciendo sentir a sus compañeros en el ministerio su gran responsabilidad de llevar el Evan-

gelio a los millones de seres que se encontraban sumergidos en las sombras de la ignorancia y de la superstición; resultando de ello que, en Kéttering, en la iglesia de Fúller, la "Sociedad Misionera Bautista" se organizara en octubre 2 del mismo año. Y como esta sociedad misionera, la primera en formarse, no se constituyó por mero pasatiempo, pronto vemos a Carey embarcarse para lugares lejanos, a realizar la labor a que había entregado su corazón hacía tanto tiempo. Dice el Dr. Armitage: "En abril, 1793, Carey y Thomas se embarcaron para la India, a despecho de la oposición de la Compañía de las Indias Orientales, la indiferencia de sus propios hermanos, y el desdén del público; y efectuaron allí tal labor misionera cual jamás se había visto desde la época de los apóstoles." Algunos historiadores, sin embargo, fijan la fecha de la partida de Carey y sus compañeros, el 13 de junio de este año.

Y aquí comienza la verdadera obra misionera de Carey, esa obra de bendita y tremenda trascendencia, que ha llevado la salvación a tantas almas que yacían en el pecado, y la luz del Evangelio y de la verdadera civilización a tantos pueblos que se encontraban entenebrecidos por las sombras de un grosero paganismo. Con su llegada a la India dió comienzo ese monumental trabajo, de fe y constancia, que ha llenado de honor a nuestro biografiado y que tanto bien ha producido y está produciendo.

No obstante la fe y consagración de los misioneros, por muchos años pareció que su trabajo se había de convertir en el más tremendo y desalentador fracaso, dada la animosidad del gobierno anglo-indo y las naturales, pero grandísimas dificultades que le ofrecían la ignorancia y superstición de los naturales del país. Por todas estas razones Carey y sus coadjutores se vieron en la necesidad de trasladarse a Serampore, poniéndose así bajo la protección del gobierno danés, el que según el Dr. Cathcart, había enviado misioneros a convertir a los paganos, y simpatizaba grandemente, por lo tanto, con las misiones. "El Coronel Bie, representante del gobierno danés en Serampore, recibió a Carey y sus hermanos con generosa hospitalidad, y por espacio de muchos años los protegió contra los gobernadores de la India Inglesa. La providencia de Dios hizo que este pequeño lugar permaneciera bajo el gobierno de Dinamarca, como refugio de los misioneros hasta que el piadoso pueblo inglés aboliera la paganística ley que prohibía la entrada de misioneros en la India. Aun el propio rey de Dinamarca, al conocer el carácter y valor de los misioneros, por los informes del gobernador de Serampore, se convirtió en su amigo personal." Esta amistad les fué demostrada en varias ocasiones.

En Serampore publicó Carey su traducción bengalesa del Nuevo Testamento, la primera traducción a lengua pagana que se publicara en tiempos modernos. Después publicó un gran número de obras, todas de grandísima utilidad,

como más adelante se verá. A la par que hacían esta obra literaria, y que incesantemente enseñaban y predicaban, los misioneros, en muchas ocasiones y por causa de sus escasos recursos, se vieron obligados a trabajar corporalmente para ganar el sustento; hasta que en 1801, el Marqués de Wellesley fundó el Colegio del Fuerte Williams, y, no encontrando otro hombre de mayores conocimientos en las lenguas orientales, ofreció a Carey esta cátedra. De esta manera la vida de Carey y sus compañeros fué más desahogada desde el punto de vista económico, y más influyente, puesto que estaban en continuo contacto con oficiales ingleses, a los que nuestro biografiado enseñaba las lenguas y la filosofía orientales; pero su trabajo se hizo también mucho más intenso.

El nombre de Carey permanece en la historia como el del hombre de mayores conocimientos lingüísticos de los tiempos modernos; y su labor literaria, como la mayor que puede realizar un simple mortal. Nuestro biografiado preparó y publicó **nueve** magníficos diccionarios y gramáticas de las lenguas orientales; y **veinticinco** versiones de porciones bíblicas. "En 30 años Carey y sus compañeros hicieron accesible la Palabra de Dios a la tercera parte del mundo. Y esto no es todo: antes de la muerte de Carey en Serampore se publicaron 212,000 ejemplares de las Escrituras, en 40 diferentes lenguas habladas por 330 millones de personas." De esta manera facilitó Carey la labor de los misioneros

que han ido a la India después que él, y no solamente la de los misioneros, sino también la de muchos hombres eminentes que han podido realizar profundos estudios orientalistas porque Carey les preparó el terreno.

Por espacio de cincuenta años trabajó Carey incesantemente, ya con la pluma, ya con la palabra en la magnífica y nobilísima obra para la cual se sintió llamado por su Señor y Maestro. La fe, la confianza y la laboriosidad son características necesarias en los cristianos, sobre todo cuando efectúan sus labores en tierras paganas, donde todo conspira a dificultar su obra; pero nos atrevemos a decir que en ninguno de los grandes misioneros fueron tan patentes estas características como en Guillermo Carey.

Y una labor de tanta fe, de tanta confianza, de tanta consagrada laboriosidad, no podía por menos que dar magníficos frutos. Según el obispo Heber, por las labores personales de Carey se convirtieron de **siete** a **ocho mil** paganos; aparte de que es imposible de toda imposibilidad calcular el fruto y rendimiento de su trabajo literario. Porque, ¿quién es capaz de decir, ni siquiera de manera aproximada, cuántas personas conocieron a Cristo como Salvador personal mediante las múltiples traducciones que de porciones bíblicas efectuó nuestro conspicuo biografiado? Eso es algo que solamente puede justipreciar la matemática celestial, porque la humana es demasiado pobre, demasiado finita

para poder hacer cálculos tan elevados y fuera de la comprensión humana.

Carey honra a la denominación a que perteneció y a la cual fué "fiel hasta la muerte;" y no solamente a la suya, sino a todas las denominaciones evangélicas. "El mundo protestante, a una, le honra como al padre de las misiones modernas."

El Dr. Guillermo Carey falleció en la India el día 9 de junio de 1834, a los setenta y tres años de edad, en toda la fortaleza de su fe y su confianza en el Señor a quien, de manera tan noble y tan fiel, había servido desde su primera juventud. De él puede decirse con verdad que "sus obras aún le siguen."

XIV

ANDRES FULLER.

Este gran teólogo y escritor bautista nació en Wicken, Cambridgeshire, Inglaterra, el día 6 de febrero del año del Señor 1754. Siendo aun muy joven pasó por una profunda experiencia religiosa, pero no se decidió por Cristo hasta años después, al leer las dos magníficas obras de Bunyan, "Gracia abundante para el mayor de los pecadores" y "El Peregrino," fué convencido de pecado, convencimiento que se hizo todavía más profundo al leer la obra de Erskine intitulada "Catecismo Evangélico para Jóvenes Cristianos." No obstante, por espacio de algunos meses permaneció todavía en la incertidumbre de la salvación por el perdón. En marzo de 1770 presenció por primera vez el bautismo de dos jóvenes; y como nunca había anteriormente presenciado la inmersión, este acto hizo tan profunda impresión en él, que un mes después fué sumergido con Cristo, uniéndose a la Iglesia de Soham.

En la primavera del año 1770 fué ordenado pastor de la Iglesia de Soham, donde permaneció algunos años. Por esta época sus entradas eran tan pobres que difícilmente le alcan-

zaban para el sostenimiento de su familia. Es casi seguro que por este motivo aceptó el pastorado de Kéttering, a cuya población se trasladó en octubre de 1772. En este pastorado permaneció por el resto de su vida, haciendo la magnífica labor que le ha dado su gran renombre.

Como consecuencia de un tratado publicado por Jonatán Edwards con respecto a la necesidad de una verdadera unión en la oración para obtener un avivamiento religioso, los ministros de la Asociación de Northamptonshire acordaron reunirse todos los lunes a este efecto. Aquí probablemente conoció a Guillermo Carey y se interesó por la obra de Misiones. En la reunión celebrada en este lugar el día 2 de octubre de 1792, se formó la Sociedad Misionera Bautista, como hemos visto en la biografía de Carey. De esta Sociedad fué nombrado Fúller secretario y, aunque otras personas ayudaron grandemente, él fué su alma mater hasta el momento de su muerte.

La obra de Misiones llenaba de tal manera su gran corazón, que varias veces viajó a través de Inglaterra, haciendo una activa e intensa propaganda a favor de dichas misiones, con especialidad de las misiones en la India, donde ya se encontraba Carey. También visitó varias veces a Escocia y a Irlanda, en su propaganda de amor. Se dice que una vez, comparando la obra misionera de la India con un pozo de mina, Carey dijo: "Si hay quien

sostenga la soga, yo bajaré allí"; a lo que Fúller contestó sin titubeos: "Baje, yo sostendré la soga." Y efectivamente, la sostuvo durante todos los años que le quedaron de vida. La gran labor de este gran hombre a favor de las misiones en la India fué pues tan intensa, que su nombre permanecerá siempre unido al de Guillermo Carey; porque es imposible hablar del uno sin mencionar al otro. Como ha dicho muy bien el Dr. Cathcart: "La obra más grande que ha entusiasmado el corazón de los cristianos, la obra para la cual el mismo Señor descendió de los cielos, encontró en Andrés Fúller su gran campeón, y a él más que a ningún otro humano debe la sociedad de misiones foráneas de los tiempos presentes, en cuanto a la protección que le dió en su infancia y a la influencia que ejerció para fortalecerla y hacerla una institución vigorosa."

Pero Fúller no solamente se hizo notable por su labor en pro de la obra misionera, sino que también se distinguió por su profunda y magnífica obra literaria. Su gran reputación como escritor profundo se extendió rápidamente por su país y por el extranjero, al extremo de que a la hora de su muerte, su nombre era muy conocido y estimado no sólo en el Antiguo continente, sino también en el nuevo. Su labor literaria fué enorme, y sus libros resultan tan profundos, tan didácticos, que todas las denominaciones leen sus escritos con gran interés, dándoles el mayor valor. Las principales obras que

brotaron de su prolífera y brillante pluma, son las siguientes: "Los Sistemas Calvinista y Sociniano examinados y comparados en lo que respecta a su tendencia moral" y "El Evangelio su propio Testigo; o la Santa y Divina Armonía de la Religión Cristiana, comparada con la Inmoralidad y el Absurdo del Deísmo." Estas dos obras son magníficas en todo sentido, colocando a su autor a la altura de los mayores teólogos y expositores bíblicos.

Fúller escribió otras muchas obras de gran valor tanto por su forma literaria cuanto por su fondo teológico. Por ello ha sido comparado con los más famosos prosistas de la raza anglosajona, y se le ha dado el honroso nombre de "El Franklin de la Teología." En 1798 la Universidad de Princeton, y en 1805 la de Yale, le otorgaron el título honorífico de Doctor en Divinidad; pero en ambos casos declinó este honor no aceptando esos títulos. En esto se pareció a Spurgeon que jamás quiso aceptar ningún título.

Todos los que se han ocupado en escribir la biografía de este gran hombre, están contestes en presentarlo como orador conceptuoso, brillante, original y elocuente. En su época es unánime opinión que podía parangonearse con los más elocuentes predicadores de su propia nación o de cualquiera otra.

Andrés Fúller fué un hombre de gran rectitud de carácter, de una actividad asombrosa y de una brillante inteligencia, un hombre que hubiera brillado en cualquier otro campo de actividades humanas como brilló, o más de lo que brilló, como ministro del Evangelio. En su teología era calvinista, y defendía su manera de interpretar las doctrinas de la Biblia, de tal manera, que llegó a ser la pesadilla de los discípulos de Santiago Arminio.

Nuestro biografiado murió el día 7 de mayo de 1815. Esta muerte fué causa de una profunda emoción y de tristeza general; a su entierro concurrieron verdaderas multitudes de episcopales, congregacionales, y otros ministros que se unieron con los bautistas en rendir honor a este gran hombre. Su iglesia levantó un hermoso monumento a su memoria, en una justa y sincera apreciación de la grande labor que en su seno había realizado el bien amado pastor, que fué todo actividad, todo celo, todo consagración en el servicio del bendito Salvador y de sus semejantes.

El nombre de Andrés Fúller, por lo tanto, es muy digno de aparecer entre estas "Efigies Bautistas," puesto que ese nombre, como el de tantos y tantos otros, honra a la denominación a que perteneciera.

XV

ADONIRAM JUDSON.

Mientras que Guillermo Carey se encontraba activamente ocupado en su gran obra y concentraba toda su atención y laboriosidad en Serampore, el Nuevo Mundo se preparaba a emprender esa bendita labor de llevar el Evangelio a las naciones que se encontraban desposeídas de él. Los acontecimientos políticos recientemente acaecidos en la gran República del Norte contribuían eficazmente a esta crisis misionera que se avecinaba. La gran Guerra de Independencia, pródiga en sacrificios y heroicidades, había terminado; la libertad se había obtenido con la punta de la espada; la nueva nacionalidad había de fundarse sobre los tres grandes principios de "libertad, igualdad, fraternidad." Después de la tremenda lucha, la bienaventurada paz sonreía a todos los corazones y se fortificaba cada día más sobre sólidos fundamentos. En estas condiciones, es natural que las nuevas de la gran obra de Carey despertaran el más grande entusiasmo en todos los corazones nobles y cristianos. Como consecuencia de este entusiasmo, se organizaron varias sociedades misioneras en Nueva Inglaterra, y se recaudaron y remitieron a Carey, durante los años 1806-1807, seis mil pesos, primera cantidad con que los Estados Unidos contribuyeron a la obra de misiones extranjeras.

Dios, que elige sus obreros de acuerdo con las necesidades que de ellos hay y la obra específica que han de realizar, inspiró en muchos jóvenes el noble deseo, la legítima ambición de consagrar sus vidas a la labor más difícil y espinosa, que es, a la par, de las más honrosas y bendecidas—la labor de misiones extranjeras. Entre estos jóvenes se encontraba Adoniram Judson, joven estudiante del Seminario Teológico de Andóver, quien por su consagración y brillante intelectualidad, prometía mucho para el porvenir, en el seno de la iglesia congregacional, a la cual pertenecía. Allí en el seminario fué donde Judson decidió dedicar su vida a la obra de misiones, después de leer el libro "Estrella en el Este" ("Star in the East") de Buchanan, llegando a ser, como más adelante se verá, uno de los más grandes misioneros de la Iglesia Cristiana.

Adoniram Judson nació en Malden, Estado de Massachusetts, en los EE. UU., el 9 de agosto de 1788. A los dieciséis años de edad, encontrándose suficientemente perparado para ello, ingresó en la Universidad "Brown," donde permaneció hasta el año 1807. Un escritor bautista dice con respecto a esta época de la vida de nuestro biografiado: "A su salida de la universidad se inclinó al escepticismo en sus opi-

niones religiosas. La muerte repentina de un condiscípulo, en circunstancias muy interesantes, fué la causa de que él se dedicara muy seriamente a estudiar las cuestiones religiosas. A fin de poder efectuar sus estudios de manera más perfecta ingresó en el Seminario de Andóver en carácter de "estudiante especial." En esta institución se convirtió, uniéndose a la Tercera Iglesia Congregacional de Plymouth, Mass., (de la que su padre era pastor) el 28 de mayo de 1809. Creyendo que su vida no le pertenecía, sino que era de su Señor, se puso a pensar y a orar, deseando saber cuál había de ser la dedicación de su vida. Como consecuencia de esta ferviente meditación, llegó a la conclusión, en febrero de 1810, de que debía dedicar su vida a la obra de misiones extranjeras.

Desde entonces, él y otros jóvenes seminaristas que tenían el mismo espíritu e idénticos ideales, comenzaron a trabajar entre las iglesias, tratando de hacerlas comprender el derecho que tenían los paganos a la participación del Evangelio, y la tremenda responsabilidad, que ellas, como iglesias cristianas, tenían con respecto a estos pueblos sumidos en la más completa ignorancia de un amante Salvador. El resultado de los trabajos y prédicas de estos jóvenes en una época en que, por motivo de los trabajos de Carey, había un gran entusiasmo en pro de las misiones, fué la organización, el 28 de junio de 1810, de la Junta de Misiones que

entonces se denominó "American Board of Commissioners for Foreign Missions."

En septiembre de este mismo año Judson se graduó en el Seminario, siendo enviado poco después, por la Junta misionera arriba mencionada, a conferenciar con la Sociedad Misionera de Londres con respecto a la conveniencia de que ambas organizaciones misioneras unieran sus esfuerzos a fin de mejor realizar la obra que se proponían. Nuestro biografiado, pues, se embarcó para Inglaterra en enero de 1811; pero no hacía muchos días que surcaba los mares, cuando el barco en que viajaba fué hecho prisionero por el buque de guerra francés "El Invencible Napoleón." El, como otros pasajeros, fueron llevados cautivos a Bayuna, donde se les arrojó en inmundo calabozo. Su aprisionamiento duró poco tiempo, y tan pronto como se vió libre, siguió su viaje hacia Inglaterra, a cuyo país llegó después de muchas dificultades; siendo recibido por la Sociedad Misionera, con grandes demostraciones de simpatía y afectos cristianos.

Después de largas conferencias y de estudiar profundamente el asunto, Judson y sus condiscípulos Newell, Nott y Hall fueron nombrados por la Sociedad Misionera para la India, bien entendido que los cristianos de los Estados Unidos habían de suplir a sus necesidades. Regresado que hubo Judson a América informó a la Sociedad Misionera de este país del resultado de sus gestiones en Inglaterra. Después de ma-

niones religiosas. La muerte repentina de un condiscípulo, en circunstancias muy interesantes, fué la causa de que él se dedicara muy seriamente a estudiar las cuestiones religiosas. A fin de poder efectuar sus estudios de manera más perfecta ingresó en el Seminario de Andóver en carácter de "estudiante especial." En esta institución se convirtió, uniéndose a la Tercera Iglesia Congregacional de Plymouth, Mass., (de la que su padre era pastor) el 28 de mayo de 1809. Creyendo que su vida no le pertenecía, sino que era de su Señor, se puso a pensar y a orar, deseando saber cuál había de ser la dedicación de su vida. Como consecuencia de esta ferviente meditación, llegó a la conclusión, en febrero de 1810, de que debía dedicar su vida a la obra de misiones extranjeras.

Desde entonces, él y otros jóvenes seminaristas que tenían el mismo espíritu e idénticos ideales, comenzaron a trabajar entre las iglesias, tratando de hacerlas comprender el derecho que tenían los paganos a la participación del Evangelio, y la tremenda responsabilidad, que ellas, como iglesias cristianas, tenían con respecto a estos pueblos sumidos en la más completa ignorancia de un amante Salvador. El resultado de los trabajos y prédicas de estos jóvenes en una época en que, por motivo de los trabajos de Carey, había un gran entusiasmo en pro de las misiones, fué la organización, el 28 de junio de 1810, de la Junta de Misiones que

entonces se denominó "American Board of Commissioners for Foreign Missions."

En septiembre de este mismo año Judson se graduó en el Seminario, siendo enviado poco después, por la Junta misionera arriba mencionada, a conferenciar con la Sociedad Misionera de Londres con respecto a la conveniencia de que ambas organizaciones misioneras unieran sus esfuerzos a fin de mejor realizar la obra que se proponían. Nuestro biografiado, pues, se embarcó para Inglaterra en enero de 1811; pero no hacía muchos días que surcaba los mares, cuando el barco en que viajaba fué hecho prisionero por el buque de guerra francés "El Invencible Napoleón." El, como otros pasajeros, fueron llevados cautivos a Bayuna, donde se les arrojó en inmundo calabozo. Su aprisionamiento duró poco tiempo, y tan pronto como se vió libre, siguió su viaje hacia Inglaterra, a cuyo país llegó después de muchas dificultades; siendo recibido por la Sociedad Misionera, con grandes demostraciones de simpatía y afectos cristianos.

Después de largas conferencias y de estudiar profundamente el asunto, Judson y sus condiscípulos Newell, Nott y Hall fueron nombrados por la Sociedad Misionera para la India, bien entendido que los cristianos de los Estados Unidos habían de suplir a sus necesidades. Regresado que hubo Judson a América informó a la Sociedad Misionera de este país del resultado de sus gestiones en Inglaterra. Después de ma-

duro estudio la "Junta de Misiones Americana" llegó a la conclusión de que debía emprender la obra misionera independientemente de otras Juntas y nombró, como sus misioneros a los cuatro jóvenes Judson, Newell, Nott y Hall, comprometiéndose a suplir sus necesidades. A este pequeño número de misioneros pronto fué agregado Lutero Rice, a condición de que él recaudara el dinero suficiente para el pago de su equipo y pasaje, lo que hizo en breves (6) días.

El 19 de febrero de 1812 Judson y su consagrada esposa (con quien hacía catorce días que se había casado), en unión de los esposos Newell, se embarcaron en Boston a bordo del "Caravan," con rumbo a la India, esa tierra que un novelista contemporáneo ha llamado "El País de los Misterios y de las Pagodas." Los otros misioneros se embarcaron en el "Harmony" el día 24 de este mismo mes; reuniéndose todos en Calcuta en el siguiente agosto.

Este viaje fué para Judson de grandes recuerdos, por cuanto que en él cambiaron por completo sus opiniones sobre algunas importantes cuestiones eclesiológicas. A este respecto dice la Sra. Sofía Titterington: "Durante el viaje sucedieron cosas extrañas. Judson comenzó a estudiar las enseñanzas escriturarias con respecto al bautismo, a fin de estar en condiciones de poder contestar a los argumentos de sus hermanos bautistas de Serampore y también para poder justificarse al bautizar (rociar) a

los niños de los futuros convertidos. Con gran sorpresa por su parte, su estudio no fué muy confortante. Contra su voluntad se convenció de que los bautistas tenían la razón; que los creyentes eran solamente los sujetos propios, y la inmersión el acto divinamente mandado del bautismo." Pero no termina todo aquí: La Sra. Judson, independientemente de su esposo, había llegado a la misma conclusión, al convencimiento de que la única forma bíblica de bautismo era la inmersión, y que solamente debían ser bautizados los creyentes. ¿Fué la casualidad, la ciega casualidad, la que hizo posible este cambio de opiniones en estos dos esposos? ¿O fué la providencia, o la voluntad de Dios, la que hizo a estos esposos ver de qué lado estaba la verdad? Nosotros, que creemos en la providencia, en la providencia sabia de Dios, contestamos negativamente a la primera pregunta y afirmativamente a la segunda. A su llegada a Serampore, los esposos Judson pidieron el bautismo a los ministros bautistas; y el 8 de septiembre de 1812, el Sr. Ward sumergió a estos esposos en las simbólicas aguas, de acuerdo con su fe y con el mandato de Cristo.

Pocos días después llegó a Serampore el paquebot "Harmony," trayendo a Lutero Rice, y ¡Oh, misterios incomprensibles de la voluntad divina! Rice también, que salió de Filadelfia (Judson de Boston) algunos días después que nuestro biografiado, viajando en distinto barco, llegó, después de idéntico y profundo estudio

de las Escrituras, a la misma conclusión que Judson, a igual creencia, a idéntica convicción—la ilegitimidad, la invalidez de cualquier otro modo de bautismo que la inmersión, o de cualquier otro sujeto que el creyente—y como él, fué sepultado con Cristo en las aguas por el bautismo.

El paso dado por estos tres misioneros que, antes que nada deseaban ser fieles a su Señor y a los dictados de su conciencia, tenía una grandísima trascendencia; y bueno será que nos detengamos aquí breves momentos para pensar en su significación. Extranjeros en tierra extraña, en la que tenían muy pocas relaciones; sin recursos pecuniarios para poderse dedicar a sus labores independientemente y sin necesidad de auxilio ajeno; rodeados por todas partes de grandes, grandísimas dificultades, que se debían principalmente a la enemistad de aquellos entre quienes tenían que realizar sus labores; habiendo de efectuar el dificilísimo trabajo de destruír los prejuicios de raza y las supersticiones incontables de un grosero paganismo; exponerse a ver caer por tierra sus esperanzas de dedicación a una vida de constantes pero bendecidos trabajos misioneros—en estas condiciones se hace muy difícil, incuestionablemente, tomar una resolución tal cual la que tomaron Judson y Rice. Para muchos, que creen, o por lo menos dicen creer, que la cuestión con respecto al bautismo es una cuestión poco importante, la actitud asumida hubiera sido una de glacial indiferencia, y hubieran preferido seguir siendo congregacionales exteriormente, aunque en su interior reconocieran el error de los congregacionales en cuanto al bautismo, máxime cuando un cambio de creencia significaba la desconexión con la Junta Misionera sostenedora. Pero Judson y Rice no eran de esta laya: ellos preferían ser fieles a su Señor y a su conciencia, sucediera lo que sucediese. Por eso, tan pronto como fueron sumergidos en las aguas emblemáticas, anunciaron al mundo, y a la Junta que les había enviado a la India, su cambio de manera de pensar.

En semejantes condiciones, no les quedó a los recién llegados misioneros más remedio que recibir el poco dinero que, como producto de una colecta efectuada entre ellos, les ofrecían los amigos de las misiones residentes en Calcuta. Pero, aparte de que este dinero no había de alcanzar para mucho tiempo, no era la cuestión económica la única dificultad con que tropezaban. La "Compañía de las Indias Orientales," cuya influencia y poderío era enorme, que odiaba a los misioneros y la obra que realizaban, les ordenó regresaran a América. Judson y sus compañeros, pues, abandonaron esta parte de la India, y después de muchas dificultades y grandes contratiempos llegaron a Rangoon en Birmania el 14 de julio 1813 en momentos en que los birmanos estaban en guerra con Inglaterra. Siendo americanos, su situación se hacía muy difícil en Rangoon; sin embargo, allí permane-

cieron, dedicándose Judson, con gran ahinco al estudio del idioma de esta nación.

Mientras tanto, las noticias del cambio de convicciones de nuestro biografiado habían llegado a los Estados Unidos, pues en enero de 1813 llegaron cartas de Judson, unas para la Junta Misionera y otras para ministros bautistas prominentes, en que así lo hacía constar. Semejantes nuevas despertaron un gran entusiasmo en el pueblo bautista, que entonces era pequeño en número y pobre en recursos. Esta ola de entusiasmo corrió rápidamente de un extremo a otro de la nación produciendo una gran actividad. Dios había efectuado ese cambio de opiniones en los misioneros, echando así sobre los hombros de la denominación bautista, la responsabilidad del sostenimiento del trabajo que ellos habían comenzado. Como consecuencia, se formaron muchas sociedades misioneras, siendo la más importante de ellas la que se organizó en la ciudad de Boston, la que se hizo cargo del sostenimiento de los misioneros. Antes de que estas buenas nuevas llegaran a oídos de Judson, Lutero Rice, de acuerdo con él, se embarcó para América con el propósito de hacer una activa campaña en pro de la obra misionera, en el seno de las iglesias bautistas. "Esta fué la crisis de la historia bautista. Ella marcó el comienzo de ese maravilloso crecimiento que ha admirado al mundo. Al tratar de realizar grandes cosas por Dios, despertaron a la conciencia de su poder."

Por espacio de seis años estuvo Judson trabajando, orando y estudiando, sin haber visto el resultado de sus labores, ni el fruto de sus desvelos; pero el 27 de junio de 1819 tuvo el privilegio de bautizar al primer convertido a la fe cristiana. Este bautismo fué causa de que se recrudecieran las persecuciones contra Judson y sus compañeros; pero ellos, haciendo caso omiso de estas persecuciones, continuaron sus labores, pues su confianza estaba puesta en el Capitán y Consumador de la fe, Jesucristo mismo. Y nuestro biografiado se dedicó con mayor ahinco aún, si cabe, al estudio del birmanés.

Durante estos años se habían unido a Judson otros misioneros que iban a hacerse cargo de diversos departamentos de la obra. En 1821 llegó a Rangoon el Dr. Price, para atender a la obra médica. Su fama de gran médico se esparció pronto por todo el país, y no pasó mucho tiempo antes de que fuese llamado por el rey al palacio de Ava en su carácter facultativo. Pero como el Dr. Price no conocía el idioma, fué necesario llevar a Judson en su compañía. El rey les trató con gran deferencia y cariño, lo que le facilitó el poder de predicar el Evangelio, en el mismo palacio real, y le dió grandes esperanzas para el futuro. Pero entonces volvió a encenderse la guerra entre Inglaterra y Birmania, siendo aprisionados los Dres. Judson y Price por sospechas de que fueran espías del gobierno inglés. Un historiador bautista dice a este respecto: "Los celosos gobernantes birma-

neses, considerando a los Dres. Price y Judson como espías, les hicieron prender y los arrojaron en inmunda cárcel, donde por espacio de nueve meses, estuvieron sujetos al más completo y bárbaro encierro. Luego fueron enviados a un terrible lugar llamado 'Oung-peu-la,' dando órdenes para que fuesen ajusticiados. La sentencia, sin embargo no fué ejecutada. El continuo éxito de las armas inglesas llenó de temor al rey y a su corte, que se apresuraron a entrar en negociaciones, en las que Judson tomó una parte importante, obteniendo, como uno de los resultados, su libertad.... Por espacio de varios meses Judson estuvo ocupado con el comisionado inglés, Sr. Cráwford, en Ava, negociando un tratado comercial con el gobierno birmanés. Durante su ausencia murió la Sra. Judson." Después de esta época nuestro biografiado hizo labor misionera en varias poblaciones de Birmania.

Por espacio de muchos años Judson dedicó una gran parte de su tiempo a la traducción de la Biblia al birmanés, así como a la preparación de un diccionario de este idioma. La traducción de la Biblia fué terminada el 31 de enero de 1834; pero luego dedicó muchos años a su revisión, la que ha sido conceptuada como casi perfecta por los eruditos en la materia. Esta revisión fué dada a la imprenta en 1840.

Habiendo decaído mucho su salud, por causa de sus grandísimos e intensos trabajos, se embarcó, por recomendaciones facultativas, con

rumbo a la isla Barbón; pero a los pocos días de haber perdido de vista las costas del Birmán, comenzó a decaer rápidamente, falleciendo a las 4 de la tarde del 12 de abril de 1850. "A las ocho de aquella misma noche la tripulación, sus adoloridos asistentes birmaneses y el Sr. Rauney se reunieron en la popa del barco y en reverente silencio sepultaron el cuerpo del gran misionero en lo profundo del Océano Indico." "En los 13 grados latitud norte y 93 grados longitud este, Dios encontró tumba para uno de sus más nobles hijos.... Nadie puede derramar una lágrima o levantar un mausoleo allí, pero su eterno monumento está en la redimida Birmania."

Judson se casó tres veces, con mujeres que le fueron "ayuda idónea" en sus difíciles y prolongadas labores, y en los 72 años de su vida efectuó un trabajo tan grande, tan noble, tan bendecido, que los números humanos son insuficientes para poder justipreciar sus resultados. Bien ha dicho Armitage, hablando de Judson: "Su mejor monumento es la redimida Birmania."

XVI

JUAN G. ONCKEN

El comienzo de la obra misionera en Holanda, Dinamarca, Hungría, Rusia, Polonia, Turquía y los Estados Alemanes, se debió a los trabajos realizados por la persona cuyo nombre encabeza estas líneas. Y en ese extenso a la par que intenso trabajo, se ve claramente la Providencia de Dios obrando obras prodigiosas para el establecimiento de su reino en el mundo.

Juan Gerardo Oncken nació en Varel, en el gran Ducado de Oldenburgo el 26 de enero de 1800, comenzando así su vida con el siglo que antecedió al nuestro. Muy joven aún hizo un viaje a Inglaterra, en cuyo país fué convertido por la gracia de Dios; siendo comisionado en 1823 por la Sociedad Continental Británica para predicar el Evangelio, a medida que se presentaran las oportunidades para ello, en Hamburgo, Bremen y Friedland. Por espacio de cinco años sirvió a esta Sociedad, aceptando, en 1828 la Agencia de la Sociedad Bíblica de Edimburgo, en conexión con cuya Sociedad estuvo trabajando en los países alemanes por espacio de varios años.

Del estudio profundo, y libre de prejuicios,

de las Sagradas Escrituras, Oncken, como Adoniram Judson y como Rice, llegó a la convicción de que los únicos sujetos del bautismo son los creyentes y la única forma la inmersión, y que toda otra cosa eran innovaciones de los hombres, sin garantía bíblica alguna. En esta convicción estuvo esperando algún tiempo a que se le presentara la oportunidad de testimoniar públicamente sus convicciones. Poco después de esta época el Profesor Barnabás Sears, catedrático de la Institución Teológica y Literaria de Hámilton, visitó Alemania con el fin de estudiar la organización de las universidades alemanas. A su paso por Hamburgo se encontró con un grupo de personas que sostenían los principios bautistas, pues Oncken había ganado a otros a sus creencias, y tuvo el privilegio de sumergir con Cristo en el bautismo a estas siete personas. La emblemática ordenanza tuvo efecto en el río Elba cerca de la ciudad de Altona, el 22 de abril de 1834, durante la noche, por causa de las persecuciones e intolerancia de que ya iban siendo objeto. Al día siguiente estas siete personas organizaron la primera iglesia bautista del territorio alemán eligiendo como pastor a nuestro biografiado, el que poco después fué ordenado al ministerio de la Palabra. El conocimiento de este bautismo fué causa de una gran excitación en Alemania, donde las leyes no permitían el establecimiento de otras denominaciones religiosas que la oficial, y en los Estados Unidos y demás países evangélicos,

donde tal acontecimiento se tuvo como señal del agrado con que Dios veía la obra de misiones y de que la bendecía impartiéndole su bendición.

El 25 de septiembre de 1834 entró Oncken al servicio de la Unión Misionera, ganándose desde ese mismo momento la confianza de las personalidades más distinguidas de esta Sociedad, así como del pueblo evangélico en general, por la sinceridad de sus convicciones y su grandísima laboriosidad. La recién nacida iglesia de Hamburgo era notable por la profunda fe e incesante actividad, no sólo de su pastor, sino de todos sus miembros. Las mujeres de esta iglesia hacían continua propaganda en la ciudad; y los hombres, haciendo caso omiso de las prohibiciones al efecto, continuamente visitaban los distritos rurales en activa campaña evangelizadora, repartiendo Biblias y folletos. Y así crecía esta iglesia, en consagración y en número, bajo la hábil dirección del fiel pastor que nos ocupa.

Muy pronto se hizo necesario alquilar un local para los servicios de la iglesia, porque la iglesia crecía con una rapidez asombrosa. Por esta época fué empleado el Sr. C. F. Lange para ayudar a nuestro biografiado, siendo éste el primer auxiliar que tuvo Oncken. Este Sr. Lange, que se había convertido por la instrumentalidad de Oncken algunos años antes, primeramente desempeñó el trabajo de colportor, pero muy pronto fué necesario que se dedicara completamente a la predicación del Evangelio.

En 1886 fueron bautizados en esta iglesia catorce personas, entre ellas el Sr. Koetner, de descendencia judía, que fué de gran utilidad en la obra misionera, llegando después a ser, por espacio de muchos años, el eficiente y consagrado pastor de la iglesia de Copenhague.

En el año 1837 fué necesario alquilar otro local de mayor capacidad, pues el que hasta entonces se había usado resultaba insuficiente para las congregaciones que asistían a oír la predicación de labios de Oncken. Este mismo año hubo varias conversiones en Oldenburgo, estableciéndose así el trabajo en esta ciudad. En abril nuestro biografiado fué a Berlín, donde estuvo varias semanas predicando el Evangelio y recibiendo, como premio a sus labores en esta ciudad, la conversión de varias personas. En mayo fueron bautizados el Sr. Jorge W. Sehmann, su esposa y otras cuatro personas, y organizaron la Primera Iglesia Bautista de Berlín, siendo el Sr. Sehmann elegido su pastor. En este puesto permaneció por muchos años Sehmann; y esta iglesia ha llegado a ser una de las más poderosas, fieles e importantes de las iglesias bautistas de Alemania. En Oldenburgo tambien se organizó una iglesia el día 10 de septiembre de 1838, con trece miembros; y otra en Stuttgart, en octubre, con veinte y tres miembros. Este fué el resultado del trabajo personal realizado por Oncken en estos lugares un año antes.

De esta manera, en el espacio de cuatro años

el resultado visible de las labores de Oncken había sido, el establecimiento de cuatro iglesias que contaban con un total de miembros de ciento veinte y uno. El pequeño grupo de siete que habían formado la iglesia de Hamburgo habíase multiplicado hasta sumar setenta y cinco. También se habían efectuado algunos bautismos en Marburgo, Hesse y Jever, y la obra en Stuttgart, Wurtemberg (a donde había ido Oncken a predicar, especialmente invitado por un caballero de grandes conocimientos, que había oído hablar de la obra que realizaba y simpatizaba con ella) crecía rápidamente.

El rápido crecimiento de esta obra, que contaba con obreros tan fieles y tan activos, y que era una constante protesta a las prácticas de la Iglesia Nacional, atrajo la atención de los más conspicuos luteranos y de los magistrados civiles, sobre los que se hizo la necesaria presión a fin de que impidieran, por todos los medios a su alcance, que la religión oficial tuviese opositores de ningún género. La primera vez que, de manera abierta y decidida, se trató de impedir la obra de Oncken y sus coadjutores, fué en septiembre de 1837. A principios de este mes se habían bautizado, en Hamburgo, ocho personas que se unieron a la iglesia de este lugar. El jefe del clero luterano recibió aviso de este acontecimiento, el que dió órdenes severas a la policía para que evitara que los bautistas continuaran realizando estas labores; y el Senado de dicho lugar trasmitió órdenes al mismo efecto, siendo nuestro biografiado y algunos de los miembros de la iglesia llevados ante los magistrados a responder de los cargos que se la hacían. Allí fueron interrogados cuidadosamente acerca de su fe y de sus procedimientos, especialmente acerca del bautismo; pero se les dejó marchar libremente sin que se tomaran otras medidas extremas con ellos.

A causa de las grandes multitudes que concurrían a los servicios, fué necesario obtener otro local para cultos, mucho más amplio que el anterior, a fin de que todos tuviesen cabida en él. En abril de 1839 el Senado otra vez trató de evitar la continuación de estas labores evangélicas, haciendo que Oncken y sus coadjutores se presentaran ante los tribunales. Allí se les prohibió terminantemente que continuaran en sus "no autorizadas ni reconocidas funciones ministeriales." No obstante todas las prohibiciones, nuestro biografiado continuó sus labores siendo auxiliado eficientemente por sus ayudantes; y el trabajo que Dios había encomendado en sus manos, crecía rápida e incesantemente. En 1840 Oncken y otras personas fueron presas y arrojadas en la prisión, en cuyo lugar estuvieron cuatro largas semanas, en medio de grandes privaciones y sufrimientos, siendo sus muebles confiscados para pagar los gastos del proceso. Esta persecución se hizo extensiva a todas aquellas ciudades en que había trabajo bautista, publicándose un decreto prohibiendo a los ministros la predicación del Evangelio y la

administración de las ordenanzas, y al pueblo a que asistiera a los servicios.

Pero ni las prohibiciones, ni las persecuciones podían impedir la obra de Dios, y ésta crecía, crecía continuamente, pues el pueblo se encontraba sediento del puro Evangelio de Cristo, sin mistificaciones humanas. En 1839 se predicó el Evangelio en más de ochenta pueblos en Mecklemburgo, así como también en varios lugares de Baviera, Prusia, Hanover y Sajonia, y se organizó en Copenhague. En 1844 fué ordenado al ministerio cristiano el Sr. Koebner, y al siguiente año habían en Alemania 17 predicadores y 26 iglesias con más de 1500 miembros.

Nuestro biografiado, hombre de gran vigor físico y de una tremenda actividad, trabajaba incesantemente, auxiliado eficazmente de sus consagrados coadjutores; y ahora recogía con regocijo lo que antes había sembrado con lágrimas. En 1849 las iglesias se organizaron en cuatro Asociaciones, a la que luego fué agregada la danesa y todas ellas se unieron en la Conferencia Trienal, cuya primera sesión se celebró en Hamburgo en enero 17-26. En 1853 Oncken visitó los Estados Unidos en propaganda a favor de las misiones alemanas. En este país viajó extensamente, laborando principalmente entre sus conciudadanos, y relacionándose con los más conspicuos amigos de la obra misionera. Como resultado de sus labores, el Comité Misionero acordó dedicar a la erección de capillas

en Alemania la cantidad de ocho mil pesos anuales, por espacio de cinco años.

En 1857 nuestro biografiado visitó a Inglaterra haciendo colectas a favor de las misiones de su país, pues el trabajo crecía continuamente y los misioneros carecían de medios para realizar sus labores en todos aquellos lugares a donde se les llamaba incesantemente. En 1858 la iglesia bautista de Hamburgo, habiendo ya pasado los días de persecuciones; fué reconocida por el Senado como "una corporación religiosa"; y al año siguiente esta iglesia celebró, con todo el regocijo que es de presumir, el 25o. aniversario de su fundación (23 de abril). Aquel grupo original de siete había crecido en estos veinticinco años hasta formar un ejército de siete mil y "había extendido su obra a través de los Estados Germánicos desde el Mar del Norte a Rusia, y desde el Báltico hasta muy cerca de Italia," predicando así las Buenas Nuevas de redención a gran número de personas; y el Señor era con ellos, confirmando su palabra con señales inequívocas. En Hamburgo ya hacía años que se publicaba un periódico bautista, que tenía entrada en gran número de hogares, y los tratados evangélicos se publicaban por millares, distribuyéndose profusamente por todo el continente. En Berlín, bajo la dirección del pastor Sehmann, se preparaban 18 jóvenes para el ministerio, pues la mies era mucha y se necesitaban obreros que fueran a trabajar a esa mies.

La capilla de Berlín fué alegremente dedicada en el año 1861. En contraste con los días de persecución—cuando los servicios tenían que celebrarse en secreto, y los bautismos efectuarse bajo la sombra de la noche, por causa de las prohibiciones—los reyes y príncipes de la nación fueron expresamente invitados a este acto trascendental y una diputación del concilio de la ciudad asistió ostentando sus insignias oficiales. En este año se registraron en el trabajo 1877 bautismos, organizándose dos nuevas iglesias en Polonia. En 1867 la Conferencia Trienal decidió enviar dos misioneros foráneos, uno a China y otro al Africa del Sur, los que llegaron a sus campos en 1870. La primera iglesia de los Países Bajos fué organizada en Hárlem el 5 de septiembre de 1869.

En Austria, un colportor bíblico encontró en cierto lugar a dieciséis personas que, aunque rodeadas de católicos, sostenían los principios bautistas. De tal manera apreciaban la Biblia que, no poseyendo más que un ejemplar de ella, la rompieron en pedazos, dando a cada cual un número de páginas, a fin de que individualmente tuviesen en su poder algunas hojas del Sagrado Libro y pudiesen estudiarlo. La Palabra de Dios, sin comentario humano alguno, había enseñado a este grupo de creyentes el camino de la salvación, pues jamás habían conocido a un protestante.

La guerra franco-prusiana interrumpió en gran parte el trabajo en Alemania, pero no tanto como era de temerse; y si bien en las ciudades se dificultaba algo la labor, ofrecía a nuestro consagrado biografiado, así como a todos los otros ministros, un nuevo campo de labores en los campamentos entre los soldados, ganando a muchísimos de ellos para el Señor. La guerra llegó a ser un nuevo incentivo para los bautistas alemanes, muchos de los cuales, que jamás habían predicado el Evangelio públicamente, entonces lo anunciaban paladinamente en todo lugar, haciendo magnífica obra entre los soldados.

En 1877 había en Alemania 15,287 bautistas; en Austria, 81; en Dinamarca, 2,114; en Holanda, 109; en Suiza, 403; en Polonia, 1,747; en Africa del Sur, 447; en Rusia, 3,686; en Turquía, 159. Aquel pequeño grupo de siete bautistas que organizaron la iglesia de Hamburgo, bajo la voluntad divina ha crecido constantemente, a través de estos años, al extremo de que aquella pequeña iglesia, tan pobre en números, tan despreciada y tan perseguida, ha llegado a ser la madre de 155 iglesias, diseminadas por un gran número de países, y que tienen 715 estaciones donde continuamente se predica la Palabra de Dios en toda su prístina pureza.

Y toda esta obra es, directa o indirectamente, la gran obra de un gran hombre, llamado Juan Gerardo Oncken—hombre a quien Dios eligió como instrumento útil en sus manos, fortaleciéndolo, inspirándolo, bendiciéndolo, para que desempeñara una tan importante parte de trabajo en su viña. En realidad, la labor de

Oncken fué tan intensa y tanta extensión tuvo, que su nombre va estrechamente unido a la historia del comienzo y desenvolvimiento del trabajo bautista en Alemania en forma tal que para estudiar la vida de este consagrado obrero del Señor, hay necesidad de estudiar la historia de las misiones alemanas.

Juan Gerardo Oncken murió en Hamburgo en 1884, habiendo sido pastor de la iglesia de dicho lugar por espacio de cincuenta años, siendo grandemente querido dentro y fuera de su país. Hoy se le llama generalmente y con mucha razón, "el apóstol de Alemania."

XVII

MATEO T. YATES

Este gran misionero vió la luz primera en el condado de Wake, Carolina del Norte, EE. UU., el 8 de enero de 1819, siendo el segundo de diez hermanos. Su padre, que por espacio de cerca de media centuria fué diácono de la Iglesia Bautista del Monte Pisgah, se ocupaba en las labores agrícolas, cuidando y cultivando una finca de su propiedad de más de cuatrocientos acres de extensión. Fué en esta finca donde Mateo Tyson Yates pasó su infancia y primera juventud, desmontando terrenos, arando, sembrando, resistiendo la lluvia y el sol, en duras tareas campesinas, en inconsciente preparación para la dura tarea de su vida como misionero en China. El mismo Yates, en sus cartas y reminiscencias, reconoce el gran valor de esta educación campesina que le preparó físicamente para poder sobrellevar los arduos trabajos y las incontables dificultades de su obra misionera en la gran nación asiática.

Siendo su padre un fervoroso cristiano, de noble y franco carácter, y desempeñando el oficio de diácono en una iglesia, estaba naturalmente, en relaciones con gran número de ministros,

entre los cuales se contaban algunos de los más renombrados de aquella época. El hogar de Yates padre estaba siempre abierto para los predicadores del Evangelio, los que muchas veces dirigían el culto familiar y explicaban a la familia alguna porción bíblica. El ambiente de este hogar estaba, pues, saturado de una verdadera religiosidad, cual corresponde a un hogar cristiano. Y en este ambiente religioso creció el joven Mateo. Cuenta él que en una ocasión un anciano, a quien cariñosamente llamaban "Padre Pureboy," poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo: "Dios te haga un predicador del Evangelio," y agrega: "Esta bendición hizo una gran impresión en mi corazón, porque la manera en que fueron pronunciadas las palabras fué muy cariñosa y el tono de la voz muy serio."

Muy temprano en su edad, nuestro biografiado fué convicto de pecado; pero, no obstante sus pocos años, vivió por espacio de muchos meses en gran intranquilidad espiritual, hasta que en octubre de 1836, mientras asistía a una serie de cultos que se celebraban en una carpa como a tres millas de su casa, fué convertido, siendo bautizado por el Rev. F. W. Dowd y uniéndose a la iglesia de que este ministro era pastor y su padre diácono. Antes de su conversión, su constante oración era, "Dios ten misericordia de mí, pecador:" después de su bautismo, elevaba su corazón a Dios en la plegaria, "Señor, ¿qué quieres que yo haga?" Porque tan pronto como salió del agua, de ser sepultado con Cristo, su

constante anhelo era saber cual había de ser la carrera de su vida, de acuerdo con la voluntad de Dios. El Señor seguramente respondió a la oración de fe de Yates, indicándole lo que había de hacer, porque pronto comenzó a hacer obra evangélica entre los jóvenes de su edad, y a predicar públicamente el Evangelio. Poco después, deseando prepararse debidamente para el ejercicio del ministerio cristiano, pidió y obtuvo permiso de su padre para ingresar en un colegio superior. Primeramente estudió en el que dirigía el Sr. Jorge W. Thompson, en 1838, y después en "Wake Forest College," donde se graduó en 1846. En octubre de este mismo año fué ordenado, durante la convención bautista del Estado que ese año se celebró en Raleigh.

Unos cuantos meses antes, a petición suya, Yates había obtenido de la Junta de Misiones Foráneas, la promesa de ser enviado como misionero a China y a ese efecto se estuvo preparando, para poder embarcar tan pronto como terminara sus estudios. El sábado 7 de septiembre de 1846 contrajo matrimonio con la Srita. Elisa E. Moring, del condado Chatham, mujer que durante la larga vida de Yates fué su paciente, valerosa, consagrada compañera, inspirándolo y alentándolo aun en los momentos más difíciles. Después de una grave y prolongada enfermedad de la Sra. Yates, pudieron nuestros misioneros embarcarse en Boston, el 26 de abril de 1847, a bordo del buque Tomás W. Sears con rumbo a Hong Kong, llegando a esta

deseada población el 3 de agosto a las ocho de la noche. Después de un breve descanso en Hong Kong los esposos Yates se dirigieron a Shanghai, en cuya ciudad habían de estacionarse.

La llegada de nuestro biografiado a Shanghai fué por demás triste y difícil. En aquella gran ciudad, entregada a la idolatría, con sus calles estrechas y tortuosas, se encontraba como en medio de un gran desierto. No conocía una sola persona en Shanghai, desconocía en lo absoluto el idioma del país y estaba privado, aún, de poder ir a un hotel europeo, como primera providencia, porque esos hoteles no existían en la gran ciudad. Pero cualesquiera que fueran las dificultades que encontrara, y por grandes que éstas fueran, ya estaba en China, en el campo de sus labores y Dios facilitaría la manera y los medios de realizar la obra que había encomendado en sus manos.

Lo primero a que Yates dedicó sus energías fué al aprendizaje del chino, de ese idioma que, según Juan Wesley, "fué inventado por el diablo para impedir la entrada del cristianismo en China;" pero este aprendizaje le fué muy difícil, debido a la absoluta carencia de libros adecuados y a la misma dificultad del idioma, con sus 44,700 caracteres y 700 sonidos y en el cual la fonética tiene la mayor importancia. No obstante, Yates, con su constancia, con su continuo preguntar y su clara inteligencia llegó a posesionarse completamente del idioma, al extremo, que dicen sus biógrafos que hablaba el chino como si hubiera nacido en la hoy "República Celeste."

Con la adquisición del idioma, el Dr. Yates pudo comenzar su verdadera labor misionera, labor que realizó por el largo espacio de cuarentaitrés años; y durante estos largos años de penosos trabajos, jamás flaqueó su fe ni su confianza en Dios, aunque sufrió grandes pruebas y tremendos contratiempos. Al fin de la primera década Yates era auxiliado por los Señores Cabaniss, Crawford y Dr. Burton y el trabajo, en general se encontraba en magníficas condiciones, llenando el corazón de los misioneros de muy risueñas esperanzas para el futuro.

Pero los años siguientes fueron años de terribles dificultades y grandes sufrimientos. La insurrección de unos cuantos montañeses y campesinos en 1850, se convirtió en 1853 en terrible revolución civil que llevaba el terror y la muerte hasta los más lejanos confines de China. Diariamente se tenían noticias de aldeas y pueblos que habían sido pasados a cuchillo o arrasados por las llamas. Habiendo comenzado por un movimiento religioso, pronto se convirtió en tremenda conflagración política, cuyas proporciones e intensidad llegaron a amenazar la estabilidad del imperio. El mismo Yates hace un relato de esta guerra, pintándola con los colores más negros y sombríos. En carta que escribió a amigos de los Estados Unidos, dice, que al ser tomada la ciudad de Soochow por los rebeldes,

desempeñar esta posición oficial sin abandonar el trabajo misionero—la obra de mi vida. Ningún empleo que pueda darme el gobierno me hará hacer tal cosa mientras pueda predicar y traducir. Declino, por tanto, el honor y el emolumento."

Yates continuó su trabajo, "sembrando con lágrimas y recogiendo con alegría," hasta que el Señor se sirvió llamarlo a su seno en 1888. Este trabajo fué efectuado en medio de las más grandes dificultades, por espacio de **cuarenta y tres** años, y su resultado fué bendecido por el Señor, dándole muchos conversos y haciéndole uno de los hombres más estimados de Shanghai. No obstante la intensidad del trabajo misionero de nuestro biografiado, realizó una magnífica labor literaria. Vertió el Nuevo Testamento al chino y además preparó y publicó un diccionario chino-inglés y una gramática que intituló "Primeras Lecciones en Chino." Así trabajó para evitar que los misioneros que vinieran después tropezaran con las grandes dificultades con que él había tropezado en el aprendizaje del idioma.

Mateo T. Yates fué un gran hombre que realizó una gran obra. Su nombre es timbre de gloria en las páginas de la historia de nuestra denominación, tanto como en las páginas de la historia de las misiones modernas.

XVIII

CARLOS H. SPURGEON

Spurgeon, llamado generalmente "el príncipe de los predicadores," reconocido en el mundo religioso como eminente literato y exégeta, nació en Kelvedon, Inglaterra, el 17 de junio del año 1834, de familia cristiana, siendo su padre y abuelo paterno ministros congregacionales. De muy pocos años fué llevado a casa de su abuelo, a Stambourne, donde fué criado por una tía a quien llamaba cariñosamente "madre tía." Allí permaneció algunos años, durante los cuales su abuelo notó la reflexión y penetrante perspicacia del muchacho; y probablemente esperaba que "llegara a ser algo," aunque seguramente nunca pensó que llegara a ser tanto. Los vecinos también, al notar la pasión que Carlos sentía por los libros y su carácter reflexivo, le pronosticaban una brillante carrera; y se dice que en 1844 el célebre Ricardo Knill, que había ido a visitar a su abuelo, impresionado con el carácter y la inteligencia del muchacho, dijo a la familia allí reunida: "Tengo el solemne presentimiento que este niño predicará a millares de personas y que Dios le bendecirá haciéndole su instrumento en la salvación de mu-

chas almas." Esta profecía llegó a cumplirse en todas sus partes, como veremos más adelante.

La educación de Spurgeon fué bastante limitada, pues sólo estudió en una academia privada de Colchester (dirigida por un bautista llamado Leeling) y después un año más en la escuela agrícola de Maidston. A los quince años de edad fué convencido de pecado y buscaba la salvación de su alma. La manera en que encontró la paz, por la fe que es en Cristo Jesús, es por demás significativa. Una noche de frío invierno (era el 15 de diciembre de 1850) vagaba por las calles de Colchester en ese estado de intranquilidad en que se hallan los que reconociéndose pecadores, no saben cómo salvarse. Cuando más embebido se encontraba en sus meditaciones, oyó un canto lejano, y allá se dirigió, llegando así a las puertas de una iglesia metodista primitiva; entró en ella en los momentos en que subía al púlpito uno de los oficiales de la iglesia, para sustituir en la predicación al pastor que no había podido asistir por causa del frío. Este individuo que, por su falta de costumbre y poca preparación, se encontraba muy incómodo en el púlpito, eligió por texto a Isaías 45:22—"Mirad a mí todos los términos de la tierra y seréis salvos"—y no hacía otra cosa que repetir, casi continuamente, el texto, según cuenta el propio Spurgeon; pero esto fué suficiente para tocar el corazón de aquel joven que, efectivamente, fué salvado y entregó, desde aquella misma hora, su sér al Divino Salvador.

Spurgeon, que estaba en contacto con los bautistas, pues era pasante en la escuela de uno de ellos, el Sr. Leeling, tan pronto como fué convertido comenzó a estudiar a la luz de las Escrituras algunas de las doctrinas de esta denominación, entre ellas el bautismo. No encontrando garantía para otra forma de bautismo que la inmersión, consultó el asunto con su padre, quien no pudo probarle que el bautismo es el derramamiento o la aspersión. En seguida, conocedor de su deber, fué sumergido con Cristo en el bautismo, el día 3 de mayo de 1851, oficiando en el acto el Pbro. Cautlaw. Para someterse a esta ordenanza instituída por el mismo Cristo, tuvo que caminar siete millas, e inmediatamente se unió a una iglesia bautista. A este respecto hay una anécdota muy interesante, que pone de manifiesto la manera de ser de Spurgeon: Su madre, que era fiel congregacionalista, sintió mucho este paso de Carlos, máxime cuando el padre y el abuelo de éste eran ministros de dicha denominación, y dijo a su hijo que ella siempre había orado a Dios por su conversión, pero que nunca le había pedido que él llegara a ser bautista. A estas palabras de su madre, que expresaban hasta cierto despecho, Spurgeon contestó convincentemente: "Bueno, querida madre, Dios es tan bondadoso que siempre concede más de lo que le pedimos."

Un año después de su bautismo, el Sr. Leeling

trasladó su escuela a Cambridge y Spurgeon, que era uno de sus maestros, se fué allá con él, uniéndose a la iglesia de la calle San Andrés de la cual habían sido pastores los afamados predicadores Roberto Hall y Roberto Robinson. Esta iglesia, que contaba quince misioneros en otros tantos pueblos inmediatos había organizado una "Asociación de Predicadores Laicos," a fin de poder atender a todo su trabajo. Spurgeon se hizo miembro de esta Asociación y predicó su primer sermón en una cabaña de Ferversbaur, que era la décimatercera estación de predicación. Desde el principio Spurgeon llamó la atención como elocuente predicador, al extremo de que en 1852, cuando sólo contaba 18 años de edad, la pequeña iglesia de Waterbeach le llamó a su pastorado. En este lugar efectuó una gran labor, llegando su fama a Londres. Sus familiares y amigos deseaban que ingresara a un seminario teológico, y se dieron pasos para presentarlo al Dr. Angus, una de las figuras más prominentes de la denominación bautista en Inglaterra, que por entonces era presidente del "Regent Park College." Por un error no se efectuó la presentación y él continuó en Waterbeach, hasta que al año siguiente (1853) los diáconos de la Iglesia de Southwark en Londres (la iglesia de que habían sido pastores hombres tan famosos como Benjamín Keach y los Sres. Gill y Rippen), le invitaron a ocupar su púlpito.

Por algún tiempo la congregación de este lugar había estado decayendo, al extremo de que el primer servicio que celebró en ella, sólo había presentes doscientas personas, allí donde la asistencia había llegado hasta mil doscientas. El resultado de su primer sermón fué un gran aumento en la asistencia de aquella noche; y después de otros tres domingos, se le suplicó que siguiera ocupando el púlpito por seis meses. Spurgeon consintió en quedarse por tres meses; pero antes de que finalizara este tiempo, la pequeña minoría que se había opuesto a su venida a aquella iglesia, se había sumado a la mayoría y el 28 de abril de 1854, Spurgeon accedió a aceptar su cordial y unánime llamamiento al pastorado. Su éxito en este importante puesto fué inmenso y las congregaciones que iban a oirle aumentaban tanto que antes de que pasara el año fué necesario agrandar la iglesia. Mientras duraron las reedificaciones se alquiló el "Exeter Hall;" y el crecido número de personas que fué a oirle allí llamó sobre él la atención y la crítica de toda la prensa inglesa y la de parte de la extranjera. Los sermones que predicó en el "Exeter Hall" fueron publicados y alcanzaron una venta enorme. De todas partes le invitaban a predicar, invitaciones que casi siempre aceptó.

En 1856 la capilla que había sido agrandada, no era suficiente para contener las grandes multitudes que afluían a oirle; haciéndose necesario alquilar "la Casa de la Música" de los jardines Surrey, edificio con capacidad para

700 personas, que siempre se llenó. En la "Casa de la Música" se veía constantemente a las personas más eminentes de todas las esferas, que venían, llenas de curiosidad, a estudiar aquella maravilla del púlpito. Pero, naturalmente este edificio resultaba inapropiado para que en él se reuniera por mucho tiempo una iglesia cristiana, y esto hizo que Spurgeon y su congregación pensaran en la edificación de un local más apropiado a sus necesidades. En 1859 fué puesta la primera piedra del "Tabernáculo Metropolitano", cuya construcción fué terminada en 1861, con un costo de 31,000 L. ($155. 000). Este inmenso edificio, de construcción sencilla y severa, ha ido sufriendo mejoras hasta dar cabida a 7,000 personas; y es bien sabido que siempre que predicaba Spurgeon se llenaba completamente. Cuando la iglesia celebró su primer servicio en el "Tabernáculo", contaba 1178 miembros; pero antes de que falleciera Spurgeon llegó a tener sobre 5500 miembros.

Que Spurgeon era el más grande predicador de su época es cuestión aceptada, y de ahí que se le llamara "el príncipe de los predicadores". Con razón ha dicho el Dr. B. H. Carroll: "Spurgeon era preeminentemente un predicador. Predicó, quizás, más sermones que ningún otro hombre; fueron a oirle más personas que las que jamás fueron a oir a otro predicador alguno; sus sermones han sido y son leídos por más personas que los de cualquier otro predicador; sus sermones, más que los de cualquier otro hombre han sido causa de la conversión de mayor número de personas". Sus sermones de los que tenemos en español unas pocas docenas, son característicos por su sencillez y por su sabor bíblico, al mismo tiempo que por su poder de persuasión. En ellos no se entretenía en hojarascas, redundando en lo menos importante con perjuicio de lo primordial, sino que hablaba directamente a la conciencia de su auditorio.

Cuando Spurgeon tenía algo que decir a su congregación, lo decía claramente y sin temor alguno, haciendo caso omiso del "qué dirán." En este respecto se parecía mucho a Juan el Bautista que llamaba "generación de víboras" a los que iban a oirle, y a Savonarola que echaba en cara con toda claridad y a su presencia, los defectos de la nobleza de Florencia, y las maldades que cometían.

Se dice de nuestro biografiado, que en cierta ocasión preguntó a los miembros de su iglesia: ¿Cuál es a vuestra manera de pensar, el mayor obstáculo con que tropezamos para el progreso de nuestra obra? A esta pregunta contestaron más de veinte personas expresando sus diversas opiniones; y entonces Spurgeon dijo: el mayor obstáculo que tenemos a nuestro paso: el obstáculo más grande consiste en que cuando yo predico, el hermano que está en los asientos delanteros, dice: "qué bien le viene esto a Fulano que está ahí detrás;" y Fulano dice: "qué bien

le cuadra eso que ha dicho el pastor, a Zutano que está ahí delante;" pero ninguno dice: "qué bien me viene eso a mí." Estamos seguros de que estas palabras levantaron ámpula a muchos hermanos de su iglesia. Spurgeon era un gran predicador porque sus sermones reunían los tres factores que son componentes imprescindibles, según el Dr. J. Spenser Kennard, en todo sermón **efectivo,** a saber: 1o. Presentación adecuada de la verdad; 2o. Fuerza psíquica; y 3o. Divina influencia.

Además de ser un gran predicador, Spurgeon fué un eminente literato. Escribió mucho y muy bueno sobre las grandes Doctrinas del Cristianismo y sobre los principios cardinales de su denominación. Algunas de sus obras son monumentales, como su comentario sobre los Salmos en siete grandes volúmenes, intitulado "The Treasury of David," a los que se atribuye gran importancia como escritos exegéticos. También son importantísimas sus dos famosas obras "Pulpit Library" en tres tomos, y "Sermon Notes on the Whole Bible," en cuatro gruesos volúmenes. Además son dignas de mención la serie del "Almanaque Ilustrado," que publicó anualmente desde 1857 hasta su muerte en 1892, y las "Colecciones de Sermones," de las cuales hay varias de más de veinte tomos de 500 páginas cada uno. Según el Dr. B. H. Carroll, sus escritos de diversa índole, como artículos periodísticos, folletos y libros, formarían unidos una biblioteca de **cien grandes volúmenes en octavo.**

Que nosotros sepamos, de las obras de Spurgeon no han sido traducidos al Español más que un volumen de sermones y los dos tomos de sus "Pláticas con mis Estudiantes;" lo que es una verdadera lástima, porque todos sus muchos libros tienen un mérito indiscutible.

Hay dos maneras de juzgar la grandeza de un escritor: (1) por el número de sus obras; (2) por el mérito de sus producciones. Spurgeon puede ser juzgado de ambas maneras, con la seguridad de que el dictamen que de él se hiciera, tendría que ser: "Spurgeon fué el más grande escritor religioso de su época," y si suprimiéramos el adjetivo "religioso," probablemente no diríamos mucho. Con verdad ha dicho el Dr. S. H. Greene, refiriéndose a nuestro biografiado: "fué una de las principales fuerzas religiosas de su era."

Spurgeon fué, además, y durante muchos años, co-director del "Baptist Magazine," y director del periódico "Sword and Trowel."

Nuestro biografiado, el gran predicador y eminente literato, brilló semejantemente como educador y como benefactor.

En primer lugar como educador, muy temprano en su ministerio, cuando sólo contaba 22 años de edad, tropezó con un problema de vitalísima importancia, que era necesario resolver: en los dos años que llevaba de pastor en Londres, y como resultado de sus trabajos, había un número considerable de jóvenes conversos que ha-

bían sentido el llamamiento al ministerio y que necesitaban la debida preparación al efecto. Este problema era de trascendental importancia, pero de difícil solución para el joven Spurgeon. Aparte de que él no simpatizaba mucho con los métodos usados en los seminarios de su época, no podía aconsejar a estos jóvenes que fuesen a los seminarios, porque todos eran pobres y la vida seminarista resultaba muy cara. Nuestro biografiado estuvo indeciso algún tiempo acerca de lo que debía hacer hasta que al fin se decidió a fundar su colegio para predicadores. Al efecto alquiló una casa y empleó un maestro, afrontando los gastos con lo que le produciría la venta de sus sermones en el extranjero.

Este fué el humilde origen de lo que luego, no mucho después, llegó a ser "la más admirable institución educativa que jamás se estableciera," según ha dicho alguien. No podemos detenernos a decir todo lo que pudiéramos de esta Institución. Basta que digamos que cada día fueron aumentando más las necesidades de este plantel, hasta que llegó a gastar $50,000 anuales en él y que, aparte de los cuatro o cinco mil pesos que producía la venta de sus sermones, encontró siempre amigos que le ayudaron hasta poder cubrir sus gastos. A medida que crecían los gastos crecía también la eficiencia de esta institución, institución en la que se han preparado centenares de jóvenes que luego se esparcieron por los ámbitos del mundo, haciendo con

fe e inteligencia la magna y bendita obra que el Maestro encomendara en sus manos. Tomás Spurgeon, uno de los hijos de nuestro biografiado, que después de la muerte de su padre le sustituyó en el "Tabernáculo," dijo en una ocasión a los estudiantes de Northfield, que creía que una de las obras más grandes que realizara su padre había sido la fundación del "Colegio para Pastores."

En conexión con este Colegio trabajaba una "Asociación de Colportores Laicos," la que en el año de 1890 realizó la siguiente estupenda labor: Distribuyó 400,000 libros; celebró 6,000 servicios religiosos; hizo 632,000 visitas. ¡Y dos años después distribuyó 551,949 libros, 365,788 revistas (magazines) y 253,000 folletos; celebró 10,000 servicios religiosos e hizo 700,000 visitas! El biógrafo de quien tomamos estos datos no nos dice el número de colportores voluntarios que se emplearon en esta obra, pero fueran ya cien, ya doscientos, ya más, lo cierto es que realizaron la obra de **colportage** más grande que hasta entonces se realizara, excepción hecha quizás, de la de las Sociedades Bíblicas. Hasta el año 1894 la venta realizada por estos colportores habían producido en total **¡$650,000!**

Para terminar, hablemos ahora algo de Spurgeon como benefactor, bajo ese simpático aspecto, en el que descuella prominentemente en el altruismo de su época. Nuestro ilustre biografiado fué uno de esos seres que, por el auxilio

divino, obran con grandeza de miras, y en gran escala, en todas aquellas cosas en que emplean sus energías; uno de esos seres, bastante raros por cierto, que, cualquiera que sea la dedicación de su vida, tienen que brillar y obtener éxito, porque ponen en ella todo su corazón y le dedican todas sus potencialidades. Pero en Spurgeon es necesario ver, más que al instrumento, más que al hombre cuyas obras son grandes, cuyos éxitos son sorprendentes, a Dios que dirige y auxilia al hombre y utiliza el instrumento dúctil en sus manos; para la realización de todo aquello que él se ha propuesto para el bien de los humanos y el mayor engrandecimiento de su reino. En él se ve cuán grande es aquella verdad, sobre la que F. B. Meyer ha hecho tanto énfasis, de que "Dios utiliza al que se presta a ser utilizado."

Cuando Spurgeon fué al pastorado de la Iglesia Bautista de Londres, famosa de antiguo, pero mucho más famosa después por sus ministraciones en ella, encontró organizado por su antecesor un asilo para viudas; mas al poco tiempo, reconociendo la necesidad que había de engrandecer esta obra, estableció otros asilos similares, en los que tuvieron cabida centenares de viudas y de ancianos, y donde se les trataba con todo género de consideraciones.

No satisfecho con tener estos asilos, a los que de su propio peculio contribuía con grandes cantidades, comenzó, a fines de 1885 o principios de 1886 a hacer una campaña en su periódico

acerca del deber en que están los cristianos de cuidar los huérfanos y procurarles asilos apropiados. En septiembre de 1886 una señora, viuda de un clérigo episcopal, que había leído sus artículos, le escribió poniendo a su disposición la suma de $100,000 para un asilo de huérfanos; y aunque Spurgeon se excusó de recibir esta cantidad, sugiriendo la idea de que le fuera entregada al Sr. Müller, que tenía un gran asilo en Bristol, la donante se empeñó en que fuera él el que empleara ese dinero y que el asilo se estableciera en Londres. No pudiéndose negar por más tiempo, Spurgeon presentó el asunto a su iglesia. Esta idea fué tan simpática que toda la congregación se convirtió en una comisión para recabar fondos con qué levantar los edificios, a fin de dejar los $100,000 como depósito para los casos de emergencia. Las colectas fueron crecidísimas y el asilo "Stockwell" fué fundado sobre firmes cimientos, creciendo tanto que $1,500 no bastaban a cubrir los gastos diarios a las pocas semanas. Al poco tiempo se hizo necesario levantar nuevos edificios para un asilo de niñas. Aparte de todo esto Spurgeon socorría a innumerables familias pobres y contribuía a obras benéficas de distintas índoles. En realidad la labor filantrópica de nuestro biografiado fué tan grande y ha dado frutos tan ricos, que no es para ser relatada en unas pocas páginas.

Tan grande fué la obra de Spurgeon que hablando de su muerte dice el Dr. B. H. Carroll:

"Si todas las testas coronadas de Europa hubiesen muerto el día en que murió Spurgeon, su muerte no hubiera sido tan importante como la de este hombre," y estas palabras no son desmedidas, ni apasionadas, pues es necesario tomar en consideración la manera en que este "elegido de Dios" influenció para el bien del mundo, y el hecho de que por él millares de almas que vivían en el mundo "sin esperanza, sin Dios y sin República de Israel" han encontrado el camino de la vida—de la vida eterna por la salvación que es en Cristo Jesús.

XIX

BENJAMIN F. JACOBS

Uno de los nombres más conocidos y estimados entre los obreros de Escuela Dominical, en todo el mundo, es el de Benjamín F. Jacobs. Con razón dice de él el Dr. B. W. Spilman: "La estrella más brillante en el firmamento de la obra de escuela dominical en la América, o en el mundo, es Benjamín Franklin Jacobs." Más adelante veremos que el Dr. Spilman tenía razón que le sobraba al decir esto.

Benjamín Franklin Jacobs nació en Patterson, Estado de Nueva Jersey, en septiembre de 1834. A los veinte años de edad, en 1854, fué sumergido, en profesión de fe personal en Cristo, por el Rev. J. C. Burroughs, uniéndose a la Primera Iglesia Bautista de Chicago, a la que perteneció durante toda su vida. Se sabe que antes de vivir en Chicago, había vivido en Detroit, donde fué miembro de la clase bíblica del Sr. S. N. Kendrick; y que fué convertido en este lugar.

"Inmediatamente después de su unión con la iglesia de Chicago comenzó a hacer obra activa, primeramente como maestro en la escuela de la Misión de la Calle Taylor, la primera de esas

escuelas que se estableció en Chicago.... En 1856 se organizó la primera escuela de misión de nuestra propia denominación en Chicago, en la que entonces era la calle Nueva, ahora la calle 17; y de esta escuela fué el superintendente el Sr. Jacobs, por espacio de ocho años. Bajo su dirección creció hasta ser una de las agencias más eficientes en su clase, en aquella ciudad." Por espacio de muchos años nuestro biografiado hizo magnífica labor en la organización de varias escuelas dominicales y misiones en Chicago, ocupándose activamente en este trabajo que siempre llenó por completo su gran corazón.

Jacobs fué uno de los fundadores de esa magnífica institución denominada "Asociación Cristiana de Jóvenes," sobre todo, de la de Chicago, por cuyo prestigio y eficiencia trabajó arduamente durante muchos años. En unión del célebre evangelista Moody, y de Tuthill King, inauguró el trabajo religioso en el Campamento Douglas de Chicago, trabajo que se llevó a cabo por largos años, rindiendo un espléndido resultado.

Pero la labor más importante que realizó Jacobs y por la cual su memoria ha pasado a la posteridad con los mayores honores, con la simpatía y admiración de todo el mundo cristiano, fué la que realizó en conexión con la obra de escuela dominical, ese importante departamento de la iglesia al cual dedicó toda su vida, procurando su mejoramiento y mayor eficiencia. A este respecto no podemos por menos que citar extensamente al Dr. Spilman, que, como Jacobs, se ha dedicado especialmente a la obra de escuela dominical:

"Allá por el año de 1865, B. F. Jacobs concibió la idea de tener en todas las escuelas de todas las denominaciones, lecciones uniformes de la Biblia, las que también se usarían para todos los grados o clases de las escuelas. Por supuesto que esta idea tropezó con gran oposición. Por espacio de seis años Jacobs estuvo defendiendo esta idea, tanto desde el púlpito como en la prensa. En 1871 el Comité Ejecutivo de la Convención Nacional de Escuelas Dominicales (en los E. U. A.) se reunió en la ciudad de Nueva York, en el mes de julio, con el propósito de hacer los preparativos necesarios para que la Convención se reuniera en Indianápolis al año siguiente. El Sr. Jacobs estaba presente en esta reunión y preguntó si no se podría hacer algo en pro del asunto de las lecciones uniformes. Por esta causa el Comité citó a todas las casas editoras que publicaban las lecciones, a una reunión que se había de celebrar en Nueva York el día 8 de agosto del mismo año. Veintiocho de las casas de publicaciones del país enviaron sus representantes a esta reunión. En esta conferencia se nombró un Comité, al cual se dieron instrucciones para que preparase una serie de lecciones para el año 1872. Este Comité fué compuesto por B. F. Jacobs, Juan H. Vincent, Eduardo Eggleston, Ricardo Newton y Enrique

C. McCook. El Sr. Jacobs pasó la noche fuera de la ciudad y en su ausencia el Comité se reunió y redactó un informe en el que se hacía constar que el proyecto había fracasado. Enterado Jacobs de la actitud asumida por el Comité, se dió prisa en regresar a la ciudad, reunió nuevamente los miembros del Comité y consiguió ganarlos a su idea, en tal forma, que el informe anterior fué anulado, eligiéndose las lecciones....

"En la Convención de Escuelas Dominicales que se celebró en Indianápolis en 1872 se presentó una resolución adoptando la idea de las lecciones uniformes. El debate que se suscitó fué ganado por Jacobs y la resolución fué aceptada por una mayoría de votos." Nuestro ilustre biografiado estuvo prestando sus servicios a la obra de escuelas dominicales hasta el día de su muerte. Fué uno de los miembros más eminentes del Comité de Lecciones Uniformes, por espacio de muchos años.

En el año de 1881 fué nombrado Presidente del Comité Ejecutivo de la Convención Internacional de Escuelas Dominicales, desempeñando este importantísimo puesto por espacio de veinte años. En este puesto llegó a ser el verdadero director de toda la obra de escuelas dominicales en el mundo, haciendo, en el tiempo que estuvo desempeñando este puesto, que la obra de escuelas dominicales creciese de manera efectiva y mejorase grandemente sus

métodos de trabajo, y la influencia que ejercía para bien.

Benjamín Franklin Jacobs murió en su hogar, en la más perfecta paz espiritual, el 23 de junio de 1902, rodeado de sus amigos y familiares y admiradores, después de haber vivido una larga vida de incesante trabajo en la Viña de su Señor, y de una admirable actividad en este trabajo. "Era benévolo, pero tan firme como una roca. Los hombres no podían por menos que amarle y obedecerle. Fué el factor más importante en la obra de escuela dominical en el mundo por espacio de veinte años."

De nuestro biografiado ha dicho el Dr. Hamill, de la Iglesia Metodista: "B. F. Jacobs, con ojos tocados indudablemente por el Espíritu Santo, vió la más noble visión. El fué el primer expansionista de la escuela dominical." Y el Dr. Henry C. McCook le paga este tributo de cariño y admiración: "Oh, pasará mucho tiempo antes de que otro director tan verdadero, sabio, amable y fuerte nazca en el reino de la preparación de los infantes."

Jacobs falleció tres días antes de reunirse la Convención Internacional de Escuelas Dominicales en Denver, Colorado. A esta Convención, a la que hubiera deseado asistir, envió el siguiente mensaje póstumo, por conducto del Dr. Bailey: "Los hombres mueren, pero Jesús vive para siempre." Efectivamente, los hombres mueren, aunque sean hombres grandes y nobles, como Benjamín Franklin Jacobs, y aun

cuando hayan dedicado toda su vida a la más grande y noble de las obras; pero el recuerdo de esos hombres consagrados al bien y al extendimiento del reino del Rey de reyes y Señor de señores, perdura para siempre, en la memoria de los hombres, haciendo que sus nombres sean queridos y respetados. ¡Y así, tú, Benjamín Franklin Jacobs, inclinaste la cabeza bajo el peso de los años y de un excesivo trabajo, cuando más empeñado estabas en tu obra; pero tu nombre permanecerá grabado en la memoria y en el corazón de los que, conociendo la historia del desarrollo de la obra de escuela dominical, aprendan a amarla! ¡Porque tú fuiste una de las figuras más prominentes en esa obra!

XX

JUAN A. BROADUS

Juan Alberto Broadus vió la luz primera el 24 de enero de 1827, en el Condado de Culpeper, Estado de Virginia, E. U. A. Sus padres lo fueron el comandante Edmundo Broadus y la Sra. Nancy Simms Broadus, personas de alto relieve en el Condado de Culpeper, y sinceros cristianos. El comandante Broadus era hombre de gran energía de carácter, persistente en sus empresas, abnegado en las causas justas, hombre amante de su hogar y padre tierno y cariñoso. Sabía unir a la energía la ternura. En cuanto a la madre de nuestro biografiado, poco se sabe de ella. Era pequeña de estatura (en lo cual se le parecía su hijo Juan), gentil y quieta en su manera de ser, pero de gran firmeza en el gobierno de su casa y la educación de sus hijos. "Como el comandante Broadus a menudo se encontraba ausente, en propagandas políticas, ella era la encargada de dirigir todos los trabajos de la finca en que vivían. Y demostró tanta industria, tacto y habilidad, que mereció las palabras que el sabio pronunció con respecto a la mujer virtuosa". Jamás castigó a sus hijos, y sin embargo, éstos la amaban y respetaban

profundamente lo que se explica por el hecho de que a la inflexibilidad de sus mandatos, unía la ternura de su amor. Era, en fin, una de esas mujeres que saben gobernar bien sus casas, sin perder el cariño de sus hijos, y sin dejar de amar a éstos.

En este hogar, tan tranquilo, tan ordenado, tan piadoso, nació Broadus, el que después había de brillar tanto, no solamente en su patria, sino también en el resto del mundo. Se le pusieron los nombres de dos de sus tíos maternos: Juan, por el Dr. Juan Simms, y Alberto por Alberto Simms, el maestro que tanto influenció su vida. Los primeros años los pasó en la casa solariega, en medio del campo, a través del cual correteaba en sus juegos, y en el que disfrutaba de la vida a plenos pulmones. Tanto creía Broadus en los beneficios del nacimiento en sitio rural, que después acostumbraba a decir que "todos deberían nacer en el campo".

En aquella época se dificultaba mucho en el Sur de los Estados Unidos, el aprendizaje de las primeras letras, porque había una gran escasez de escuelas. "Pero Juan A. Broadus tuvo grandes oportunidades educacionales en su infancia. En su casa habían muchos libros y gran número de periódicos, y muchas visitas, y todos en la familia se ocupaban en el estudio del lenguaje. Tuvo además, en sus primeros años, un buen maestro en la escuela rural, en la persona del Sr. Alberto Tutt; y después de haber cumplido los diez años, uno de los mejores maestros de

enseñanza superior, en su tío el Sr. Alberto G. Simms." En 1837 el comandante Broadus se trasladó, con su familia, de Culpeper a Edge Hill, donde, en beneficio de sus hijos, abrió una escuela, en la que enseñó hasta el año 1839. Juan tenía entonces unos trece años de edad y estaba en condiciones de asistir a la escuela que dirigía su tío Alberto, a unas seis millas de distancia de donde vivía nuestro biografiado quien estaba toda la semana con su tío, y los viernes caminaba esas seis millas, para venir a pasar el sábado y el domingo con sus padres y hermanos. En esta escuela progresó mucho Juan, al extremo de que podía leer el latín correctamente, siendo las matemáticas en lo que más sobresalió. Durante el año 1841 Juan ayudó mucho a su tío en el colegio, enseñando a sus condiscípulos. Un día, en el año 1843, Juan regresó a su casa, trayendo su baúl; y su padre creyó que había sido expulsado por causa de alguna travesura propia de la edad. Pero cuando trató de averiguar la causa de su venida, Juan le contestó, diciendo: "Tío dice que no puede hacer nada más por mí". No satisfecho con esta breve respuesta, el comandante fué a ver a su cuñado, a fin de averiguar por qué había sido expulsado Juan del colegio; pero el Sr. Simms se rió a carcajadas al oírle, y le dijo que Juan no había sido expulsado, sino enviado a casa, porque ya él no podía enseñarle nada, puesto que el discípulo sabía tanto como el maestro.

En el último año de estancia en el colegio de su tío, los Presbs. Carlos A. Lewis y Barnett Grimsley celebraron una serie de cultos de avivamiento en la iglesia Mount Poney, en las cercanías, durante los cuales nuestro ilustre biografiado fué convertido. De este acontecimiento dice el Sr. Santiago G. Fields, uno de sus amigos de la infancia: "En mayo de 1843, en unos cultos de avivamiento, celebrados principalmente por el Pbro. Carlos Lewis en la iglesia Mount Poney, en Culpeper, ambos profesamos nuestra conversión, nos unimos a la iglesia el mismo día y fuimos juntos bautizados por el Rev. Cumberland George, en el arroyo Mountain Run, poco más arriba del puente que lo atraviesa. No permaneció mucho tiempo en la iglesia Mount Poney, sino que trasladó su carta a la iglesia New Salem, a la que pertenecía su familia." El pastor de New Salem, Rev. Grimsley, tuvo un gran ascendiente sobre el joven Broadus, y fué el elegido por Dios para hacer que éste pensara en dedicarse a la predicación del Evangelio.

En los primeros días del año 1844, siendo Broadus un joven de 17 años, conociendo que en las escuelas superiores del campo no tenía nada que aprender, y deseoso de crecer en conocimientos, piensa seriamente en la manera de poder ir a cursar estudios universitarios. Careciendo de los medios necesarios al efecto, se decide a trabajar, como otros tantos, a fin de poder acumular los fondos necesarios para costear sus estudios. Por conducto de su amigo y consejero Grimsley, que se había trasladado al pastorado de la iglesia "Betel" del Condado de Clarke, pudo abrir una escuela en este condado, en casa del Sr. William Sowers. En esta escuela, por causa de los pocos alumnos con que contaba, y del hecho de ser la primera vez que se separaba de su familia, Broadus sufrió los primeros disgustos de su vida; pero no se dejó desalentar, sino que se apegó a su trabajo por espacio de un año, hasta que, a principios de enero de 1845, se trasladó, como maestro a Woodley, cerca de Berryville. En este último lugar fué nombrado superintendente de la escuela dominical, el día 6 de abril del referido año. Aquí pronunció su primer discurso, del texto Lucas 9:62: "Ninguno que pusiere las manos al arado y mirare atrás, es apto para el reino de los cielos", a presencia de los maestros de la escuela dominical. Broadus era en esta época de su vida, fiel cumplidor de sus deberes religiosos; pero había llegado casi a abandonar la idea de dedicarse al ministerio, hasta que oyó, en estos días, un discurso del Dr. Poindexter, el que le conmovió grandemente, haciéndole renovar sus deseos de dedicarse a la predicación del Evangelio.

A mediados del año 1846 pudo entrar en la Universidad de Virginia, la que contaba con tan célebres profesores, como los siguientes: Gessner Harrison, W. B. Rogers, J. L. Cabell, R. E. Rogers, E. H. Courtenay, M. Schele de Vere y Juan B. Minor. En esta universidad,

Broadus estudió intensamente, por espacio de cuatro años, sobresaliendo como uno de los mejores estudiantes. Muchos de los que eran sus condiscípulos en la universidad luego llegaron a ser grandes hombres en las letras, en el foro, en la magistratura, en las ciencias, en la teología. Pero entre todos ellos Broadus ocupaba uno de los primeros lugares, como estudiante respetuoso, activo, inteligente, que asombrosamente asimilaba los conocimientos que sus maestros trataban de impartirle. Tan buen estudiante era, que algunos de sus maestros llegaron a ser amigos suyos durante toda su vida.

Pero, no obstante haberse entregado tan completamente a los más serios estudios, Broadus realizaba un activo trabajo religioso, desempeñando una importante parte en los servicios de oración de los estudiantes, en las clases bíblicas, en la escuela dominical. Aquí tuvo su primera experiencia en el trabajo misionero; y por causa de esta experiencia, acostumbraba a decir después que "no se encontraba en condiciones de ir como misionero a China, aquel que no quisiera trabajar entre los necesitados de su propio país".

En junio 22 de 1847 Broadus tuvo el primer gran sufrimiento de su vida. Habiendo sido llamado con urgencia a su casa, llegó en los momentos precisos en que su buena madre, sin aliento para más, decía, "hijo mío", y se separaba de este mundo para ir a otro mundo mejor. Este fué un tremendo choque para Juan, porque, como ya hemos hecho constar, esta buena mujer, de carácter noble y elevado, de espíritu tan profundamente cristiano, siempre había demostrado a sus hijos el gran cariño que hacia ellos guardaba en su corazón. Esta piadosa mujer le había dado tan buenos ejemplos, le había dado tan prácticas lecciones, que Broadus sintió su influencia hasta los últimos momentos de su vida.

En el año 1848 encontramos a Broadus como uno de los oradores más denodados de la causa de la temperancia. El año anterior se había unido a "Los Hijos de la Temperancia", orden universitaria que se había formado con el propósito de arrancar a los jóvenes de las garras del vicio; y ahora, unos cuantos meses después, era conocido a través de todo el Estado, como uno de los defensores más tenaces de este ideal. De todas partes recibía invitaciones para hablar en público, a favor de la causa que defendían los "Hijos de la Temperancia".

El día 4 de junio de 1849 predicó Broadus su primer sermón. El Dr Guillermo McGluffley, Catedrático de Filosofía Moral en la universidad de Virginia, era el pastor de la iglesia presbiteriana de Mount Eagle, en el Condado de Albemarle. Encontrándose enfermo el mencionado 4 de junio, suplicó a Broadus que predicara en su lugar, lo que hizo éste en consideración a su maestro. Su texto fué Salmo 62:8: "Dios es el refugio para nosotros"; y algunas personas que lo oyeron testimoniaron que era un gran

sermón, un sermón que auguraba lo que era de llegar a ser en el futuro, como predicador. En julio 2 siguiente, predicó su segundo sermón, en su propia iglesia New Salem, en Culpeper, del texto 1 Tim. 4:8. Después predicó varias veces, a intervalos, en distintos lugares, siempre con gran elocuencia y unción, atrayendo a grandes multitudes, ávidas de oírle.

Durante el último año de su vida universitaria, Broadus desempeñó el importante puesto de redactor de la revista "Jefferson Monument Magazine", obteniendo muchas y valiosas contribuciones para el fin que se proponía la revista—la erección de un monumento a Jefferson. Al mismo tiempo, dirigía el coro de la capilla, y trabajaba activamente en la obra de la predicación.

En la primavera de su última sesión en la universidad, Broadus aceptó ir a enseñar a Bremo, en el hogar del General Cooke. "Durante estos meses, una densa nube obscurecía el horizonte de su vida, por causa de la enfermedad de su padre, la que gradual pero seguramente se intensificaba. El comandante había venido a la universidad con el propósito de educar a su hijo, lo que había efectuado; pero no pudo verle en posesión del título universitario, pues falleció en junio 27, 1850, dos días antes de aquel en que Juan había de presentar su tesis. Naturalmente, Broadus no pudo estar presente en el acto de la graduación, no obstante lo cual, el claustro universitario acordó darle el título

de Maestro en Artes (29 de junio, 1850). El Dr. Gessner Harrison declaró en este acto, que Juan Alberto Broadus era uno de los mejores estudiantes que habían pasado por las aulas de la Universidad de Virginia. Su tesis, que versaba sobre "La Sociedad Humana en sus relaciones con la Teología Natural", fué publicada al año siguiente en la revista "Jefferson Memorial Magazine", siendo considerada como un trabajo de grandísimo valor, que honraba y ponía de relieve las altas dotes intelectuales de su autor.

Terminada su carrera universitaria, Broadus regresó a su colegio rural en la casa del General Cooke, en Bremo, Condado de Fluvanna, prefiriendo este lugar tranquilo, donde podía dedicarse al estudio y a la meditación, a los puestos de importancia que se le ofrecían. Uno de los grandes deseos de Broadus por esta época, era el obtener una debida preparación teológica; y como no había cerca ningún seminario, se dedicó afanosa y tesoneramente a esta clase de estudios, en los que más tarde había de brillar tanto. Pero no obstante sus labores de maestro de escuela, y los profundos y sistemáticos estudios que estaba realizando, nuestro biografiado encontraba tiempo que dedicar a la predicación.

En los primeros días de agosto Broadus fué al Condado de Culpeper a visitar a sus familiares y amigos. Durante su estancia allí, parece que celebró una serie de cultos de avivamiento,

en la iglesia a que antiguamente había pertenecido. Habiendo la congregación de New Salem acordado su ordenación, en la junta de julio, el día 12 del referido mes de agosto se formó un concilio ordenador en esta iglesia, con el propósito de separar formalmente a este siervo de Dios para la obra del ministerio. El sermón de ordenación fué predicado por el Rev. H. W. Dodge; fueron miembros del concilio los Revs. Barnett Grimsley y Cumberland George; y su hermano carnal J. M. Broadus actuó de secretario. Después de la ordenación nuestro biografiado regresó a su puesto de maestro rural en Bremo, donde, por espacio de unos meses, dividía su tiempo entre sus clases, sus estudios y sus epístolas amorosas a la elegida de su corazón.

Contrajo matrimonio con la Srta. María Harrison, hija de su amigo el Dr. Gessner Harrison, teniendo efecto la ceremonia en el hogar de su suegro, el día 13 de noviembre de 1850. Durante su vida matrimonial, nuestro biografiado jamás tuvo ocasión de lamentar la elección que de esta noble mujer había hecho, para que le acompañara a través de los difíciles senderos de la vida, pues siempre se le mostró como tierna y consecuente compañera, y consejera hábil y desinteresada.

Por esta época se había extendido tanto la fama que de elocuente y consagrado predicador y de profesor hábil tenía Broadus, que eran muchas las iglesias que le llamaban a su pastorado, y muchas las universidades que le ofrecieron alguna de sus cátedras. Pero nuestro biografiado declinó todos estos nombramientos. Por fin, en el mes de septiembre del año 1851, Broadus aceptó la plaza de catedrático auxiliar de lenguas antiguas en la Universidad de Virginia, así como el pastorado de la iglesia bautista de Charlottesville, que por la misma fecha le fué ofrecido por la unanimidad de votos de sus miembros. De esta manera podía efectuar ambos trabajos, enseñando y predicando, ya que la universidad y Charlottesville se encontraban muy cerca una de la otra. "El Dr. Broadus era ahora pastor de la iglesia a la cual no había querido servir cuando era estudiante, y se hallaba de profesor en la gran universidad de entre cuyas paredes hacía tan poco tiempo que había salido."

Por espacio de ocho años estuvo el Dr. Broadus desempeñando estos dos importantes puestos, trabajando con gran entusiasmo y eficiencia, progresando en habilidad, y haciendo que su renombre fuera mayor cada día y sus labores fueran profundamente intensas. Cada momento aumentaba el número de las iglesias que querían que él fuese a celebrar cultos especiales en ellas, o a que les pronunciara conferencias sobre asuntos vitales y predeterminados; y no eran pocas las universidades y escuelas de enseñanza superior que le llamaban a que pronunciara discursos, de distintas clases, en ellas. A todo esto, uníase el trabajo literario que realizaba, escribiendo para varias revistas y perió-

dicos denominacionales, preparando el material para los libros que en el futuro había de producir. Pero nuestro ilustre biografiado parecía incansable y a todo daba atención, no obstante que por dos o tres ocasiones su salud decayó mucho. Durante este largo intervalo de tiempo, le fueron ofrecidas al Dr. Broadus varias plazas en importantes universidades, así como el pastorado de algunas de las más renombradas iglesias del sur; pero él no aceptó ninguno de estos puestos, deseando continuar sus labores con su buena iglesia de Charlottesville.

En mayo de 1858 se reunió en Louisville la Convención Bautista, acordando crear un seminario teológico en el sur; y nombró un comité gestor al efecto, compuesto por las siguientes personas: J. P. Boyce, Juan A. Broadus, Basilio Manly, hijo, E. T. Winkler y Guillermo Williams. Este comité había de rendir su informe en la próxima sesión de la Convención, teniendo así un año para llenar su cometido; y como veremos más adelante, cumplió debidamente con el encargo que se le había dado.

Después de unos días de enfermedad, la buena esposa del Dr. Broadus falleció en su hogar, el día 21 de octubre de 1857. "El domingo anterior el Sr. Broadus había predicado sobre las palabras "preciosas y muy grandes promesas" (2 Ped. 1:4). También había predicado anteriormente acerca del hábito de la acción de gracias. El domingo siguiente de la muerte de su esposa, se encontraba postrado a causa del sufrimiento, cuando uno de los hermanos vino a consolarlo, con este mensaje: "En todo dad gracias." Cuando Broadus le dijo a su esposa que estaba para morir, ésta le contestó: "Bueno, dime algo de Jesús". Esta compañera fiel sólo tenía 26 años cuando falleció, y dejó tres huérfanos.

En mayo del año siguiente Broadus asistió a la Convención que se celebró en Greenville, Carolina del Sur. Esta Convención estableció formalmente esa magnífica institución que tanto bien ha hecho, y de la que han salido tantos ministros eminentes, para esparcirse por la faz de la tierra, predicando la palabra de Vida, el Seminario Teológico Bautista del Sur; siendo nombrados como sus profesores, las siguientes personas; J. P. Boyce, J. A. Broadus, Basilio Manly, hijo, y E. T. Winkler. Nuestro biografiado declinó este puesto de tanto honor y de tanta responsabilidad, no deseando abandonar su buena iglesia de Charlottesville.

Para muchas personas, y aun para sus propios amigos, era incomprensible que Broadus no hubiese aceptado ese puesto de profesor en el seminario próximo a crearse, dado que esa posición era de real importancia, por la hermosa oportunidad que ofrecía y por el honor que arrojaba sobre los distinguidos maestros de la institución que en el futuro había de ser tan distinguida. Pero nuestro biografiado amaba mucho su trabajo pastoral, y sentía el tener que abandonar a su congregación. Sin embargo,

sus amigos y familiares seguían insistiendo en que debía aceptar puesto de tal importancia.

El día 4 de enero de 1859 nuestro Doctor contrajo segundas nupcias con la Srta. Carlota Eleonora Sinclair, joven admirablemente educada, que trajo la felicidad a su hogar, y estuvo siempre dispuesta a cooperar con su esposo, hasta donde le era posible, en las grandes labores en que se ocupaba.

Sus amigos y familiares continuaban insistiendo en que aceptara el nombramiento de profesor en el seminario, y al efecto era enorme el número de cartas que le escribían. Y tanto exhortaron, y aconsejaron, que por fin Broadus, al contestar al Dr. Boyce que en el mismo sentido le había escrito, aceptó dicho nombramiento, con fecha 21 de abril de 1859. Así entró nuestro ilustre biografiado a la obra que había de ocuparlo durante todo el resto de su vida, esa obra tan eficiente que de manera admirable efectuó por espacio de treinta y seis años, durante los cuales ejerció una tremenda influencia sobre los centenares de estudiantes que a sus pies se preparaban dignamente para enfrentarse con un mundo de pecado, a predicarle la salvación por medio de la sangre de Cristo. Con su ingreso en la facultad del seminario, comienza la fase más activa, más brillante, más fructífera de la vida de ese gran hombre que se llama Juan Alberto Broadus, de ese gran hombre que fué uno de los teólogos más eminentes del Sur

de los Estados Unidos. Su cátedra fué la de Homilética e Interpretación Bíblica.

Siendo este seminario una institución nueva, fué necesario hacer una intensa propaganda a su favor, a fin de adquirir alumnos, y de destruír los prejuicios que existían en algunas partes en contra de planteles de esta naturaleza. A este trabajo, tan ímprobo, tan difícil, tan desagradable, dedicó Broadus una gran parte de su tiempo, ya escribiendo, ya viajando por los estados del Sur. En esta obra nuestro biografiado recibió la cooperación de todos los otros profesores; pero es justo decir que una gran parte del éxito obtenido en estos primeros años de la vida del seminario, se debió al profesor de Homilética. Por esta época Broadus era uno de los oradores religiosos más elocuentes de su país, uno de los hombres de quien más se hablaba, y a quien continuamente se estaba solicitando para los puestos más honoríficos; y toda esta elocuencia, toda esta influencia, la usó para el progreso de la institución a que se había decidido a servir con todas sus energías y entusiasmos. Es por esto que puede decirse, sin temor a equivocación, que el nombre de Broadus va indisolublemente unido al del Seminario Teológico Bautista del Sur, de manera que es imposible hablar del seminario, sin recordar el nombre de J. A. Broadus; porque una gran parte de lo que es ese seminario, lo debe a los esfuerzos y a los trabajos de este gran hombre.

Los dos años que mediaron entre la apertura del seminario y la guerra de secesión, fueron años muy difíciles para esta institución, por las razones que arriba hemos apuntado, a saber: los prejuicios existentes en muchos lugares del sur contra los seminarios, y la necesidad de procurarle vida a esta institución, que comenzaba sin propiedades, sin fondos de reserva y sin alumnos suficientes para pagar los gastos de tal plantel. Pero todos los catedráticos se pusieron a la obra, con especialidad Broadus, tratando de ganar simpatías y obtener donaciones para el seminario. Por eso los vemos, durante estos años, viajando continuamente, hablando en público sin cesar, escribiendo sin interrupción, hasta que a principios del año 1861 el horizonte del seminario se presentaba más despejado, siendo muy fundadas las esperanzas que se tenían del éxito de esa institución.

Pero cuando más halagüeñas eran estas esperanzas de éxito, surgió la terrible guerra, que paralizó todas las actividades, que suspendió todas las operaciones, que trajo la inseguridad, la inquietud en todas las cosas. Y naturalmente, el seminario sufrió terriblemente a consecuencia de este estado de cosas. Por algún tiempo trataron sus amigos de sostenerlo abierto, en actividad de enseñanza; pero el hecho de que los estudiantes de teología no eran exceptuados de la obligación de tomar las armas, hizo necesario clausurarlo. En consecuencia, en el otoño del año 1862, el Seminario Teológico Bautista

del Sur cerró sus puertas, por encontrarse sus aulas completamente vacías, y no haber esperanza de llenarlas en el inmediato futuro.

Como es natural, habiendo cerrado el seminario sus puertas, los profesores que ocupaban sus cátedras, tuvieron que buscar otras ocupaciones en que pudieran ganar el sustento. En noviembre Broadus fué nombrado pastor de las iglesias de Cedar Grove y Williamston, al mismo tiempo que predicaba como sustituto en otras iglesias. Por esta época nuestro ilustre biografiado se encontraba activamente ocupado en la preparación de su "Comentario sobre Mateo". Desempeñó también, por espacio de unos meses, el puesto de capellán en el ejército del Gen. Lee, ganándose la simpatía y la confianza de soldados y oficiales. En 1864 era pastor de cuatro iglesias a la vez; y desde 1863 a 1866 ocupó el puesto de Secretario Corresponsal de la Junta de Escuelas Dominicales de la Convención Bautista del Sur, Junta que debió su creación a las gestiones de Broadus y del Dr. Manly. Aunque entonces esta Junta no hacía, ni con mucho, la labor que efectúa en la actualidad, no dejaba de realizar algún trabajo, en lo que respecta a la publicación de folletos y periódicos. Es admirable, por tanto, el cúmulo de obligaciones que pesaban sobre el Dr. Broadus, y el enorme trabajo que tenía que realizar para cumplir con estas obligaciones.

A la terminación de la guerra, el horizonte del seminario se presentaba más negro que

nunca; llegando todos a pensar que sería imposible volver a abrir sus puertas, ni sostenerse. Sin embargo, en la reunión que para tratar sobre el particular tuvieron los profesores, después de haber estudiado el asunto bajo todos sus aspectos, el Dr. Broadus dijo a sus compañeros: "Supongamos que tranquilamente decidamos que el seminario muera, pero que nosotros muramos antes". Y los cuatro profesores llegaron a esta decisión, de morir antes de que el seminario muriese. En consecuencia, las puertas del seminario fueron abiertas nuevamente el día 1 de noviembre de ese mismo año (1865), contando solamente con siete estudiantes. A este respecto dice el Dr. Robertson: "En Homilética el Dr. Broadus sólo tenía un estudiante, y era ciego. Pero era muy natural del Dr. Broadus el dar a este estudiante la mejor enseñanza posible. La cuidadosa preparación de un curso de estudio para este estudiante ciego, le llevó a escribir 'La Preparación y Predicación del Sermón'."

El resto de su vida, hasta el momento de su muerte, fué tremendamente atareada. Sus viajes continuos, en demanda de contribuciones para el seminario, o para pronunciar conferencias y discursos en los principales planteles de instrucción, entre ellos los más afamados seminarios; sus predicaciones en gran número de iglesias que le invitaban al efecto; sus numerosos artículos para los distintos periódicos; sus trabajos literarios, en la preparación de libros y folletos; sus labores en el seminario; la copiosa correspondencia a que tenía que atender—todo ello apenas si le permitían ni aun el descanso natural. Sin embargo, Broadus efectuaba todo este enorme trabajo, lo efectuó por espacio de largos años, no obstante que su salud no era todo lo buena que hubiera sido de desear, en realidad, es casi incomprensible cómo un sólo hombre, máxime si no disfrutaba de la mejor salud, pudo hacer todo el enorme trabajo que llevó a cabo Broadus.

En 1889, a la muerte del Dr. Boyce, el Dr. Broadus fué electo para sustituírlo en la presidencia del seminario, cuyo importante puesto desempeñó por espacio de seis años, hasta el día de su muerte, con el beneplácito de todos, demostrando sus grandes dotes. Por esta época las iglesias más afamadas de la Unión, tanto del Sur como del Norte, le llamaban, unas suplicándole que aceptara su pastorado, y otras pidiéndole que viniera a predicar en ellas; los grandes seminarios y las universidades, continuamente le invitaban a hablar en sus aulas; era obligado conferencista en los institutos bíblicos de verano—de todas partes era llamado. Por todo ello puede decirse que Juan A. Broadus fué, durante los últimos veinte años de su vida, uno de los hombres más eminentes en el mundo evangélico de los Estados Unidos. Muy pocos tenían los conocimientos personales que él tenía en el seno de las iglesias y seminarios y universidades; muy pocos ejercieron una influencia tan grande y tan benéfica como él, sobre to-

do en el campo comprendido por la Convención Bautista del Sur.

Como predicador, el Dr. Broadus brilló desde el primer momento, llegando a ser una de las figuras más prominentes del púlpito americano, de ese púlpito que tantos predicadores eminentes ha producido. Una demostración de lo que hemos dicho la encontramos en el hecho de que las más afamadas iglesias le suplicaran que ocupara su púlpito. El Dr. Wilkinson ha dicho que si Broadus se hubiera dedicado con el mismo exclusivismo que el Dr. MacLaren, a la predicación, hubiera llegado a ser un predicador más eminente que el famoso escocés. Y esto, tratándose de MacLaren, que fué uno de los predicadores más célebres de su día.

Que nuestro biografiado fué un escritor profundo y prolífico, lo prueban sus diversas obras. Su "Comentario sobre Mateo", obra en 8o. mayor, con 600 páginas en tipo de 8 puntos, es uno de los mejores comentarios que, sobre el primer Evangelio, existen en el idioma Inglés, no obstante lo rico que es el referido idioma en obras de esta naturaleza. Su libro "La Preparación y Predicación del Sermón" es una magnífica obra sobre Homilética, en la que une a la sencillez del estilo, la profundidad del pensamiento. Esta obra adquirió una fama tal, que ha pasado por varias ediciones en los Estados Unidos y en Inglaterra, ha sido traducida a varios idiomas (está para publicarse en Español por la Casa Bautista de Publicaciones de El Paso,

Texas), y es usado, como libro de texto, en multitud de seminarios teológicos, entre los que se cuentan muchos que no pertenecen a nuestra denominación. Además, publicó las siguientes obras: "Una Historia de la Predicación"; "Armonía de los Evangelios"; "Sermones y Conferencias"; "Memoria de J. P. Boyce"; "Jesús de Nazaret"; y un gran número de tratados de menor tamaño, como "Tres Cuestiones con Respecto a la Biblia", "Autoridad de la Biblia", "El Bautismo Cristiano", "Catecismo Bautista", etc. A todo esto hay que agregar el número casi infinito de artículos, científicos y religiosos, que publicó en distintas revistas de su país y del extranjero.

También dedicó Broadus mucho tiempo al trabajo en el Comité nombrado al efecto, en la revisión de la Biblia, trabajo por el cual fué calurosamente felicitado muchas veces, y en el que era una garantía de la corrección de esa revisión.

Y un hombre que había comenzado su carrera ministerial enseñando una clase de Escuela Dominical, no podía dejar de sentir gran simpatía por esta institución, que tanto ayuda a la labor de las iglesias y que tanto beneficio ha producido en el mundo. Y su simpatía se demostró en obras. A este respecto dice el Dr. Spilman, de la Junta de Escuelas Dominicales: "El Dr. Juan A. Broadus, profesor del Seminario Teológico Bautista del Sur, fué electo miembro del Comité (de lecciones internacionales) en

1878 y a él prestó sus servicios hasta su muerte. Desde el mismo comienzo, su sola presencia sirvió de ayuda y de estímulo. El informe del Comité de Lecciones, presentado en 1896, dice con respecto a la obra que efectuó: 'El amable y cariñoso Dr. Juan A. Broadus ya no existe... Por cerca de diez y siete años trabajó a nuestro lado, de una manera tan modesta, que nos dió a todos la convicción de que éramos hermanos, y de una manera tan grande que nos hizo reconocer que era 'un príncipe y un gran hombre en Israel'." El Comité Internacional de Lecciones jamás ha tenido un mejor amigo que él. Era un sabio de los de primer orden, y jamás tuvo dificultad alguna en preparar lo necesario para la escuela dominical ordinaria. Habiendo sido la mayor parte de su vida maestro en un seminario teológico, y en momentos de su muerte presidente de una institución a la cual asistía el mayor número de estudiantes de teología que jamás haya asistido a seminario teológico alguno en el mundo, no tenía, sin embargo, la idea de que la escuela dominical ordinaria pudiese convertirse en un seminario teológico. Poseyendo un gran ideal con respecto a lo que un estudiante de la Biblia debía ser, tuvo la suficiente sabiduría para preparar para la escuela dominical el trabajo que ésta podía hacer.

El Dr. Juan Alberto Broadus, el hombre eminente en todos sentidos, el sabio profundo, el predicador elocuente, el escritor prolífico, el profesor hábil, el hombre que dedicó sus ener-

gías a toda causa noble, falleció el sábado 16 de marzo de 1895, dejando trás de sí una estela de luz y bendición. Por lo que fué y por lo que hizo, su nombre aparece, escrito en letras brillantes, en la historia de la denominación bautista, y su recuerdo perdurará, por años y años, en la mente y en el corazón de millares de millares de cristianos.

El día de su muerte uno de los periódicos de mayor importancia de la ciudad de Louisville (donde falleció), escribió lo siguiente: "El Dr. Broadus, el primer ciudadano de Louisville, ha pasado de entre nosotros. Por su mente y por su carácter, fué la principal influencia personal de esta comunidad". Y otro periódico, de no menor importancia, dijo también: "No existe hombre alguno en los Estados Unidos, cuya muerte pudiera ocasionar una tristeza más general que la que ha causado la muerte del Dr. Broadus".

Juan A. Broadus falleció; hace ya muchos años que se separó de entre los humanos, habiendo terminado su labor, para ir a estar con el Señor, lo que es mucho mejor. Su cuerpo material ya no existe para sus familiares y amigos, y discípulos; pero, en Asia, en Africa, en Europa, en América....en todo el ancho mundo, en muchos colegios y seminarios, y en multitud de púlpitos, su grandísima influencia perdura y se hace sentir, para bien y mejoramiento de los individuos. Como todos los hombres verdaderamente grandes, él no ha muerto, sino que vive

en sus obras, vive en el recuerdo de los que a sus pies han estudiado, vive en las brillantes e imperecederas páginas de la Historia.

XXI

JOSE VICTORIANO de la COVA

El eficiente y consagrado hermano J. V. de la Cova vió la luz primera en la ciudad de la Habana, Cuba, el día 23 de marzo del año 1855. Sus padres, según los pocos datos que hemos podido obtener, disfrutaban de una posición desahogada, y dieron a su bien amado hijo una ligera instrucción y una esmerada educación, preparándolo así sólidamente, aunque de manera inconsciente, para la obra a que más adelante había de dedicar su vida y en la cual había de sobresalir, tanto por su eficiencia cuanto por su consagración al Maestro.

Muy joven aún se trasladó con sus padres a la vecina villa de Guanabacoa, donde comenzó a ejercer el magisterio, profesión para la cual parecía tener una vocación especial. En Guanabacoa se casó a los veintiún años con la Srita. Andrea Pérez, que fué su compañera fiel, su dulce amiga, una verdadera bendición del cielo para él, hasta el año 1916 en que esta noble cristiana durmió dulcemente en los brazos de su Señor en la Habana. El que esto escribe oyó decir muchas veces al hermano Cova que Dios le había bendecido grandemente al otorgarle una compañera tan cristiana, tan tierna y con-

secuente como lo había sido la que cariñosamente llamábamos Andreita.

Por la época de su matrimonio, o quizás antes, Cova ingresó en una logia masónica en Guanabacoa, y en ella conoció a un ministro episcopal de apellido Báez, con quien llegó a tener una estrecha amistad. El Sr. Báez le habló a menudo del plan de la salvación y de la iglesia episcopal de que él era ministro, y por su instrumentalidad fué convertido nuestro biografiado, ingresando en la mencionada iglesia episcopal. Por este tiempo en posesión ya del título de Bachiller en Artes y en Ciencias, pensó nuestro biografiado dedicarse a la carrera de leyes, estudiando al efecto por algún tiempo; pero habiendo perdido al autor de sus días, tuvo que abandonarle y dedicarse nuevamente al magisterio, a la vez que era lector en la iglesia episcopal. Un obispo de esta iglesia, cuyo nombre lamentamos no conocer, dándose cabal cuenta de las magníficas dotes intelectuales y morales que adornaban al joven Cova, así como de la sinceridad de su profesión religiosa, comenzó a darle la instrucción preparatoria necesaria para el ingreso en el ministerio de su iglesia. Enseñando en su escuela y estudiando en sus momentos de descanso, pasó algún tiempo, hasta que, habiendo conocido los principios característicos de la denominación bautista se convenció, por el estudio de la Palabra de Dios, de que estos principios eran los bíblicos y que la iglesia episcopal no era a la que debía pertenecer. Al efecto fué sumergido con Cristo en el bautismo, uniéndose a la iglesia bautista "Getsemaní" de la Habana, de la que era pastor el Dr. Alberto J. Díaz, por el año 1885. En esta iglesia prestó muy buenos servicios, en unión de varios hermanos, entre los que hay que contar en primer término a los queridos hermanos G. de Cárdenas y Miguel M. Calejo, trabajando activamente en la propagación del evangelio. Por esta causa tuvieron que sufrir persecuciones religiosas, dado que en Cuba entonces no había libertad de cultos, y el gobierno colonial trataba de impedir, con mano de hierro, todas aquellas propagandas que consideraba con tendencias libertarias.

Pocos meses después marchó a los Estados Unidos, donde terminó en 1889 sus estudios teológicos, en Portland, Me., siendo ordenado regularmente al ministerio bautista en el citado año.

A su regreso de los Estados Unidos se hizo cargo del pastorado de la iglesia bautista del Pilar (Habana). Trabajó también en el Cerro (Habana), donde organizó una iglesia, de la que fué pastor hasta el año 1896, en que por causa de las condiciones políticas reinantes en el país con motivo de la guerra de Independencia que había comenzado el 24 de febrero del año anterior, pasó a la ciudad de Tampa, Fla., E. U. A. En esta ciudad organizó una iglesia bautista cubana, al frente de la cual estuvo hasta el año 1899. En el pastorado de esta

iglesia ejerció una gran influencia entre los cubanos emigrados, o expedicionarios, y en unión de los ya mencionados hermanos G. de Cárdenas y M. M. Calejo, fué de gran auxilio a los referidos emigrados, que encontraban en él al hermano, al consejero, dispuesto siempre a ministrar a sus necesidades físicas o espirituales.

Al regresar de Tampa, en 1899, fué comisionado por la Junta de Misiones Domésticas de la Convención del Sur, para abrir trabajo en la populosa ciudad de Matanzas a la que por su gran cultura se llama generalmente "la Atenas Cubana." En esta ciudad pronto fué conocido y estimado el hermano Cova, logrando al poco tiempo organizar una iglesia (que hoy es una de las más florecientes y vigorosas de Cuba) que le nombró su pastor y en la cual supo ganarse el cariño y respeto de todos. En ese importante cargo estuvo hasta el año 1916 en que, por causa de una peligrosa enfermedad en la laringe, tuvo que renunciar a su pastorado para trasladarse a la Habana, a fin de ponerse en manos de hábiles especialistas en enfermedades de la garganta.

El Sr. Cova fué Secretario de la Convención Bautista de Cuba Occidental desde la organización de esta corporación hasta el año 1919. En el desempeño de este espinoso y delicado puesto rindió magníficos servicios a la mencionada Convención. También fué nuestro biografiado Director de "Sión" desde la fecha en que este periódico vió la luz primera en 1905, hasta que en

1914 esta publicación se fusionó con "El Mensajero," de Camagüey, Cuba. Como resultado de esta fusión nació "El Bautista," como órgano de las dos convenciones Bautistas de Cuba, asumiendo el Sr. Cova, a solicitud de ambas convenciones, la dirección de esta nueva revista, de la que, con constancia y eficiencia hizo una de las mejores publicaciones religiosas latino-americanas.

La vida de J. V. Cova puede estudiarse bajo un cuádruple aspecto: 1. como cristiano; 2. como pastor evangélico; 3. como escritor; y 4. como predicador, pues en todos esos aspectos sobresalió grandemente.

1. Como **cristiano.** El querido hermano J. V. Cova era un cristiano ejemplar. La vida del cristiano fiel debe resplandecer en toda virtud: en él las prácticas exteriores deben estar en perfecta armonía con los sentimientos del corazón, como que aquéllos son, o deben ser productos de éstos. Y esos sentimientos son el resultado de su abdicación, de la rendición de su voluntad a Cristo. Como dice la Princesa de Sayn Wittgestein: "Ante la presencia de Dios todos nuestros deberes se resumen en estas palabras: abdicación de uno mismo." Y esta abdicación, esta rendición de la vida a Cristo, la había efectuado el Sr. Cova, profunda, completamente. Su mente estaba siempre ocupada en el estudio y meditación de las más hondas cuestiones espirituales; sus autores favoritos eran aquellos que más y mejor trataban esas cuestiones espiritua-

les, y en los últimos años, sus sermones eran reflejos de los asuntos que estudiaba. Y sus actos, su vida diaria, estaban de acuerdo con las doctrinas novotestamentarias en cuanto a la consagración, a la abdicación de la vida, haciendo de él lo que arriba hemos dicho que era un cristiano ejemplar. En este respecto el Sr. Cova fué siempre un buen consejero como lo testimonían tantas y tantas personas que tan a menudo iban a él en súplica de que las guiara, las aconsejara, en cuestiones espirituales.

2. Como **pastor evangélico.** Entre las buenas aptitudes del Sr. Cova, no es posible que olvidemos la que le hacía un excelente pastor evangélico. Culto, de ameno trato, de esmerada educación, de carácter apacible y dulce, y sintiendo en su corazón amor hacia su Salvador y sus semejantes, no podía por menos que ser un buen pastor. Aun existen personas que hace treinta o treinta y cinco años que tuvieron a Cova como pastor; nosotros hemos conocido a algunas de esas personas y nos hemos convencido de la estimación en que tenían a su antiguo pastor. Nuestro biografiado no sólo tenía grandes conocimientos para ser un buen pastor, sino lo que es más y mejor, sus sentimientos le capacitaban de manera especial para el desempeño de esa sagrada misión.

3. En Cuba y en muchos lugares del extranjero, el nombre de J. V. Cova era conocido como el de un **escritor fácil, atildado, profundo.** Sus artículos religiosos y científicos han sido muchos y muy buenos y han tenido un número inmenso de lectores, pues era constante y apreciado colaborador de muchas revistas de Cuba y del extranjero. En sus controversias religiosas siempre escribió con mesura y respeto hacia sus contrincantes, demostrando grandes conocimientos generales. Siempre dejó bien plantado el pabellón que defendía. Y lo que no siempre sucede, en sus escritos se hermanaban perfectamente la belleza de la forma con la profundidad del pensamiento, lo que hacía que su péñola, a la vez que galana, fuera enseñadora.

Además, la pluma de nuestro biografiado fué muy prolífica. A sus múltiples escritos periodísticos hay que agregar los libros y folletos que dió a la estampa. Entre éstos se cuentan "El Catecismo Bautista," traducción de la obra original de Broadus; "El Romanismo en Italia," "Un Reprobado y Otros Sermones," ambas obras traducidas del inglés y magníficas por más de un concepto; "Lo que valen y significan los Principios Bautistas," excelente folleto en que, de manera magistral acaba, expone y defiende las doctrinas propias de la gran denominación a que perteneció; y otros muchos trabajos, traducidos y originales, que reunidos formarían varios volúmenes.

4. Como **predicador.** En el servicio fúnebre que se celebró en la iglesia de la Habana pocos momentos antes de ser conducido el cadáver del Sr. J. V. Cova al cementerio, uno de los oradores, persona muy autorizada, dijo refiriéndose

a nuestro biografiado: "Fué el príncipe de los predicadores de Cuba, así como Spurgeon lo fué del mundo." En realidad, Cová fué el mejor de los predicadores que han subido al púlpito evangélico en Cuba. Reunía las condiciones que caracterizan al buen orador religioso. De voz agradable, de presencia respetable, de gran corazón, de palabra fácil y atinada, con su acción reposada, con una inquebrantable fe en la verdad que predicaba y un profundo amor hacia las almas perdidas, sus sermones eran lo que, según Kennard, deben ser los sermones—"la verdad más el hombre"—haciendo de él, verdaderamente, un maestro de la palabra.

El Rev. J. V. Cova durmió en el Señor a las dos de la madrugada del 18 de abril de 1919, a los sesenta y cuatro años de edad y más de cuarenta de servicio fiel a su Maestro, dejando un vacío difícil de llenar en la obra de Cuba y un gran dolor en el corazón de sus hermanos. Entre las múltiples coronas que se ofrendaron, había una de la Junta de Misiones, cuya dedicatoria era una fiel exponente de la estimación en que dicha Junta tenía al desaparecido, así como de las relaciones de éste para con su Señor.—En hermosa cinta, entretejida en perfumadas flores, decía así: **"AL SIERVO FIEL."**

Sí, el lamentado hermano J. V. Cova fué un siervo fiel del Divino Maestro, y como tal ha entrado en el gozo de su Señor. La obra que realizó en ese servicio fué noble y grande, habiendo desempeñado un papel importante en la

obra bautista de Cuba, y por eso, por su larga y consagrada labor, merece un puesto importante en esta galería de Efigies Bautistas, donde nuestro cariño, de antemano, le había asignado un lugar.

XXII

TEOFILO BAROCIO

La obra misionera que los bautistas realizan en los países hispano-americanos, es una obra relativamente nueva; y no obstante el poco tiempo que hace se viene efectuando, ella ha progresado grandemente, con la protección de Aquel cuya obra es. En efecto, cuando se tienen en cuenta todos los obstáculos que a su paso ha encontrado esa obra; cómo ha tenido que luchar contra la glacial indiferencia, que ha sido el resultado natural de la labor del Romanismo; cómo ha sido necesario desvirtuar tremendos e infundados prejuicios; cómo ha tenido que librar recia batalla contra la ignorancia y la superstición—cuando se tiene todo esto en cuenta y se recuerda el poco tiempo que hace se viene realizando esa obra evangélica, no podemos por menos que reconocer que Dios nos ha bendecido grandemente, permitiéndonos hacer aquello que hubiera sido imposible hacer, de haber contado solamente con los pobres humanos, poderes que, por ser humanos, son muy limitados. Y una demostración de lo que ha valido y significado esa obra evangélica en los países hispano-americanos, la tenemos en el número y en la calidad

de los hombres que a ella han dedicado sus vidas, después de haber sido convertidos en sus respectivos países. En México, en Cuba, en las Repúblicas del Centro y Sur América, la obra hoy se va realizando por hombres, de intelectualidad y consagración de vida, que habiendo sido convertidos en sus respectivos países, han tenido luego como el más grande privilegio, como el honor más conspicuo, el dedicarse a la obra de la predicación del Evangelio, a esa obra digna de ser hecha por ángeles más bien que por manos de hombres.

Y el estudio de la vida de esos hombres, tan denodados y de tanta consagración es muy agradable e instructiva. ¡Ojalá llegue pronto el día en que, alguna pluma mejor cortada que la nuestra, en posesión de los datos necesarios, pueda escribir un libro de efigies de bautistas hispano-americanos, para enriquecer nuestra literatura española, y para que la labor persistente, decidida, paciente, consagrada, de esas personalidades, sirva de ejemplo y estímulo a tantos y tantos como necesitan estímulo y ejemplo! Mientras llega ese día feliz, nosotros honramos las páginas de esta humilde labor de nuestras manos, presentando la "efigie" de Teófilo Barocio, quien por su dedicación de vida al servicio del Maestro, por su brillante inteligencia, por su grande elocuencia, por lo intenso de la labor que realizó, merece un puesto prominente en estas páginas.

Teófilo Barocio nació en la ciudad de Monte-

morelos, N. L., México, el día 8 de enero de 1867, siendo sus padres Rafael Barocio y Andrea Ondarza, cristianos fieles que fueron de los primeros en conocer y aceptar las doctrinas novotestamentarias, en el mismo génesis de la obra bautista en México. Los padres de Teófilo eran de esos cristianos que en cada acto de sus vidas ponen de manifiesto el valor y potencialidad de sus creencias, haciendo que, entre esas creencias y esos actos, hubiese tal correspondencia y armonía, que los hombres no pudieran por menos que reconocer que los unos son el natural y legítimo producto de las otras. Y por eso, en su hogar vivían una vida tan devota, tan cristiana, que tenían el buen testimonio de los de adentro y "los de afuera". En esa atmósfera saturada de piedad, en ese medio ambiente tan propicio, fué desarrollado Teófilo, "aprendiendo desde niño las Escrituras", y moldeándose de tal manera su corazón, que en él tuvieron efectividad las sabias palabras de Salomón: "Enseña al niño en su camino, y llegará a viejo sin apartarse de él".

Desde el mismo momento en que aprendió a leer, nuestro biografiado encontraba gran complacencia en la lectura de las Escrituras y de ese pequeño libro de textos bíblicos que se llama "El Maná Diario." Era, además concurrente asiduo a la escuela dominical. De esta manera fué preparándose moral y espiritualmente, en su infancia, para ser lo que luego llegó a ser.

Así fué creciendo, en estatura y en inteligencia, hasta los veinte años. Estaba convencido de la inspiración de las Escrituras, y de que las doctrinas evangélicas eran las bíblicas, en contraposición con las doctrinas del Catolicismo Romano; pero aun no se había convertido. "Fué en su décimo segundo natalicio cuando, junto al llamamiento de ir a él, sintió la vocación, fuerte e imperativa, de rendirse a Cristo".

El Sr. Frank Marrs, que le conoció íntimamente, escribió en "El Bautista", de León, Gto., con respecto a esta época de la vida de nuestro ilustre biografiado: "Por semanas y semanas su alma estuvo en agonía y en sufrimiento y conflicto, entre Cristo y la paz que da, por un lado, y Satanás y el mundo por otro lado. Al asistir a los cultos, cada sermón predicado y cada invitación del ministro, hacían palpitar su corazón, como diciéndole: **'son para ti'**. Por ese tiempo leía un libro, 'El Camino de la Vida', que le ayudó eficazmente a tomar su última decisión. En este mismo año (1887) y en el mes de abril, la Asociación de Nuevo León se reunió en Montemorelos, y después del sermón del sábado en la noche, salió solo, ya determinado, como Jacob en el arroyo de Jaboc, a fijar y acabar con su batalla espiritual."

Habiéndose entregado a Cristo, aceptándole como Señor y Salvador, Teófilo se dispuso a obedecerle en "todo lo que había mandado"; y al efecto, fué "sumergido con Cristo a la muerte por el bautismo", siendo el Rev. Tomás M.

Westrup el que tuvo el gozo de bautizarlo, el día 18 de abril del año 1887.

Poco después se dirigió nuestro biografiado a la ciudad de México, con el propósito de prepararse para su ingreso en el trabajo activo del ministerio. Allí le fué ofrecido por el Dr. Steelman (entonces representante en México de la Junta de Misiones Internas de Nueva York) el entrar en el trabajo de las oficinas de "La Luz", periódico bautista que hacía poco se había comenzado a publicar. Aceptó este puesto, a la vez que ayudaba a su hermano Elías en el comercio.

El día 31 de agosto del siguiente año nuestro hermano contrajo matrimonio con la Srta. Lucía Barrios y Heath, hija del Coronel Ignacio Barrios. Barocio jamás tuvo motivos para sentir haber unido su vida con esta buena hermana que siempre, y en todas las circunstancias, fué para él "ayuda idónea"—la compañera fiel y amante, abnegada y paciente, que de manera tan digna y apropiada le ayudó en sus difíciles labores. El Sr. Barocio recibió, en su matrimonio, siete bendiciones en forma de hijos, habiendo tenido el regocijo inmenso, antes de su muerte, de haber bautizado a tres de ellos, en profesión de fe.

Habiendo demostrado que sentía el llamamiento para el ministerio, el Sr. Barocio fué licenciado por la iglesia bautista de Montemorelos, el 22 de noviembre de 1888, para predicar el Evangelio, desde cuya fecha predicó activamente, en su carácter de licenciado, hasta que seis años después (28 de diciembre de 1894) fué ordenado regularmente. En su ordenación estuvieron presentes representantes de las iglesias de México, Puebla, Aguascalientes y Toluca. El concilio ordenador fué formado por los hermanos F. P. Stephenson (Secretario), W. H. Sloan, A. B. Howell, W. D. Powell, W. T. Green (vocales), y el Dr. Henry Morehouse, Secretario Corresponsal de la Junta de Misiones Domésticas de Nueva York, que fué elegido presidente del concilio.

Después de su ordenación el Pbro. Barocio estuvo trabajando activa y eficientemente, por espacio de seis años, en la ciudad de México, de cuyo lugar fué trasladado a San Luis Potosí. En este último lugar efectuó un magnífico trabajo, con la simpatía y el beneplácito de todos, hasta que, a la terminación de la guerra entre España y Estados Unidos, fué enviado a Cuba. Nosotros le conocimos personalmente cuando estaba de pastor de la iglesia de Santiago de Cuba, Ote., y en muchas ocasiones tuvimos el privilegio de oírle predicar; y sabemos cuán estimado era por todos los elementos cubanos, por su carácter franco, por su cultura, y por su bondad. "Los hermanos Barocio y H. R. Moseley, juntos, hicieron un grande trabajo en esa parte de la Isla, organizando varias iglesias. El Sr. Barocio tuvo el privilegio de bautizar a 234 personas durante su estancia en la Capital de Oriente, en Cuba". Como la venida del Sr.

Barocio a Cuba fué poco después de haber evacuado los españoles la Isla, la obra evangélica era completamente desconocida en aquella parte de Cuba a que él fué a trabajar; y por ese motivo fué de los primeros en hacer obra en "la perla de las Antillas," fué de los que tuvieron que "abrir el surco a fuerza de azada", como se ha dicho.

Después de unos años de constante y magnífica labor en Cuba, donde su nombre aun hoy es recordado con cariño, nuestro biografiado regresó a su patria, haciéndose cargo del pastorado de la iglesia bautista de la ciudad de México, en cuyo importante puesto permaneció hasta el día de su sentido fallecimiento, haciendo que la iglesia a su cargo desarrollara cada día más todas sus actividades.

El Pbro. Teófilo Barocio se hizo notar grandemente por varios conceptos en su labor evangélica, aspectos bajo los cuales es necesario que le estudiemos, si queremos comprender bien su atareado vida, y su grande personalidad.

1. **Como pastor.** Nosotros le conocimos cuando era pastor de Santiago de Cuba, y sabemos cuán eficiente era su labor pastoral. Nuestro ilustre biografiado reunía en su personalidad todas aquellas cualidades que hacen un buen pastor. Era incansable en su trabajo; sentía profunda simpatía hacia todos los concurrentes a sus servicios; amaba las almas inmortales de sus feligreses; estaba siempre dispuesto a dar un buen consejo y a auxiliar en sus

dificultades espirituales a todos los que componían su congregación. No solamente se ocupaba de atraer a su iglesia a muchas personas, sino que ponía especial cuidado en educarlas, en buscar su crecimiento en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Estudiante sistemático e incansable de las Sagradas Escrituras, tenía un gran conocimiento de ellas, y estaba siempre, como consecuencia, en condiciones de guiar a las ovejas de su rebaño a los verdes pastos donde pudieran alimentar sus espíritus. De él puede decirse, sin temor a equivocación, que tenía alma de pastor.

2. **Como predicador.** Teófilo Barocio, con su atrayente personalidad; con su clara inteligencia; con su viva imaginación; con su escogida dicción; con su verbo elocuente, a veces cálido y a veces reposado, era un gran orador religioso—un gran predicador que agradaba y conmovía a los que tenían el privilegio de escucharlo. Como nuestro gran Maestro, era muy amigo de usar anécdotas e ilustraciones, y de ellas hacía uso con grandísima efectividad haciendo que todas ellas arrojasen luz sobre las grandes verdades de las cuales hablaba. Generalmente predicaba sobre los textos más sencillos y comunes, pero se dejaba poseer de esos textos de tal manera que, al hablar, las palabras fluían elocuentemente de sus labios, con grandísima naturalidad, sin alardes vanos, pero cautivando siempre a sus auditorios.

3. **Como cristiano.** Sus creencias eran tan

profundas y bien cimentadas que se traslucían en cada acto de su vida, haciendo que ésta fuera un elocuente testimonio a favor de la gracia y del poder de ese Evangelio que "es poder de Dios para la salvación de todos los que creen". En medio de las dificultades más grandes, en la Palabra divinamente inspirada, encontraba siempre el aliento y la confortación. En una palabra: era un cristiano ejemplar, que sabía "en quien había creído", y que en ese conocimiento experimental vivía confiada y tranquilamente.

4. Además, nuestro biografiado fué un **escritor prolífico.** Además de multitud de escritos y notas de sermones, con las que enriqueció las páginas de distintos periódicos evangélicos, y no obstante lo atareada de su vida en el pastorado de importantes iglesias, Teófilo encontró tiempo suficiente para traducir varias importantes obras. Entre ellas pueden contarse las siguientes: "Breve Historia de los Bautistas", por Vedder: "La Cena Conmemorativa", por Frost, etc. Además colaboró en la formación de varios himnarios evangélicos, y en la magnífica "Concordancia de las Escrituras", obras todas que son justamente apreciadas y que son elocuente prueba de su gran mentalidad.

El Pbro. Teófilo Barocio falleció en la ciudad de México, D. F. el día 1 de febrero de 1912, a los cuarenta y cinco años de edad y más de veinte de activo trabajo pastoral. De su sentida muerte dijo un periódico de México, pocos días

después: "Antes de cerrar sus ojos a la luz pasajera de esta vida, tuvo una visión gloriosa de su destino final: 'Veo—dijo a su hermana—una multitud de ángeles que suben de la tierra y bajan del cielo, diciendo: ¡Teófilo Barocio! ¡Teófilo Barocio!' y parece que esta idea le impresionó vivamente, porque sus últimas palabras fueron; 'presente, presente', como si en el cielo se estuviera pasando lista de los redimidos de Jesús, entre los cuales se hallaba su lugar".

Así se separó de este mundo, para ir a vivir a otro mejor, ese campeón denodado del Evangelio, ese elocuente orador religioso, ese gran pastor, ese sincero cristiano, que se llamó Teófilo Barocio, y cuya memoria será recordada con cariño, por muy largos años, por todos aquellos a quienes llevó a los pies del Bendito Salvador, por todos aquellos a quienes ayudó a vivir una vida más intensamente espiritual, y cuando se escriba la historia de la obra bautista en los países hispano-americanos, el nombre de Teófilo Barocio ocupará un lugar prominente en ella por su grandísima personalidad y por la eficiente labor que realizó.

XXIII

JUAN S. CHEAVENS

Apenas habían transcurrido tres años de la terminación de la guerra civil de los Estados Unidos, que tantas lágrimas y tanta sangre costó al noble pueblo americano, cuando vino al mundo el lamentado hermano Juan S. Cheavens. Su nacimiento tuvo efecto el día 4 de febrero del año 1868 en el pueblo de Boydville, condado de Calloway, en el estado de Missouri, E. U. A. Su padre, veterano confederado de la mencionada guerra, no obstante haber cursado estudios superiores y hallarse en posesión del título de Médico-Cirujano, a la vida intensa de la gran ciudad, prefirió la apacible y tranquila del campo, viniendo a establecerse en el mencionado pueblo de Boydville, donde se ocupaba en las labores agrícolas, a la par que ejercía su profesión. Los padres de Juan eran cristianos fervorosos y sinceros, que no descuidaban el cumplimiento de sus deberes religiosos y sinceros, y que siempre se cuidaron mucho de dar una sólida instrucción evangélica a sus hijos, preparándolos así, de la mejor manera,

para las recias batallas de la vida, de esta vida tan azarosa y llena de dificultades.

En este hogar cristiano nació nuestro biografiado y en él creció y se desarrolló, en un medio ambiente de pureza, de sencillez, de sencilla piedad, teniendo en el exterior los buenos ejemplos de los humildes labriegos que componían el lugar, y en el interior, las prácticas religiosas de una familia devota. En este mismo pueblo, cuando llegó a los años apropiados, se dedicó, como el autor de sus días, a las faenas agrícolas. "Cuando Juan llegó a la edad de ser útil para el trabajo"—dice uno de sus biógrafos—"ayudó a su padre a sembrar en la primavera y a cosechar en el otoño. Durante los meses de invierno, él, con su hermana Catalina y su hermano Enrique, acompañados por los niños agricultores vecinos, iban, generalmente a pie y muchas veces sobre una blanca y espesa sábana de nieve, a la pequeña 'Log School House' (casa escuela construída con troncos de árboles), donde su padre les enseñaba los rudimentos de la educación. Fué en aquellos años cuando el joven Cheavens aprendió la manera de estudiar y procuró cimentar desde luego la base de una buena educación, la que ganó después y que tan sabia e infatigablemente supo emplear para la gloria de su Maestro, Jesucristo".

Dada la vida tranquila y reposada de un pueblo lugareño, es natural que el joven Cheavens (ya fuera por romper la monotonía del lugar,

ya por seguir las inclinaciones nacidas en él al calor del hogar) concurriese, en unión de otros jóvenes, a las iglesias rurales, donde oyó gran número de sermones y de exhortaciones, de labios de consagrados ministros; sin embargo, todavía no había llegado para él la fecha de su nuevo nacimiento, el día en que había de ser hecho nueva criatura en Cristo Jesús. Este acontecimiento, tan trascendental en la vida de todo hombre, no tuvo efecto en su vida sino hasta algún tiempo después.

Un día nuestro biografiado salió del pueblo, en unión de varios jóvenes, y se dirigió a un bosque de las cercanías, con el propósito de cortar y almacenar leña para el invierno, cuyos primeros fríos se dejaban sentir ya, y que en aquellos lugares era siempre muy intenso. Después de una ruda labor, al cortar un árbol, una gruesa rama cayó de éste, hiriendo gravemente al joven Cheavens, tan gravemente que por espacio de muchos días, largos y terribles, tuvo necesidad de guardar cama; y fué entonces, en medio del dolor y en los momentos de obligada soledad, que se encontró "frente a frente y en íntimo coloquio con sus pensamientos", reflexionando sobre lo inestable de las cosas terrenales y lo inefable de las celestiales.

Apenas salido de su convalecencia, tuvo la oportunidad de concurrir, en un pueblo comarcano, a una serie de cultos de avivamiento que dirigía el célebre predicador Samuel Jones, uno de los más connotados evangelistas de aquella

época. Durante esos cultos fué tocado el corazón de nuestro biografiado, siendo convertido de su pecado al camino de la santidad. Y, como sucede tan frecuentemente, junto con su conversión, o como consecuencia de ésta, el joven Juan S. Cheavens, se sintió con el deseo intenso de hacer partícipes a otros de la gracia que él había recibido, y comenzó a trabajar activamente por la salvación de muchos. Poco tiempo después, cuando sólo contaba 21 años de edad, fué sumergido con Cristo en las aguas del bautismo, uniéndose a la iglesia bautista de New Salem. Por algún tiempo continuó trabajando en el campo, aunque sentía en lo más profundo de su corazón el ardiente deseo de obtener una buena instrucción, preparándose así adecuadamente, para la gran obra a que se sentía llamado a dedicar su vida. Y en esto no solamente pensaba en su vocación, sino que seguía sus inclinaciones personales, pues desde muy joven fué dado al estudio, aun a los más áridos, y en los cuales había obtenido un notable progreso, dada su clara inteligencia y los buenos consejos y direcciones de su padre. Por fin Dios facilitó los medios para que pudiera hacer su ingreso en el colegio de enseñanza superior "William Jewell" del estado de Missouri. En este lugar permaneció por espacio de cuatro años distinguiéndose entre una pléyade de estudiantes, por su brillante inteligencia. Allí obtuvo muchas distinciones honrosas, y ganó la palma en más de un torneo literario y en muchas

justas sobre cuestiones religiosas, en todas las cuales demostró ser un formidable paladín en las discusiones y controversias.

El 26 de febrero de 1893, poco tiempo antes de abandonar a "William Jewell", nuestro biografiado fué ordenado regularmente al ministerio cristiano, en la iglesia bautista de New Salem, aquella misma iglesia en la cual había dado testimonio de fe en Cristo, pocos años antes. A la terminación de sus estudios en "William Jewell College", entró Cheavens en el Seminario Bautista del Sur, de Louisville, Ky., el seminario más célebre del mundo en la actualidad, y que entonces ya comenzaba a tener justa fama por los grandes hombres que desde sus cátedras preparaban a una multitud de brillantes jóvenes para el ministerio cristiano. En el seminario de Louisville, naturalmente, estuvo en contacto con los hombres más conspicuos de la denominación bautista, y de ellos aprendió esa sana teología que pudiéramos llamar "teología conservadora", que le caracterizó hasta los últimos años de su vida.

Como es costumbre entre los estudiantes de teología, nuestro ilustre biografiado predicaba en varias iglesias, durante todo el tiempo que permaneció en el seminario, desempeñado, a veces, el pastorado de dos de esas iglesias, distantes una de la otra. Así compartía su tiempo entre los estudios teológicos y los trabajos pastorales; y esta fué su costumbre durante toda su vida. Los que conocieron personalmente

al hermano Cheavens saben que siempre dividía su tiempo de manera que le alcanzara para realizar sus trabajos, cualesquiera que fueran éstos, y para estudiar.

Por esta época falleció en Zacatecas, México, el consagrado misionero apellidado Gasaway, dejando un vacío en las huestes evangélicas de aquel país, y un lugar a suplir por un hombre de buena voluntad y de fe ardiente. Informado el Sr. Cheavens de la pérdida que con ese siervo de Dios había sufrido la obra evangélica, y deseoso de prestar sus servicios en los lugares donde más necesarios fueran, escribió al Dr. Willingham, Secretario Corresponsal de la Junta de Misiones Extranjeras de la Convención Bautista del Sur, ofreciéndose para ocupar el puesto que Gasaway había dejado vacío. Pero por la escasez de fondos de la Junta de Misiones, no fué posible enviar al Sr. Cheavens a México como eran sus deseos.

En posesión de un título de Maestro en Teología, debidamente preparado para la obra de su vida, salió el hermano Cheavens del Seminario Bautista del Sur.

No obstante encontrarse siempre enfrascado en los estudios serios y profundos, su corazón no era insensible a los dulces afectos, sino por el contrario, muy amante de ellos; y en consecuencia, se dejó aprisionar por "la cadena de flores", siendo la portadora de esta sólida a la par que tiernísima cadena, la Srita. Catalina Herndon, del pueblo de Parkville, en el estado

de Missouri, con la que unió su destino, indisolublemente, el año 1897. No siéndole posible marchar a México en carácter de misionero, el Sr. Cheavens aceptó, en este mismo año, el pastorado de la iglesia bautista de Clinton, Mo., en cuyo cargo permaneció por espacio de un año, haciendo una magnífica labor y captándose las simpatías de propios y extraños.

Habiendo mejorado algo la situación económica de la Junta de Misiones Extranjeras, el Sr. Cheavens pudo al fin ir a México en compañía de su buena esposa y la pequeña Marta, su primogénita de unos meses de edad, llegando a este anhelado campo de trabajo a fines del año 1898. Al principio fueron a vivir a Torreón, donde permanecieron por espacio de un año, yendo después a Saltillo, en cuyo lugar vivieron hasta el año 1903. Habiéndose inaugurado dos años antes, en Torreón, el Seminario Teológico Bautista, por el Dr. Watkins, en este año de 1903 el Sr. Cheavens fué designado para el cargo de Director del mismo, teniendo que trasladarse nuevamente a la mencionada ciudad de Torreón, a fin de poder dedicarse a tan importantes funciones. El Sr. Cheavens desempeñó admirablemente el puesto de Director del Seminario Teológico, no obstante todas las responsabilidades de un puesto semejante. El Sr. Le-Sueur, que le sustituyó en esta posición, dice al efecto: "Encontré todos los cursos tan bien arreglados y los programas tan bien formados, que el primer año no tuve que hacer más que procurar continuar la obra del hermano Cheavens". Después de tres años de rudas labores en el Seminario, nuestro biografiado sufrió una depresión nerviosa, ocasionada, según la opinión científica, por el exceso de trabajo, y tuvo necesidad de regresar a los Estados Unidos, en busca de la salud perdida.

Después de una estancia en los Estados Unidos de más de un año, regresó nuestro biografiado a Saltillo, dedicándose por espacio de cuatro años a la obra misionera en general y a escribir en los periódicos, ya para la exposición de los principios bíblicos, ya para refutación de los ataques contra los bautistas, los que unas veces partían de los católicos, y otras de los paidobautistas. En todas estas controversias el Sr. Cheavens infligió terribles mandobles a sus contrincantes, haciéndoles sentir todo el peso de sus poderosas argumentaciones.

Entonces vinieron los tiempos difíciles para México, y el Sr. Cheavens tuvo necesidad de regresar a los Estados Unidos. Como dice el Sr. Marrs: "Llegó la época de las revoluciones en México y la familia Cheavens por esta razón, y en vista de la necesidad urgente de poner a sus hijos, ya grandes, en las academias, salieron de México, para no volver a radicarse en el interior de este país que tanto amaron. Pero en los años siguientes, mientras la familia permanecía en San Marcos, Eagle Pass y El Paso, Texas, el Sr. Cheavens visitó con frecuencia algunos lugares de Méxco en los estados de Coahui-

la, Durango, Zacatecas y parte de Jalisco, extendiendo a la vez sus viajes hasta los estados de Sonora, Sinaloa y Chihuahua, y en ocasiones hasta el Sur de la República, dando conferencias bíblicas."

En el año 1919 entró a formar parte de los encargados de la redacción de la literatura evangélica, en la Casa Bautista de Publicaciones de El Paso, Tex., auxiliando así grandemente al Sr. J. E. Davis, Administrador de la mencionada Casa Editora. Poco después, habiéndose enfermado el referido hermano Davis, el Sr. Cheavens fué designado para sustituirlo en puesto de tantísima responsabilidad; y en su carácter de Administrador de la Casa Bautista de Publicaciones y de Redactor Responsable de toda la literatura que esa Casa lanza anualmente al mercado, trabajó con celo, y eficiencia, y el beneplácito de todos, por espacio de algunos meses, hasta que el Señor, en sus altos designios, tuvo a bien llamarlo de nuestro lado, para llevarlo a vivir a un mundo mejor, en los brazos de Aquel a quien tanto había amado, consagrándole su vida.

El Redactor de "El Atalaya Bautista", que se hallaba bien enterado de todo lo que tenía referencia al hermano Cheavens, escribió de su fallecimiento: "Fué en las primeras horas de la mañana del domingo 23 de enero (de 1921), cuando el hermano Cheavens entregó su espíritu al Señor. Su transición de la vida a la muerte humana, fué serena y tranquila, como la de un

niñito que, feliz y sonriente, se entrega al sueño en los brazos de su amorosa madre. En el rostro de nuestro amado hermano, no había ni contracciones ni sombras. Era su rostro habitual, iluminado por una sonrisa de amor, el que se contemplaba en su cadáver ... Y es porque la muerte de los cristianos fieles, como lo fué el abnegado luchador a quien hoy llora el mundo cristiano, es la entrada a la felicidad eterna." ....El Sr. Cheavens era relativamente joven, pues le faltaban nueve días para cumplir los 53 años, habiendo dedicado la mitad de éstos al servicio de Dios y de los hombres.

Con la muerte del Sr. Cheavens el mundo cristiano en general, y el mundo bautista en particular, sufrieron una grandísima pérdida, pues nuestro ilustre biografiado reunía en su persona, las dotes más recomendables del cristianismo práctico y de la intelectualidad más brillante.

J. S. Cheavens fué un gran exégeta, y ahí están sus escritos para garantizar este aserto. Bien ha dicho a este respecto el Dr. G. H. Lacy: "En todas sus exposiciones campea el espíritu de firmeza, convicción, justicia y erudición que distingue a los exégetas de primer orden. Nunca pretendió expresar una opinión sin antes haber consultado a las autoridades más prestigiosas en el asunto, a fin de orientar su criterio, pesarlo y discernirlo, para sentar sus conclusiones. Este hecho no revela la falta de independencia en sus ideas, porque después de sus minuciosas in-

vestigaciones se expresaba el fondo de su propia convicción, estando muy distante de tener un ápice de espíritu plagiario."

Juan S. Cheavens fué un denodado defensor de las grandes doctrinas que caracterizan a los bautistas como denominación. A este respecto ha dicho el senador Jonás García: "J. S. Cheavens izó el estandarte de la verdad no sólo contra las exacciones y crueldades de la Iglesia Papal, sino contra los errores de todo género de las iglesias Reformadas que han seguido opiniones de hombres en punto a interpretación de la Palabra Divina, en asuntos que ellos juzgan de poca o de muy relativa importancia para los intereses del Reino de Dios. Sí, J. S. Cheavens era celoso por la Verdad y sabía llamar a las cosas por su nombre y defendió siempre y siempre enseñó con igual tesón, así los pequeños (si algunos pueden ser pequeños) como los grandes mandamientos de Jesús. Por eso en sus discusiones se marca una sola línea, la que rectamente da con el punto de la Escritura congruente con las circunstancias, enseñanzas y demás medios racionales para comprobarlo todo estableciendo la Verdad incontrovertible".

Juan S. Cheavens fué un inspirado poeta. Escribió algunas muy buenas poesías, varias de las cuales tuvieron el honor de ser reproducidas por importantes periódicos. Hace algunos años escribió para "El Atalaya Bautista" el siguiente soneto, que fué reproducido por varios de los periódicos de aquella época:

"Vox turturis audita est in terra nostra".—Cantar de los Cantares 2:12.

Ave divina, tu solemne canto
me llena el alma de dolor profundo;
tétrica voz del corazón del mundo
la tuya es; y me causa amargo llanto
escucharla, porque es cual himno santo
al lado de un amado moribundo,
muy lejos del combate furibundo
do santa paz nos cubre con su manto.

Ave divina, tú, la voz del alma,
la que distante de otra voz querida
siempre se siente; y tu doliente calma
mucho me inquieta, sí, porque aun con vida
la muerte me recuerda. Tú en tu palma
cantas, más triste estoy, mi alma afligida.

El Sr. J. E. Davis ha dicho a este respecto: "Mi inolvidable y amado condiscípulo, colaborador en la obra misionera en México por muchos años y por algún tiempo compañero en las arduas labores de la Casa Bautista de Publicaciones, era poeta, no de profesión, sino por inclinación natural. Nunca pudo disponer de mucho tiempo para escribir; pero de vez en cuando las Musas lo visitaban y no podía menos que escribir lo que ellas le dictaban. No produjo muchos versos, pero los que escribió son de lo mejor y algunos se han publicado profusamente y han sido elogiados por algunos críticos en esta clase de literatura. Tradujo del Castellano algunas joyas literarias entre las que se encuentran las siguientes: 'La Divina Providencia,'

de Bartolomé Leonardo Argensola; 'Tú Sabes que Te Amo', de un poeta desconocido. La Casa Bautista tiene en prensa un tomo de los escritos poéticos del hermano Cheavens".

El Sr. Cheavens escribió mucho y muy bueno en prosa. Los periódicos evangélicos de México tenían en él un magnífico colaborador, sobre todo los periódicos bautistas. Por mucho tiempo escribió lecciones para la revista trimestrál "El Expositor Bíblico", las que obtuvieron un gran éxito por su claridad y por su fidelidad a las Escrituras. Y la Casa Bautista de Publicaciones de El Paso, Tex., tiene el proyecto de publicar su "Comentario a la Epístola de los Romanos", magnífico comentario, según el decir de los que conocen el manuscrito.

Nuestro ilustre biografiado fué uno de esos hombres que tienen el hermoso privilegio de ir, a través de los senderos de esta vida, ganando simpatías, sembrando el consuelo, trabajando incesantemente, ayudando a todos a llevar sus cargas pesadas, con la sonrisa en los labios, la palabra de consuelo en la boca y el amor en el corazón. No es de extrañar, pues, que su muerte sobrecogiera de pesar y tristeza a tantos y tantos como habían aprendido a amarle, a tantos y tantos que se habían propuesto imitar sus virtudes. No es de extrañar, por tanto, que a la noticia de su fallecimiento tantos y tantos corazones, en México, en Cuba, en los Estados Unidos, se sintieran enlutados y entristecidos; ni que en los momentos de efectuarse el servicio

fúnebre, ante sus restos mortales y en los instantes en que iban a ser llevados al último descanso terrenal, se depositaran tantas flores sobre su sarcófago, y se derramaran tantas lágrimas sobre su féretro, ya que ése es el pobre medio con que los humanos demuestran el dolor del corazón ante la separación del sér a quien se respeta y se ama. Y Juan S. Cheavens era respetado y era amado, por sus brillantes dotes intelectuales, por sus intensas labores misioneras, y, sobre todo, por su gran corazón, abierto siempre a todos los sentimientos grandes y nobles y cristianos.

Nota:—Nos es grato hacer constar que al escribir la biografía del Pbro. Teófilo Barocio, nos basamos en los datos suministrados por el periódico "El Bautista", de México, de fecha 21 de marzo de 1912; y que para preparar ésta, hemos utilizado grandemente el material acumulado en "El Atalaya Bautista", de El Paso, Tex., de fecha 17 y 24 de febrero y 3 de marzo de 1921.

XXIV

AUGUSTO H. STRONG

Augusto H. Strong, el eminente presidente del Seminario Teológico de Rochester, N. Y., fué una de las figuras más prominentes de su denominación, en el norte de los Estados Unidos, donde ejerció una tremenda influencia y desempeñó importantísimo papel por más de cincuenta años, teniendo por campo de acción el púlpito, la cátedra y la prensa, en los que brilló a gran altura y con luz que era propia.

Nació Strong en Rochester, Estado de Nueva York, el día 3 de agosto del año 1836, cuando Rochester no era la gran población que es hoy, sino un pequeño pueblo de unos diez mil habitantes. Fué su padre el Sr. Alvah Strong, conocido periodista que por mucho tiempo dirigió y publicó el "Rochester Daily Democrat," desde cuyas columnas defendió honrada y tesoneramente el partido a que pertenecía. De él escribió nuestro biografiado: "Era, como Isaac de la antigüedad, un hombre de paz, pero un hombre de principios; algo liberal en sus opiniones, de grande tolerancia y mente justiciera; con saludables emociones, pero no suprasensible, era a su manera amante de la conversación, sin embargo, más amigo de escuchar que de hablar. La única academia a que asistió fué la escuela rural, su solo colegio la oficina del periódico. No era un profundo pensador, ni un muy hábil escritor, ni un orador eminente, ni un maestro en las costumbres sociales; era un hombre modesto y honrado, cuidadoso de los sentimientos de los otros, de gran persistencia en sus propósitos, alguna habilidad inventiva y organizadora, poseyendo una inflexible determinación a usar los dotes que poseyera, para la gloria de Dios y el bienestar del mundo. Era un hombre cristiano, sin una brillante experiencia, pero con gentileza, bondad y reverencia incesantes. Siempre hablaba a otros de su deber de servir a Cristo. Era un buen diácono, porque buscaba a los descarriados, visitaba a los pobres, y se convirtió, en la medida de sus poderes, en el auxiliar del pastor y de la iglesia".

En Rochester pasó Augusto los primeros años de su vida, disfrutando de una existencia bastante desahogada, en contacto con muchos y buenos predicadores. En su tierna infancia fueron colocados los cimientos de su instrucción, de esa instrucción que luego había de ser la admiración de todos los que lo conocieron, por lo sólida y variada que era. Pero a más de una buena instrucción, Strong recibió, en su hogar, una esmerada educación, educación que contribuyó, en gran parte, a que él llegara a ser lo que fué. José de la Luz Caballero, el filósofo cu-

bano, ha dicho en uno de sus aforismos: "Educar es preparar el alma para la vida"; y de ser cierto este aforismo, como lo es, podemos aplicarlo a Strong, y decir que de su hogar salió (como han salido otros tantos hombres eminentes en la historia del mundo) con el alma bien templada para la vida, porque salió de él bien educado. Hay muchas personas que parecen no darse cuenta de la grande, de la enorme, de la vital diferencia que existe en la significación de las dos palabras "instruír" y "educar". Bien ha dicho a este respecto el célebre educador Dr. Alcántara García: "La educación comprende la cultura de nuestra naturaleza, en vista de darle la perfección posible y prepararnos para la vida completa; abarca, por lo tanto, el desenvolvimiento, la dirección y la disciplina de todas nuestras energías. La instrucción se dirige principalmente a la inteligencia, y aunque puede y debe obrar sobre las demás facultades, lo hace de un modo indirecto; su fin inmediato es proporcionar conocimientos positivos, por lo general concretos y ya formados. En la educación hay que sacarlo todo del fondo de la naturaleza misma del educando, por lo que tiene que ser según el que es éste; por la instrucción, lo que se hace es aumentar ese fondo con las adquisiciones que proporciona. La una consiste en desdoblar, en sacar a afuera, en determinar direcciones y en dar sentido, y depende más del trabajo personal del que educa; la otra, por el contrario, procede llevando de afuera

adentro, da el conocimiento formado que generalmente es histórico, y es obra de comunicación y acumulación. La educación es más profunda y extensa que la instrucción, que la completa. La educación es el todo en la labor que representa la cultura de nuestra naturaleza....."

Ahora bien, es un hecho que no admite dudas, que muchas personas, sin un conocimiento técnico de estas cuestiones, sin poder explicar la diferencia que pueda existir entre instruír y educar, no siendo capaces de poder dar una buena instrucción, por carecer de los conocimientos necesarios para ello, pueden dar, y en realidad dan, una magnífica educación. Este hecho se encuentra demostrado en millares de millares de madres que, por la educación que les han dado a sus hijos, los han preparado bien para la vida. Débese esto a que la educación es una cuestión moral, y no una cuestión intelectual, como la instrucción. Y esto sucedió con los padres de nuestro biografiado. Ellos no solamente se preocuparon de que Augusto tuviese la mejor instrucción posible, en relación con sus años y sus medios, sino que se preocuparon aun más de que tuviese una sólida educación, lo que llegaron a conseguir mediante los afanes, los diligentes ciudados, los desvelos y la tierna y providente solicitud, por "ese conjunto de medios naturales sugeridos por el amor y el instinto de las madres."

En estas condiciones, con una debida preparación moral e intelectual, abandonó el joven

Strong su hogar para ingresar en el "Yale College", plantel de enseñanza superior, en el cual se graduó el año 1857, cuando sólo contaba veintiún años de edad. Durante el tiempo que estuvo cursando estudios en "Yale", demostró Strong ser un buen estudiante, por su seriedad, aplicación, y poderes de asimilación. Desde el principio se hizo notar como orador, por su verbo cálido y elocuente y lo lógico de la presentación de los asuntos que discutía, como también por la facilidad con que los trataba.

Cuando aun se hallaba estudiando en Yale, pudo asistir a una serie de cultos especiales que, por tercera vez, celebraba en Rochester el Dr. Finney, en 1856, siendo convertido en uno de ellos. Como dice el mismo Strong en su libro "Cristo en la Creación y el Monismo Etico": "Otra vez, en 1856, hizo (Finney) una tercera visita (a Rochester) y mil personas más se unieron a las iglesias. Fué en este último avivamiento que yo mismo pasé por el mayor cambio que he experimentado en mi vida, desde el momento de mi nacimiento natural". Finney era hombre que predicaba con gran poder, y Strong sintió en su corazón el poder de las verdades evangélicas, según las presentaba el gran predicador. Inmediatamente después de su conversión, nuestro joven estudiante, en obediencia al mandato de su Señor y en profesión de fe personal en él, fué sumergido en las aguas emblemáticas del bautismo, uniéndose a la primera iglesia bautista de Rochester, su pueblo

natal. En algunos de sus libros habla Strong de lo profundo del cambio espiritual que sufrió, y de cómo esa crisis espiritual hizo que cambiara por completo en cuanto a ideales y aspiraciones, modificando así sus propósitos para el futuro de su vida.

A la terminación de sus estudios en "Yale College", ingresó en el Seminario Teológico de Rochester. En esa época eran profesores de este seminario, algunos de los hombres más eminentes de la denominación bautista, a saber: E. G. Robinson, A. C. Kendrick, J. F. Richardson, J. H. Raymond, Chester Dewey, Samuel F. Green, J. S. Minnis, Tomás J. Conant. Estos hombres, como dice nuestro biografiado, "eran gigantes en su tiempo", en el mundo teológico, en el que brillaron como astros de primera magnitud. A los pies de estos colosos de la Teología, fué donde Augusto H. Strong hizo sus estudios por espacio de dos años, durante los cuales aprovechó grandemente la enseñanza de estos hombres eminentes. Abandonó este seminario en el año 1859, después de haber efectuado brillantes exámenes; y marchó a Alemania, en cuyo país estudió nuevamente Teología, a los pies de los hombres más afamados del mundo como exégetas, teólogos y comentadores. Fué un gran privilegio para nuestro joven biografiado el poder continuar estudiando, después de su graduación, en los seminarios más famosos de Alemania. Allí conoció y estuvo en contacto con las diversas escuelas teológicas y con los

hombres que las componían. De esta manera llegó a conocer las tendencias de estas escuelas y de estos hombres, estudiando con ellos, su manera de pensar en cuanto a las grandes cuestiones de Teología. Y es indubitable que estos estudios en Alemania, con estos hombres, contribuyeron mucho a que llegara a ser, como lo fué, un hombre tan profundamente versado en todas las cuestiones de Teología, o de crítica textual, o de interpretación bíblica. Pero debemos apresurarnos a decir que, no obstante toda la propaganda que en su época hacía en Alemania esa escuela de tendencias destructivas que se conoce con el nombre de "Alta Crítica", y sin embargo de ser algunos de sus maestros miembros de esta escuela, Strong salió de aquel país con su fe incólume, con sus opiniones más robustecidas, si cabe, en cuanto a todos aquellos asuntos que tienen referencia con la divina personalidad de Cristo, o con la inspiración de las Escrituras—siguió siendo conservador en todos aquellos asuntos que la "Alta Crítica" ha tratado de minar. Su paso por las aulas alemanas sirvió, no para que su fe flaqueara, o para que sus creencias escriturarias se modificaran, sino para que se reafirmaran y robustecieran, por medio de un estudio sistemático y cuidadoso de ambos lados del asunto.

Después de esta estancia en los seminarios de Alemania, dedicó nuestro biografiado algunos meses a viajar por toda Europa y por el Oriente, a fin de ampliar, de ser posible, sus conocimientos. De estos viajes seguramente obtuvo grandes beneficios, pues es bien sabido cuánto amplía los conocimientos el viajar, y cómo hace que estos conocimientos sean más generales y prácticos.

A su regreso a los Estados Unidos, en 1861, Strong desempeñó, por un corto tiempo y en carácter de sustituto, el pastorado de la iglesia bautista Norte de Chicago, de donde se trasladó, unos meses después, como pastor efectivo, a la primera iglesia bautista de Haverhill, Estado de Massachusetts. En esta iglesia fué formalmente ordenado para el ministerio cristiano, cuando solamente contaba veinticinco años de edad. Strong desempeñó el pastorado de esta congregación durante cuatro años, en el transcurso de cuyo tiempo efectuó grandes y meritorias labores, mejoró mucho su iglesia, en un sentido espiritual, y trajo a su seno un número crecido de nuevos miembros.

En 1865 se trasladó Strong, de Chicago a la ciudad de Cleveland, Estado de Ohio, para hacerse cargo del pastorado de la primera iglesia bautista de este lugar, en sustitución del célebre Dr. Seymour W. Adams, fallecido unos meses antes y que por espacio de diez y siete años había ocupado este importante puesto, con general beneplácito. Era esta iglesia númerosa en sus miembros, de profunda espiritualidad, activa en el servicio del Maestro, fiel en su obediencia a las enseñanzas escriturarias, amiga de las grandes empresas misioneras y benevolentes; era

una iglesia que podía hablar, sin avergonzarse, de su buena historia, historia noble por sus hechos y por sus hombres; era una iglesia que estaba, como Dorcas, "llena de buenas obras". Su pastorado, por lo tanto, era muy difícil para un joven como Strong, aparentemente sin experiencia ministerial, no acostumbrado a ser el sobreveedor de grandes congregaciones. Pero el fracaso era imposible en un hombre de las aptitudes de Strong. Aparte de sus profundos conocimientos, de su gran elocuencia, por la que podía ministrar en las mejores iglesias, era hombre de fe robusta, de carácter amable y bondadoso, y de muy honda y bien cimentada espiritualidad. Y, como esperaba esta congregación, Augusto H. Strong se portó tan bien, estuvo tan a la altura de las circunstancias, que propios y extraños se unían en aplaudir su actuación pastoral.

Fué durante su pastorado en Cleveland, que la Universidad de Brown le concedió el título honorífico de Doctor en Divinidad, título que no le hacía más apto, ni más consagrado, ni mejor predicador; pero que sí le daba algún lustre más a su nombre.

"Después de siete años de labores coronadas por el éxito en este lugar, su manifiesta habilidad como predicador, y su reconocida sabiduría teológica, le aseguraron su elección como Presidente y Profesor de Teología en el Seminario Bautista Teológico de Rochester". Así abandonó nuestro biografiado su importante campo de labores, al frente de una iglesia numerosa y consagrada, para ir a otro campo de labores más importante, de horizontes más dilatados, de mayor oportunidad para desplegar sus grandes dotes intelectuales y morales, de más grande posibilidad para realizar un trabajo más amplio y más intenso, al frente de un gran seminario teológico, donde había de preparar para la obra de su vida a "los ganadores de almas", y en el que había de ser "maestro de los maestros".

En el año 1872, cuando el Dr. E. G. Robinson abandonó la Presidencia de Rochester para ir a otro seminario, Augusto H. Strong, no obstante sus cortos años (sólo contaba 36), fué electo, por unanimidad de votos, Presidente de esta gran institución, así como Profesor de Teología. Desde el principio encontró en el seminario problemas de difícil solución, pero que había que resolver de todas maneras; y se dedicó a dos cosas principales: a tratar de hacer que el seminario pudiera disfrutar de vida desahogada, y a que todos los que de sus aulas salieran, fueran lo mejor preparados posible. Y que obtuvo éxito en estos dos propósitos, es un hecho que se halla demostrado hasta la evidencia.

Por espacio de cuarenta años desempeñó el Dr. Strong los dos importantísimos cargos que tenía en el Seminario Bautista de Rochester, demostrando un tremendo vigor físico, una enorme persistencia, una grandísima habilidad, y un profundo amor hacia la obra que realizaba. Durante estos años se supone que salieron de

las aulas de este seminario, para esparcirse por el ancho mundo, efectuando su obra de redención, unos mil quinientos jóvenes, en posesión de sólida preparación, espiritual e intelectual, lo que vale más que cuantos pergaminos puedan dar las universidades y seminarios.

Pero, como Broadus en el Sur de los Estados Unidos, Strong no pudo concretarse a hacer sus labores en el seminario, sino que tuvo necesidad de viajar mucho, ya en busca de donaciones para su institución, ya para pronunciar discursos y conferencias en las diversas instituciones educativas del Norte. Un gran número de estas conferencias y de estos discursos aparecen en sus diversos libros. Además, nuestro biografiado fué por espacio de varios años, Presidente de la Convención Bautista del Norte (E. U. A.) y obligado colaborador de los más importantes periódicos evangélicos de su propia nación y del extranjero. A esto hay que unir el trabajo enorme que significa la preparación de los libros que escribió, y de los que más adelante hablaremos.

En el año 1912 el Dr. Strong, anciano ya de 76 años, fué independizado de sus trabajos como Presidente y como Profesor y en consideración a sus grandes servicios, fué hecho Presidente "Eméritus" de este mismo seminario, en el que por tantos años y de manera tan eficiente había trabajado. Sus discípulos se habían esparcido por todas partes del mundo, y el Dr. Strong, libre ya de su obligado trabajo, aceptó

la cariñosa invitación que muchos de estos discípulos le habían estado haciendo de visitarles, embarcándose al efecto, en Nueva York, en 1916, con rumbo al Japón y otros lugares. Pero al hacer este tourné por las misiones, sus cálculos salieron fallidos. Nuestro ilustre biografiado se propuso, al embarcarse, no pronunciar ni un solo discurso durante el tiempo que durase su viaje, y, efectivamente, tuvo que pronunciar cerca de cien discursos improvisados, habiendo día que se vió en la necesidad de pronunciar tres de estos discursos. A su regreso a los Estados Unidos, publicó su interesante libro "A Tour of the Missions", en el que relata, muy hermosamente, lo que vió y lo que experimentó en estos viajes.

El Dr. Augusto H. Strong (poseía varios títulos) falleció el día 29 de noviembre de 1921, en Pasadena, Estado de California, a los 85 años de edad, y más de cincuenta de servicio activo en la obra del Evangelio. Un importante periódico de los Estados Unidos dijo a este respecto: "Tenía 85 años de edad, pero estaba tan despierto y era tan viril y tan brillante, que nadie pensaba de él como anciano. Era amado con ternura, altamente honrado por infinidad de gentes, y será llorado sinceramente."

El hombre eminente de quien hemos estado hablando, fué un gran maestro. Para ser maestro de doctrina cristiana, para ser maestro de los maestros de doctrina cristiana; y para enseñar de tal manera que pueda formarse y guiarse

la opinión de centenares de iglesias, a fin de disuadirlas de los extremos anti-escriturarios, y preservar su unidad denominacional, conservándolas fieles a su antigua fe y fieles a Cristo, su Legislador y Señor—para esto se necesita ser un gran maestro. Hoy realizan una labor de fidelidad al Maestro y de servicio a la humanidad, en Europa, en Asia, en Africa, en la América del Sur, en las Islas del Pacífico, centenares de hombres, consagrados y capacitados, que recibieron algo del espíritu de Augusto H. Strong, cuando se encontraban a sus pies preparándose para la obra de su vida. Y todos estos hombres, con lo que valen y significan, son la corona y la honra de Strong como maestro.

Pero Strong fué también un gran predicador. Para usar una frase muy gráfica y muy significativa, era un "maestro de la palabra". Para tener el convencimiento de la veracidad de este aserto, basta con leer sus sermones y discursos, y oír lo que los peritos en la materia decían de él como predicador. Strong tenía todas, o casi todas las condiciones que se requieren para llegar a ser un buen orador: profundidad y variedad de conocimientos, grandes poderes imaginativos, método estrictamente lógico, gran elocuencia, dicción clara y correcta, personalidad atrayente, voz agradablemente modulada. Si, como decía J. Spencer Kennard, "un buen predicador es el que hace que los humanos primero **vean,** después **sientan,** y luego **ejecuten** las buenas acciones", entonces Strong fué un buen

predicador, porque, aparte de todas cuantas condiciones humanas sean necesarias, él poseía lo que principal y primeramente necesita todo aquel que haya de ser un buen predicador: poder acerca de Dios, sin el cual el poder para con los hombres a fin de que **vean, sientan,** y **ejecuten,** es imposible. "Hay una tremenda potencia eléctrica en el alma humana, cuando ésta está en armonía con la voluntad de Dios; en tal caso es un vehículo de poder, un instrumento por medio del cual la fuerza psíquica puede producir, de manera cierta, cambios intelectuales y morales". Y Strong poseía este poder, toda vez que su alma ansiaba que la voluntad de Dios fuese hecha entre los hombres, y antes que nadie, en él, y se afanaba porque los humanos fueron salvados del pecado y de la muerte.

Pero, a más de gran maestro y de gran predicador, nuestro ilustre biografiado brilló preeminentemente como escritor. Es muy difícil encontrar aunados en una sola personalidad, el don de buen orador y el de buen escritor; porque, generalmente, el que escribe bien no es gran orador, o vice versa. Pero esta rareza se encontró en Augusto H. Strong. Con la misma galanura, con igual belleza, con idéntico poder que hablaba, también escribía. Fué un buen escritor, no solamente porque escribió mucho, sino porque escribió mucho bueno; no solamente mucha cantidad, sino mucha cantidad de gran calidad. Todas sus obras son bien conocidas y bien apreciadas en el mundo teológico,

en y fuera de los Estados Unidos. Su obra sobre "Teología Sistemática", en tres gruesos volúmenes en 8vo, es un verdadero monumento, altamente apreciado y ampliamente usado en, y fuera, de los Estados Unidos. Con respecto a este libro y a la personalidad de nuestro biografiado, se cuenta la siguiente anécdota: se dice que Strong fué invitado a predicar en una Iglesia Presbiteriana, de la que era pastor un anciano teólogo. Al comenzar el servicio y al presentar éste a nuestro Presidente a la congregación, entre otras cosas, dijo lo siguiente: "En mi extensa biblioteca sólo cuento con dos obras de teólogos bautistas, que son magníficas; son estas obras las de Strong Pepper" (Strong significa "fuerte" y Pepper, "pimienta"). El anciano predicador, al unir de esta manera los nombres de los dos grandes teólogos bautistas, quiso dar a entender lo que eran estas dos obras —"pimienta fuerte". Y, efectivamente, el libro de Strong es "fuerte", y hasta pudiéramos decir "pimienta fuerte", desde el punto de vista denominacional; pero no hay dudas de que es un magnífico texto de Teología.

Los otros libros que escribió Strong, y que llegaron a tener una gran demanda, son los siguientes: "Compendio de Teología", "Filosofía y Religión", "Cristo en la Creación y el Monismo Etico", "Los Grandes Poetas y su Teología", "Grandes Poetas Americanos y su Teología", "Miscelánea" (dos tomos), "Discursos de capilla a mis estudiantes", "Discursos Populares sobre los libros del Nuevo Testamento", "Viajes por las Misiones", etc., todos los cuales son libros de más de 300 páginas en 8vo. mayor. Además, y como ya hemos dicho, escribió un número incalculable de artículos, científicos y teológicos, en diversas revistas de los Estados Unidos y de Europa. Su bien cortada pluma nunca se enmoheció por falta de uso.

De todo lo arriba expuesto se ve que Augusto H. Strong fué un gran hombre por su eminente personalidad, y por la labor intensa, continuada, eficaz, benéfica, que realizó. En esto todos están contestes, propios y extraños. Los hombres de su estructura moral y de su grandeza personal, no pasan desapercibidos por los senderos del mundo, sino que, a su paso, van dejando una estela de luz y de bendiciones, un ambiente de alta espiritualidad, un profundo deseo de realizar grandes cosas en el nombre de Aquel que fué por todas partes "haciendo bienes", un determinado propósito de emplear todas las fuerzas y energías y potencialidades en el servicio de Dios, y por consecuencia, en el servicio de los humanos. Y por eso a su fallecimiento, todo el mundo cristiano fué conmovido profundamente por el convencimiento de que había perdido "un grande"; en la consciencia de que había caído un "príncipe de Israel"; en la tristeza de haber perdido al que, por espacio de tantos años, fué gran maestro, gran predicador y gran literato; al ver desaparecer ese brillante astro, que con tan espléndidos fulgores, irradió entre

la pléyade de soles que han iluminado el hermoso cielo del Cristianismo, y por medio de cuyos rayos el mundo ha sido fecundado, vivificado, salvado.

XXV

ALFREDO U. CABRERA

El Rev. Alfredo U. Cabrera y Colón, el consagrado y eficiente obrero del Señor, que tanto laboró en su Patria en pro del entronizamiento del reino de Cristo en el corazón de sus conciudadanos, nació en Artemisa, provincia de Pinar del Río, Cuba, el día 3 de abril del año 1863. En su pueblo natal pasó los primeros años de su vida, trasladándose después, con su familia a la Habana, en cuyo lugar cursó los estudios superiores en el Instituto de Segunda Enseñanza, graduándose de Bachiller en Letras y Ciencias el 23 de septiembre de 1879.

Por espacio de algún tiempo estudió leyes en la Universidad de la Habana, pero, por dificultades de índole económica, se vió obligado a abandonar estos estudios, dedicándose entonces al magisterio. Al efecto, obtuvo, previo el examen correspondiente, título de Maestro el día 21 de mayo de 1885.

Por esta época nuestro biografiado, que hacía algún tiempo pertenecía a la Institución Masónica, fué nombrado Secretario, y después Orador de la Respetable Logia "América núm. 283",

laborando en ella, con gran entusiasmo, a favor de los hermosos ideales masónicos, y desempeñando una parte activa e importante en la fundación del asilo "La Misericordia", que tanto bien ha hecho en Cuba.

Un año después, por causa de las condiciones políticas en que se encontraba Cuba, envuelto en aquellas grandes propagandas libertarias, no por lo ocultas menos intensas, que trajeron como consecuencia, la Guerra de Independencia de 1895-1898, el hermano Cabrera se vió obligado a emigrar al llamado "Peñón de la Libertad Cubana", a Key West, Fla., E. U. A., donde laboró personalmente por la revolución. Allí fué miembro del Consejo de Presidente del Partido Revolucionario Cubano, en carácter de presidente del club político "José Dolores Poyo". También fué secretario del club "Servidores de la Patria", y director mecánico de los talleres del Cuerpo Militar, creado por el mayor general Carlos Roloff, para instrucción de los expedicionarios. Su labor patriótica fué premiada con gran número de diplomas; pero el mayor premio a esa labor la recibió en la independencia de la Patria amada, independencia por la cual, como tantos y tantos, todo lo había sacrificado.

En el histórico Cayo, donde gran número de emigrados cubanos oyeron el Evangelio, aceptándolo y viniendo luego a Cuba a predicarlo, Cabrera fué convertido en 1887, por la instrumentalidad de aquel santo que se llamó Manuel

Deulofeu, que fué consagrado ministro de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur, y que hace años reposa en los brazos del Salvador. Inmediatamente comenzó a prepararse para ingresar en el ministerio de la referida Iglesia Metodista, de la cual fué nombrado exhortador el día 16 de agosto de 1898, siendo licenciado para predicar, al siguiente año. En ese mismo año de 1899 fué enviado por la Iglesia Metodista a trabajar en la ciudad de Matanzas, la "Atenas de Cuba", donde, como es natural, entró en relaciones con el Pbro. J. V. Cova, pastor de la iglesia bautista de aquella ciudad. Con Cova tuvo muchas conversaciones referentes a cuestiones religiosas y a las diferencias existentes entre las denominaciones bautista y metodista, hasta que, convencido por el estudio de las Escrituras, de la autoridad bíblica de las doctrinas características de los bautistas, renunció a su trabajo y fué sumergido con Cristo en las aguas del bautismo, en profesión de su deseo de serle fiel, a fines del año 1899.

En octubre de este año fué enviado por la Junta de Misiones de la Convención Bautista del Sur, E. U. A., a hacerse cargo del trabajo de la ciudad de Santa Clara. Allí fué ordenado el 11 de enero de 1900, formando el concilio ordenador las siguientes personas: Dr. Kerfoot, Secretario Corresponsal de la referida Junta de Misiones, J. V. Cova y J. R. O'Halloran. Durante su estancia en Santa Clara abrió trabajo en Ranchuelo, Loma de Cruz, Recreo y Santo

Domingo, en aquella provincia. Después desempeñó los pastorados de las iglesias de Cárdenas y Sagua la Grande, siendo el bien querido obispo de esta última congregación hasta la hora de su muerte, aunque hacía cerca de dos años que, por su enfermedad, estaba ausente de ella.

En Sagua fundó la Logia "Sagua núm. 3" de la I. O. O. F., siendo al mismo tiempo fundador de M. S. Gran Logia de la I. O. O. F. de la Isla de Cuba.

Durante su ministerio nuestro biografiado efectuó el bautismo de gran número de personas y estuvo presente en la ordenación de la mayor parte de nuestros jóvenes ministros.

El lamentado hermano Alfredo U. Cabrera era hombre de sólida instrucción, de profunda consagración a su Maestro y Señor. Sus predicaciones tenían una gran profundidad y su didáctica pluma siempre estuvo ocupada en la enseñanza de los grandes principios bíblicos. En Santa Clara fundó y publicó por algún tiempo la revista "Luz y Verdad". Fué miembro del Comité de Prensa y Literatura de nuestra Convención Bautista de Cuba Occidental, que tenía a su cargo la redacción de la Revista "Sión". Colaboró en "El Mensajero", de Camagüey (en su primera época) y en "Our Pulpit" y "The Baptist". Asimismo fundó y publicó la revista masónica "Luz y Verdad"; "Esther", revista literaria; y colaboró en el periódico "Patria", de muchos folletos y un libro de himnos originales Sagua, con el pseudónimo de R. Erbac. Publicó

y ha dejado listo para su publicación un volumen de sermones.

Esta fué la ocupada vida de nuestro hermano que durmió en el Señor, después de larga y penosa enfermedad, el día 18 de julio de 1921, a los cincuenta y nueve años de edad. Con su partida hemos perdido los bautistas de Cuba uno de nuestros más eficientes y consagrados obreros. El vacío es muy difícil de llenar y el dolor, que su separación de entre nosotros ha producido, es muy profundo. Sin embargo, con esa conformidad a la voluntad divina que él tantas veces nos predicó y que demostró hasta sus últimos instantes, nosotros, en medio de nuestro dolor, levantamos nuestros ojos al cielo y pronunciamos reverentemente las palabras que a cada momento él repetía: "Así Padre, porque así agradó a tus ojos".